

# Handke

Alianza Lento regreso editorial



Peter Handke

Lento regreso

Traducción de Eustaquio Barjau

**Alianza** editorial

# Índice

I. Las formas de los primeros tiempos

II. La prohibición del espacio

III. La ley

Créditos

*Luego, bajando por el camino, precipitadamente y de un modo atropellado, me encontré de repente con una forma...*

# I. Las formas de los primeros tiempos

Sorger<sup>1</sup> había sobrevivido a algunos seres humanos próximos a él y ya no sentía ningún anhelo; sin embargo, experimentaba a menudo un gusto desinteresado por la existencia y de vez en cuando una necesidad de salvación que se había convertido en algo animal, que pesaba sobre sus párpados. Capaz por una parte de una tranquila y callada armonía –que a modo de alegre, risueño poder se transmitía también a los demás– y vulnerable, en cambio, con excesiva facilidad por la fuerza de los hechos, sabía lo que era estar perdido, quería ser responsable y estaba penetrado por el afán de buscar formas, diferenciarlas y describirlas, más allá del paisaje, donde («en el campo», «sobre el terreno») esta actividad que –a menudo era torturadora, en otros momentos volvía a ser divertida; cuando tenía suerte, triunfante– era su oficio.

Al final de la jornada de trabajo, en la casa de madera pintada de color gris claro, con tejado empinado, a dos aguas, situada en el lindero de la colonia, habitada fundamentalmente por indios, allí, lejos, en el Gran Norte del otro continente, en una casa que desde hacía ya algunos meses le servía a él y a su colega Lauffer de laboratorio y a la vez de vivienda, había puesto fundas a los microscopios y a los prismáticos –que usaba de un modo alternativo– y, con el rostro todavía torcido de tanto mirar por unos y por otros, atravesando como por un corredor de descanso el espacio episódico originado por la luz del ocaso y las semillas de los matorrales de álamo que flotaban en el aire con la blancura de la lana, se había dirigido a «su» playa.

En el zócalo de barro de ésta –Sorger hubiera podido bajar de un salto– empezaba el inmenso dominio del gran río que huía hacia todo el círculo del horizonte, que brillaba sin ser humano alguno, inundaba el casquete continental de este a oeste y, al mismo tiempo, en la tierra llana –que si bien era cierto que estaba colonizada de un modo puntiforme, en realidad estaba deshabitada–, avanzaba en meandros hacia el norte y hacia el sur; un río que, habiéndose retirado detrás de un banco de grava y piedras pequeñas y de una pendiente de barro todavía húmedo –a consecuencia de la sequedad

estacional y de la interrupción de la fusión glacial–, iba golpeando la tierra, a los pies de Sorger, con olas ligeras y alargadas.

Lo que daba a la llanura del gran río la apariencia de un agua quieta era también el hecho de que esta agua se extendía por todas partes hasta el horizonte; allí, las líneas de éste, como un fenómeno de las curvas de los meandros, no las trazaban las aguas que fluían de este a oeste, sino la tierra firme, las orillas de la curva que formaba el gran río en aquel lugar, una masa de arbustos de álamo que crecían sobre aquellas orillas, o también la línea quebrada que formaban las grandes selvas de coníferas, unos árboles de muy poca altura, de suyo esparcidos a distancia unos de otros, pero que, sin embargo, vistos de lejos, parecían como pegados unos a otros formando una hilera.

Este aparente lago –limitado en todos los confines del cielo solamente por franjas de una tierra que daba la impresión de ser llana– fluía, no obstante, con una velocidad que era imposible de determinar y, a excepción del chapoteo como de bañera que hacían las olas en la playa de barro, era como un cuerpo extraño que, al principio no perceptible en absoluto como algo líquido, llenaba toda la depresión, iluminado por los reflejos amarillos del cielo del atardecer; un cuerpo extraño con fragmentos de islas y algunos bancos de arena que, en el vago aire del crepúsculo, carecía ya de relieve; sólo en aquellos lugares en los que, por encima de las cavidades, las pequeñas depresiones y los agujeros invisibles del fondo de arena y piedras del lecho del río, en la superficie del agua se habían formado remolinos dentro de aquella masa que normalmente era compacta y de un color amarillo metálico, estos remolinos, embudos que giraban con fuerza sobre sí mismos, no mostraban este color amarillo sino que, como en contraste con la superficie lisa del gran río, formaban con el cielo un ángulo distinto, más inclinado, dejaban ver un lejano azul de día, y de su interior, en medio del fluir de las aguas –normalmente silencioso del todo–, salían leves murmullos como de arroyo.

Sorger estaba transportado, como en volandas, por la idea de que esta naturaleza salvaje que había ante él, con los meses de observación, en la experiencia (progresivamente más cercana) de sus formas y de la génesis de éstas, se había convertido en su espacio más propio y personal; al estar

presentes ante él las distintas fuerzas que habían tomado parte en la configuración del paisaje –sin que Sorger, previamente, tuviera que esforzarse para hacerlas venir–, en el mero proceso de percepción, simultáneamente con la aprehensión de la gran masa de agua, de su fluir torrencial, de sus remolinos y rápidos, una vez transformadas por sus leyes en una benéfica fuerza interior –aunque en el mundo exterior pudieran haber sido un día destructoras (y continuaran siéndolo)–, aquéllas actuaban como algo que infundía fuerza y al mismo tiempo sosiego. Estaba convencido del valor de su ciencia, porque le ayudaba a sentir dónde se encontraba él en cada momento; la conciencia de estar precisamente ahora en la playa de una orilla llana, mientras que la otra orilla –a una distancia de millas y, debido a las islas que había en medio, apenas visible– en realidad era sólo un poco más escarpada, y el hecho de poder atribuir esta singular asimetría a la fuerza centrífuga debida a la rotación de la Tierra no era algo inquietante, más bien daba una idea del claro carácter civilizado y familiar del planeta Tierra, una idea que hacía lúdico el espíritu de Sorger y deportivo su cuerpo.

Formaba parte de esto también la imagen momentánea de que, junto a las semillas de álamo que atravesaban el paisaje arrastradas por el viento, sobre el suelo del canal abierto por la corriente, en aquel mismo momento, de un modo oculto, los cantos rodados se iban deslizando, saltaban unos sobre otros en un movimiento circular o llegaban incluso a realizar lentos saltos en arco, envueltos en nubes de lodo y empujados por cilindros de agua que él –girando como estaban por debajo de la tranquila superficie en dirección contraria a la corriente– no podía imaginar, sino vivir de un modo físico: dondequiera que estuviese, Sorger intentaba cobrar certeza de estos procesos diminutos y burlescos, fenómenos que de vez en cuando lo distraían de un modo placentero para luego, infundiéndole una agradable excitación, volver a apoderarse completamente de él.

Desde hacía algunos años –desde que vivía casi siempre solo– necesitaba sentir con toda precisión dónde estaba en cada momento: percibir las distancias, estar seguro del ángulo de inclinación; barruntar siempre, por lo menos hasta una determinada profundidad, el material y la estratificación del suelo sobre el que se encontraba; midiendo y poniendo límites, construirse primero y ante todo espacios, a modo de «meras formas sobre el papel», pero

formas con la ayuda de las cuales –aunque por poco tiempo– se mantenía en cohesión consigo mismo y se hacía invulnerable.

Sorger necesitaba la naturaleza; sin embargo, no sólo aquello que había sido dejado «en estado de naturaleza» sino que en cualquier gran ciudad, por ejemplo, le bastaba con descubrir las protuberancias o depresiones apenas perceptibles, recubiertas incluso por el asfalto, los suaves hundimientos o elevaciones del adoquinado de las calles, los suelos de las iglesias o los peldaños gastados por siglos de uso; o en una casa de muchos pisos que al principio pudiera resultarle extraña necesitaba imaginar que desde arriba, pasando por todos los pisos, descendía verticalmente hasta los cimientos, y de este modo soñar despierto, por ejemplo, que se identificaba con el zócalo de granito que había allí, y la orientación y el espacio para respirar, necesario para la vida (y con ello la confianza en sí mismo), eran realidades que se daban simultáneamente; cada una de ellas producía la otra.

Tenía la capacidad (una capacidad que en realidad no era continua sino esporádica y casual, una casualidad hecha posible sólo, y un tanto afianzada, por su actividad profesional) de, en casos de necesidad, pedir ayuda a los espacios cósmicos en los que se había acostumbrado a vivir; de citarlos también, para su mera distracción y la de los otros, con todos los límites, las circunstancias lumínicas y eólicas, los grados de longitud y latitud, el estado de los cuerpos celestes, como imágenes de sucesos sobre los que había que meditar aún, imágenes siempre pacíficas que eran de todos y no eran de nadie.

En cada nuevo entorno, aunque a primera vista éste se abriera como algo abarcable en su uniformidad o pintoresco por sus contrastes, aunque siempre aprehensible inmediatamente después de este primer momento de ingenua familiaridad con el espacio, seguía, como algo definitivo, el estúpido extrañamiento, vivido como una perturbación del equilibrio, de estar otra vez ante un nuevo telón de fondo, y de un fondo además conocido; un extrañamiento reforzado además por el sentimiento de culpabilidad por no estar tampoco allí «en su sitio»: de ahí que, con el tiempo, la pasión de Sorger acabara siendo ésta: estando afuera y soportando el primer vacío, por medio de la observación y la anotación de lo que veía, recobrar los espacios que había estado desperdiciando con tanta facilidad; al no estar en casa como no

estaba en ninguna parte desde hacía mucho tiempo y, por tanto, después de las humillaciones turísticas que le habían infligido las diversas regiones de la tierra, al no estar en situación de reencontrarse a sí mismo entre sus cuatro paredes, en este lugar, aquí y ahora, veía su única oportunidad: pensaba que si no se dedicaba a él (a menudo hastiado) con el esfuerzo de su trabajo, tampoco habría refugio en los espacios de su pasado; en momentos de suerte, sin embargo, en el feliz, beatífico agotamiento, todos sus espacios –los de aquel momento, recientemente conquistado, y los anteriores– se ensamblaban formando una cúpula que envolvía el cielo y la tierra a modo de santuario, un santuario que no era solamente para él sino que se abría también a los demás.

Después del primer momento de disgusto ante esta naturaleza que se prometía cada vez de un modo prematuro para luego volver a retirarse inmediatamente, Sorger, si no quería perderse, no tenía más remedio que abismarse en ella con todas sus fuerzas. Tenía que tomar en serio el mundo que lo rodeaba, en cada una de sus más insignificantes formas –una estría en la piedra, un cambio de coloración en el barro, la arena que el viento había depositado al pie de una planta–; tenía que tomarlo en serio como sólo un niño puede hacerlo; de este modo, él, que apenas era de ninguna parte, que sólo era competente aquí, podía mantener su cohesión para los otros, cualesquiera que éstos fuesen; y esto, de vez en cuando, no lo conseguía sino al precio de una furiosa victoria sobre sí mismo.

¿Para quién entonces esta cohesión? Sorger era consciente de hasta qué punto, con su ciencia, practicaba al mismo tiempo una religión: su trabajo era lo único que, una y otra vez, lo hacía capaz de relacionarse con los demás, en este doble sentido: podía elegir y podía ser elegido. ¿Por quién? Daba igual: lo único que quería era poder ser elegido.

Su modo de aprehender la figura de la Tierra, una actividad que él no llevaba a cabo de un modo fanático sino con tanta intensidad que poco a poco se iba sintiendo a sí mismo como una figura independiente, al separarla de la amenaza de la Gran Carencia de Formas –una actividad poblada sólo de sentimientos y estados de ánimo pasajeros–, había salvado realmente su alma hasta ese momento.

¿Y los demás? En su profesión, Sorger todavía no había realizado ningún trabajo con el que pudiera haber sido útil a alguien de un modo manifiesto o

que tal vez hubiera podido ser provechoso para un tipo u otro de comunidad: no había trabajado en ninguna perforación petrolífera ni había podido predecir ningún terremoto ni tampoco había examinado, en calidad de responsable, la resistencia del suelo en vistas a un proyecto de construcción. Pero estaba seguro de «su cosa»: sin su esfuerzo por soportar el elemento extrañante que hay en cada una de las regiones de la Tierra, por leer en el paisaje sirviéndose de los métodos de que disponía y por transmitir lo leído en un orden estricto, no hubiera podido tener ningún trato con nadie.

No es que creyera en su ciencia como si ésta fuera algo así como una especie de religión de ámbito mundial, sino que la práctica medida de su trabajo tenía lugar al mismo tiempo como un ejercicio de confianza en el mundo («trabajo medido» era el modo de actuar de Sorger a los ojos de Lauffer, quien, por su parte, era caótico y a menudo deliciosamente disperso y versátil); y en este trabajo la regularidad de los gestos de su actividad como técnico e incluso de su vida cotidiana era un continuo intento de meditación que, a veces, en lugares como baños, cocinas y cuartos de herramientas, le hacía andar lentamente y de un modo solemne de un lado a otro. La fe de Sorger no se dirigía hacia nada concreto; cuando lograba tenerla, esta fe daba lugar sólo a una participación activa en «su objeto» (una piedra agujereada, pero también un zapato encima de la mesa o un hilo de coser en el microscopio) y lo ponía de buen humor, a él, que a menudo estaba deprimido, que en estos momentos se sentía como investigador: entonces, preso de una silenciosa vibración, miraba simplemente su mundo más de cerca.

En los momentos en que, olvidándose de sí mismo, se inclinaba generosamente sobre las cosas (en los fugaces instantes de esperanza se veía a sí mismo como el tonto), Sorger no era un dios; sabía sólo, por poco tiempo pero de un modo que era posible eternizar en formas, lo que era bello y lo que era bueno.

Ansiaba una fe que se refiriera a algo, aunque nunca podía pensar en un Dios; sin embargo, en los momentos de angustia se daba cuenta de que – ¿simplemente forzado?– quería –literalmente, suplicaba– estar mezclando siempre el pensamiento de Dios con todo. (A veces deseaba ser piadoso, cosa que no conseguía; pero entonces estaba seguro de que «los dioses» lo comprendían.)

¿Envidiaba a los que no perdían nunca la fe, a la multitud ya salvada de los creyentes? Como fuera, le emocionaba la regularidad de ánimo de éstos, la facilidad con que pasaban de la seriedad a la hilaridad, la obstinada, bondadosa extroversión; él mismo, a veces, era simplemente *no bueno* y no se resignaba a esta situación: con demasiada frecuencia ocurría que recibiera con locuaz entusiasmo algo de lo que inmediatamente después volvía a apartarse con un silencioso enojo, en lugar de contestar a ello, de una vez por todas, con una actitud irónica de superioridad que se transmitiera a los demás.

Con todo, para él los creyentes no suponían ninguna compañía. Los comprendía, sin embargo no podía hablar en su lenguaje, porque no hablaba o porque, en los estados excepcionales de religiosidad, hubiera hablado en un idioma que les habría resultado extraño; en la «noche oscura de su fe», en la que las lenguas están mudas, no lo hubieran entendido.

En cambio, a Sorger, las fórmulas lingüísticas de su ciencia, por muy convencido que estuviera de ella, le parecían siempre una alegre estafa; los ritos con los que aprehendía el paisaje, sus convenciones de descripción y de nomenclatura, su representación del tiempo y de los espacios se le antojaban como algo cuestionable: el hecho de que en una lengua que se había formado a partir de la historia de la Humanidad hubiera que pensar la historia, incomparablemente distinta, de los movimientos y de las formaciones del globo terráqueo le provocaba una sensación espasmódica de vértigo corporal, y a menudo le resultaba literalmente imposible aprehender mentalmente el tiempo junto con los lugares que tenía que investigar. Presentía la posibilidad de un esquema completamente distinto para representar los acontecimientos temporales en las formas del paisaje y se veía a sí mismo sonriendo de un modo pícaro y malévolo –la sonrisa de todos los que han pensado algo de un modo completamente distinto (en las fotografías de estos hombres siempre le había llamado la atención este gesto)–, endosándole al mundo su propia estafa.

De este modo, Sorger, capaz de jugar con sus pensamientos, en la exaltación de los momentos de descanso, delante de este desierto amarillo, podía sentir también el estado de abandono de aquel que, sin fe en la fuerza de las formas o, por desconocimiento, sin posibilidad tampoco de tal fe, se encontraría solo ante esta región de la Tierra como en una pesadilla: tenía que

ser el horror ante el diablo, el irrevocable extremo del mundo, en el que el infortunado, tocado por el hecho de su soledad –detrás de él ya no había nada tampoco–, ni siquiera tendría la posibilidad de morir aquí y ahora: porque ya no habría ni aquí ni ahora; ni tan siquiera podría ser arrebatado por el diablo, porque tampoco estos nombres existirían ya; simplemente estaría pereciendo de horror eternamente; porque tampoco habría ya tiempo. Y la llanura de las aguas y el ancho cielo llano que se extendía sobre ellas aparecieron de repente como las dos valvas de una concha abierta desde la cual, con una terrible fuerza de seducción, acompañada de un escalofrío de rápida, aguda delicia, llegaba el flujo de los que desde el principio de los tiempos habían desaparecido.

Involuntariamente, arrancado del juego, como un doble de sí mismo, sobre un saliente de marga, de limo –y tal vez de polvo de oro–, expuesto a este vacío silbante que parecía estar cambiando continuamente de dirección, Sorger se volvió hacia la tierra civilizada que tenía a su espalda y en la que las claras colas peludas de los perros, atados con cadenas, se agitaban por todas partes entre los matorrales, donde brillaban los mechones de hierba que crecían sobre los tejados de tierra de las cabañas de los indios y donde el «eterno otro» –así es como veía él a su colega Lauffer–, calzado con unas botas de piel de oveja en las que el barro había formado una costra y con la cazadora especial de muchos bolsillos, con una lupa que brillaba, colgada al cuello, de vuelta del trabajo en la zona, estaba de pie sobre el peldaño de madera que había delante de la casa de tejado a dos aguas, con el rostro y el tórax todavía al sol, en este primer momento de desconcierto al regresar a un lugar que le sirve a uno simplemente de lugar de residencia; estaba allí imitando la actitud de Sorger, ante todo de un modo rígido, pero al mismo tiempo rebelde también, y, al igual que su compañero, mirando hacia la inmensa tierra fluvial, fumando un cigarrillo, torciendo el gesto –al igual que Sorger–, como si, con una estampa extrañamente necesitada de ayuda, representara a uno de los hombres idénticos que estaban apostados al fondo en hilera.

Lauffer era un amigo con quien la confianza no se expresaba en forma de camaradería sino en una cortesía que a veces rayaba en la timidez. Entre ellos, que diariamente estaban sometidos a distintos estados de ánimo, jamás

hubieran sido posibles los repentinos cambios de humor (que a veces les hubieran sido necesarios). Aunque debían compartir el cuarto de trabajo de la casa, únicamente al principio ocurría que uno se cruzara con el otro; sin ningún plan preconcebido, cada uno tenía su sitio, incluso en el dormitorio – la casa tenía sólo estas dos piezas–. Entre ellos existía la comunidad que inevitablemente debía darse; sin embargo, siempre que hacían algo juntos parecía que fuera de un modo casual; cada uno manejaba sus cosas; incluso en la casa tenían sus propios caminos. En realidad no comían juntos sino que uno venía más tarde y se añadía al otro, que estaba haciendo un verdadero banquete, y entonces, por ejemplo, recibía esta invitación: «¿nos bebemos un vaso de vino?». Si uno quería oír música, el otro no salía afuera sino que escuchaba sin participar de un modo expreso en la audición; quizás ocurría también que se iba metiendo en ella poco a poco, incluso llegaba a querer oír un fragmento por segunda vez.

Lauffer era un mentiroso; Sorger, con toda su calma y su impenetrabilidad, no dejaba de ser un hombre inestable; podía incluso, en un momento dado, llegar a ser indiferente y hasta desleal: los dos barruntaban, o conocían en silencio, lo que el otro tenía de negativo (presintiéndolo éste incluso de un modo más fantasmal que aquel contra quien se dirigían las sospechas), y, con la sagacidad que les daba la conciencia de que con un tercero probablemente podrían llegar a comportarse reiteradamente como canallas, pero nunca entre ellos, con los años estaban contentos de tenerse el uno al otro: junto con el amigo, cada uno se sentía a sí mismo como un hombre de buena fe, por lo menos nunca como un malvado.

No formaban ninguna pareja, ni siquiera por contraste; con el tiempo, incluso cuando estaban el uno lejos del otro, se habían convertido en compañeros perfectamente compenetrados, pero no conjurados en una misma causa: los adversarios de uno podían seguir manteniendo buenas relaciones con el otro.

La verdad era que Lauffer, el mentiroso, no tenía enemigos y su propensión a la mentira sólo había llamado de vez en cuando la atención de las mujeres, casi exclusivamente de las mujeres, y además de muy pocas; pero luego éstas, como si conocieran un trágico secreto, como a vida o muerte, reclamando para ellas del todo a Lauffer y excluyendo al resto del

mundo de esta relación, establecían una alianza con él.

Sin que él hiciera nada por ganarse la simpatía de los demás, lo querían inmediatamente en todas partes, y la gente lo llamaba por el nombre de pila, incluso cuando no estaba presente, y esto no sólo aquí, en el continente americano, donde esto era habitual. Es cierto que despotricaban contra él, pero siempre del modo en que la gente se burlaba de vez en cuando de su héroe: jamás habrían consentido que alguien ajeno a su círculo lo atacara. Con toda su inestabilidad corporal –cuando, de un modo brutal, se sentaba sin decir nada frente a Sorger, que a menudo estaba sumido en meditaciones, daba la impresión de ser un muñeco servicial–, a primera vista ya –incluso con su mole, que no era atlética pero sí divertida y que por ello daba la impresión de ser un poco fraternal– se observaba en él una gozosa unidad, un centro de movimiento incesante del que la gente quería participar; él, el mentiroso, tenía algo de fiable: uno se sentía siempre aliviado, o simplemente contento, al volver a verlo, aunque se limitara a asomar unos momentos la cabeza por la puerta.

Es cierto que no mentía de un modo espontáneo sino, por así decirlo, en respuesta a la expectativa mediadora de los que por todas partes lo miraban con interés, los bienintencionados –y él sólo conocía a gente así–; una expectativa a la que él a la larga era incapaz de corresponder y que, mintiendo de un modo descarado y literalmente indecente, tampoco podía defraudar. El hecho era que Lauffer, en todas partes, sin que hiciera nada especial, servía como catalizador de solitarios y prófugos y que por ello se veía condenado a una inocencia en la que ni él mismo se reconocía: no era un ser sin pasión o sin sexo, sino que, siendo para sí mismo un héroe muy distinto del héroe que era para los muchos que se llamaban sus amigos, perseguía en secreto el sueño o la ilusión de grandeza.

«Quisiera ser peligroso como tú», dijo un día mientras estaba sentado en casa cenando con Sorger, una cena que, una vez más, se había producido de un modo casual.

La mesa estaba junto a la ventana que daba a poniente, y que, en su parte central, donde la cruzaban el río y el cielo del atardecer, era un rectángulo amarillo con largas franjas oscuras, y, por encima y por debajo (blanco de nubes y tierra firme), era de un color negro oscuro; no tenía tela metálica; los

pocos mosquitos que había, aunque seguían volando por allí, en línea recta y de un modo vacilante, ya no picaban, sólo de vez en cuando se posaban sobre el dorso de la mano y se quedaban allí quietos.

La comida eran setas de un sabor parecido a las chinas, recogidas durante el trabajo en el campo y que habían tomado un poco la humedad del suelo, en el que el agua no podía filtrarse hacia las capas inferiores, que siempre estaban heladas; además, trozos de salmón, gruesos y blancuzcos, que habían pescado los indios; también las últimas patatas gigantes, recogidas aún en el «huerto de verano», de límites más bien imprecisos, que había detrás de la casa con tejado a dos aguas, al este, a resguardo del viento. Bebían un vino comprado en el supermercado de la colonia al que se le daba el nombre de «Centro Comercial», un vino tan frío que su dulzor, junto con las setas amargas y el pescado, quedaba en la boca durante bastante tiempo.

Era uno de los primeros días de otoño, en una casa cuyo interior –entre el mobiliario, los objetos decorativos y los instrumentos técnicos– infundía la confianza de un lugar como cualquier otro, un lugar práctico y sin secretos; sólo mirando al exterior, aunque fuera sin atención, tenía lugar aquel sentimiento a la vez sublime y angustioso: una vertiginosa inmersión en los espacios del Alto Norte que, alejado del mundo, se extendía allí delante; e incluso sin mirar hacia afuera, hasta cuando uno estaba comiendo y bebiendo, por el rabillo del ojo podía entrar una luz extraña que, si bien actuaba en los objetos de un modo permanente, como claridad propia no empezaba a ser experimentable, vivible hasta que no se daba aquel pequeño tirón de la fantasía, de adentro hacia afuera, con el que la conciencia se percataba realmente de que uno estaba «muy, muy lejos», «en un sitio completamente distinto», en otro continente.

El gato de la casa, de manchas blancas y negras, después de haberse comido los restos del pescado, se quedó sentado sobre la mesa –debido al poco espesor de las paredes de madera no había alféizar– y miraba los arbustos de la orilla del río, sacudidos por el fuerte viento del atardecer, siguiendo de vez en cuando, en sentido inverso, con la cabeza –que normalmente permanecía completamente inmóvil– y la pata, el movimiento de los matorrales.

El viento soplaba en dirección opuesta a la corriente y, en la superficie,

que seguía siendo amarilla, formaba olas pequeñas y vivas que corrían hacia el este, como si el agua avanzara también en esta dirección; únicamente en los bordes de la imagen, en grandes estrías que tenían forma de espiral, se podía ver con claridad la verdadera corriente, donde, dando la impresión casi de algo material, como si fueran intestinos de animales tirados al agua, giraban los remolinos que tenían ya la negrura de la noche. Mucho más abajo, al oeste, en parte ya en la sombra de la orilla, de la superficie brillante de las aguas se levantaba una y otra vez un artefacto oscuro que producía un zumbido rítmico que penetraba hasta el interior de la casa; luego volvía a caer al agua con un ronquido animal que atravesaba todo el paisaje vacío: era uno de los últimos días en que los indios, al descender el nivel de las aguas, hacían que el río impulsara sus grandes ruedas de madera que utilizaban como turbinas de captura para recoger salmones, incluso por la noche.

Al otro lado de la rueda, allí donde la corriente seguía ya la curva del meandro hacia el norte, como en el borde del arco de una laguna, se extendía la línea quebrada del horizonte, formada por la selva de pinos de pequeña altura y de un color marrón compacto. Las copas de los pocos árboles de mayor altura sobresalían de la gran masa llana de los otros: parecía que las torres de una auténtica ciudad lacustre se levantaran detrás, en la lejanía, delante de un espacio celeste, sin nada, con el lomo de las islas formando un cordón litoral. En esta ciudad, caída totalmente en la tiniebla, cuyos detalles sólo se veían en el reflejo de las aguas de la corriente, tanto más clara cuanto más oscura era la ciudad, se oían de vez en cuando algunos disparos de fusil o los ladridos de un perro perdido, aunque quizá sólo fuera un eco que llegaba desde allí al pueblo, donde, hasta bien entrada la noche, por todas partes se oían los aullidos de los perros a los que casi siempre tenían reunidos en jaurías.

Una canoa en la que, por estar sus ocupantes arrodillados o agachados, no se veía a nadie, se deslizaba de la parte en sombra del golfo a la claridad restante, marcando tras de sí un vado de un color azul de tinta. Un proyectil de escopeta, disparado como desde una emboscada por encima del agua, rozó la lisa superficie, que apenas se rizó, y luego fue a meterse en unos matorrales de una isla, de los cuales salieron volando algunos cuervos.

Al empezar la noche, Sorger, con un jeep que le había prestado Lauffer, de camino *hacia* la casa de la india, que nunca lo esperaba pero que en ocasiones lo atendía de un modo bondadoso y burlón y a veces con una especie de dignidad satisfecha, en los baches del camino de grava que discurría a lo largo de la playa, tenía ante sí una serie de pequeños charcos, que, si bien ya no brillaban, seguían teniendo una pálida claridad que parecía subsidiaria de la superficie de las aguas, que también era pálida y brillante. Pero esta superficie, con los bancos de arena que se habían depositado en ella, tampoco descansaba ya en sí misma, sino que, sin que fuera posible distinguir línea divisoria alguna, se fundía con la luminosa franja del cielo, una franja que, a modo de símbolo del círculo polar, abarcaba toda la lejanía del horizonte: las finas cintas negras que formaban allí las nubes podían ser también las islas más extremas de aquella tierra inundada por las aguas, y la última claridad del cielo, que allí arriba se ramificaba en torno a las nubes, podía seguir siendo también la corriente que discurría hacia el oeste.

Sorger había detenido su vehículo y quería retener este acontecimiento espacial. Pero ya no había espacio: sin primero ni último plano, en una perspectiva que acababa perdiéndose, había sólo un ámbito abierto que, con suavidad y a la vez con fuerza, se alzaba ante él, un ámbito abierto que no estaba vacío sino que era a la vez ígneo y material; y Sorger, con el ánimo agitado, sintiendo con tanta más fuerza en la cabeza y en la espalda la gran oscuridad de la noche y a sus lados y bajo sus pies la profunda negrura de la tierra, excluyendo mentalmente del cuadro de un modo literalmente furioso los detalles contradictorios, intentó impedir la desaparición de aquel fenómeno natural y la desaparición del olvido de sí mismo que tenía lugar en tal fenómeno, hasta que volvieron a aparecer perspectivas, puntos de fuga y una penosa soledad. Pero, ciertamente, por unos momentos había sentido en sí la fuerza para lanzarse, como un todo, al luminoso horizonte y disolverse allí para siempre en la indistinción de cielo y tierra.

Sorger estaba sentado en el coche, que seguía su camino, rígido y como apartado de todos los mandos, y tenía cogido el volante por la parte de arriba, bastante arriba, como si no tuviera nada que ver con todo aquello.

Caminos sin nombre pasaban por delante de cabañas sin número. En algunas ventanas colgaban pieles de oveja, como preparadas ya para el

invierno. Las cornamentas de alce que había encima de las puertas se veían enormes y muy blancas a la luz de los faros. En la zona oscura de debajo de las cabañas, que descansaban elevadas sobre grandes troncos de madera, se agitaban las sombras de los viejos enseres que habían puesto allí. La pista de aterrizaje, junto al lindero del bosque, un campo pedregoso que se estrechaba a la luz de los faros, era ancha y estaba completamente desierta, bordeada a ambos lados por señales luminosas rojas colocadas encima de postes de baja altura; y un perro sin amo, de ojos brillantes, sacó la cabeza del agujero de la tierra en el que estaba. En aquella colonia perdida a la que no llevaba ninguna carretera de la red americana –tampoco se podía llegar en barco, sólo por medio de pequeños aviones– había muchos caminos, estrechos, que, recorriendo distancias cortas, se metían en las selvas, llegaban hasta los pantanos y allí quedaban cortados; y cada cabaña tenía un coche por lo menos; con él sus habitantes recorrían incluso las distancias más pequeñas, dando vueltas a toda velocidad por entre los arbustos y lanzando contra los árboles y las paredes de las cabañas pegotes de barro de aquellos caminos que nunca se secaban del todo. En esta región del mundo, que si bien era llana, con todos sus objetos, sus plantas, sus animales y sus hombres, se arrugaba todos los días, a modo de región esquelética, cortante, «la india» (así es como la llamaba siempre Sorger, en su interior, incluso cuando estaba con ella) se le aparecía con una tersura acogedora aunque de un brillo frío, como si «la tersura» fuera el apodo con el que hubiera que adornarla siempre.

En el bar que había junto al supermercado, un día, cuando por la noche no oscurecía nunca del todo, ella lo había sacado a bailar; el cuerpo de ella, ancho, fino de un modo no habitual, enseñándole los movimientos que debía hacer (él, mientras bailaba, no sabía dónde poner las manos), al principio le había resultado extraño y, de un modo que él mismo no quería, lo había excitado; a ella, en cambio, todo lo de él le parecía habitual o, por lo menos, lo aceptaba; la tersura de su piel era cautivadora; su benevolencia, contagiosa.

Los que pertenecían a la tribu –en realidad ya casi no había ninguna tribu, sólo los que perseveraban en las cabañas bebiendo cerveza y oyendo música con *cassettes*, y detrás de ellos, en el bosque, los grandes lomos de las tumbas de los viejos cementerios– no debían saber nada de las relaciones de la india con el extranjero: si no, esta mujer, que era la enfermera mandada por el

Departamento de Sanidad, que además era la única que disponía de los medicamentos para la colonia, perdería la confianza de la gente, «le olería el cuerpo», «de sus mejillas saltarían ranas», contagiaría a la gente misteriosas enfermedades y tendrían que matarla «con unas tijeras de piedra». Su marido, que no sabía nadar –como tantos habitantes de estas latitudes–, se había ahogado en el río mientras pescaba; ella soñaba muchas veces que lo sacaba del agua en forma de máscara de madera con plumas.

Delante de su casa había un gran mástil totémico, de muchos colores a la luz de los faros, en el que estaba apoyada la bicicleta de sus dos hijos; y, a través de la ventana, que no tenía cortinas, lo primero que vio Sorger fue la frente de ella, redondeada, como una bienvenida, algo tan familiar que no esperó a que ella le hiciera ningún signo sino que, con la seguridad de que los niños ya estaban dormidos, entró sin más.

Uno de los niños, profundamente dormido, tenía la cara completamente metida en la articulación del brazo del otro, que también dormía, y la gran habitación, en la semioscuridad pero no sombría, parecía algo separado del resto de la casa, un refugio accesible sólo a ellos y por cuyas paredes corrían las sombras de los arbustos que se movían fuera, en la noche: y, a pesar de esto, él, mirándola, abandonándose a ella, transformándose de un modo decidido en su máquina de fabulación (como ella en la suya) y, más que «haciéndola feliz», tomando parte en su tenaz orgullo, no se veía a sí mismo como un tramposo sino como el cuerpo del delito de un engaño inevitable y del que en modo alguno podía responder.

No era sólo que él tuviera que servirse ante ella de una lengua extranjera (que, por lo demás, también lo era para ella) en la que tenía una voz distinta de la que tenía en la suya propia: antes que esta peculiaridad –que tal vez sólo les concernía a ellos dos– estaba la escisión entre la inactiva apetencia física –porque él y la otra se sentían ya en la consumación– y la plena realización corporal, que de un modo u otro tenía que terminar, pero que, a pesar de que el triunfo se presentía una y otra vez, nunca se conseguía; esto cada vez parecía ser lo único válido, y luego apenas había tenido valor. La unión esperada no impedía el deseo; sin embargo, lo debilitaba convirtiéndolo en algo momentáneo, repentino e inestable, y en esta debilidad misma producía una mala conciencia y luego una falta de escrúpulos tanto mayor. Esto quería

decir que él no la amaba; sabía que en realidad no debería ir a verla, y cuando ella estaba cerca de él, él, en su indecisión, al acostarse con ella la trataba de un modo brusco y sin preámbulos. ¿Qué es lo que había ocurrido que ya no se podía ver a sí mismo en ningún abrazo, que únicamente podía verse solo?

En cambio, deseaba amarla en la lengua de él, por la lengua de él, y, en lugar de esto, lo único que hacía era mirarla fijamente, con un silencio amenazador, hasta que a ella, pasado el primer momento de sorpresa –y no sólo para agradarle–, le entraba miedo. Jugaba con la idea de matarla, o, por lo menos, de robarle algo o de destruirse; el hecho es que nadie sabía que él estaba aquí. «No amo este siglo», dijo luego, y, como si le leyera el futuro, ella contestó lentamente: «Sí, tú estás sano y tal vez te vas a perder».

Ella no sabía en absoluto de dónde procedía él y se reía al no poder imaginarse otro continente. ¿Había desaparecido por fin la franja del cielo? El generador de corriente, dentro de su caja de chapa, retumbaba detrás de la casa, y en una oscuridad sin lugar, más allá de todas las latitudes y todas las longitudes, los charcos temblaban y giraban en círculo. Flores blancas de aquilea se rizaban en la helada; mechones de manzanilla, de cabeza amarilla, se convertían en fotos aéreas de bosques en llamas. Como un matraqueo de alarma producido por la desorientación, de lo más profundo de Sorger algo atravesó la llanura, nocturnamente silenciosa, siempre en dirección hacia el norte –¿qué era en este momento el norte?–, hasta la región de fusión de la tundra, y allí rompió un cono de hielo que, a modo de burbuja, se había abombado hacía mil años y que, cubierto como estaba de arena y grava, desde fuera no se había podido reconocer como un trozo de hielo; ahora se formaría un cráter, con un lago, como si en las cercanías del polo hubiera habido alguna vez un pequeño volcán. Las aguas que pasaban por detrás del terraplén de la casa corrían sólo en la superficie: por debajo, a poca profundidad, desde la región del nacimiento hasta la desembocadura, capturando las ramas y las hojas que flotaban arriba y como encapsulándolas, una masa lisa de hielo llenaba el lecho del río y le daba al agua su color de cristal. Las frentes de muchos seres humanos estaban en aquel momento apoyadas sobre el esmalte refrescante del borde del lavabo, y aquí los niños, durante toda la noche, ya no se darían la vuelta en la cama. Y Lauffer, de pie, leyendo una carta –¿no había sido hoy día de correo?– y tomando la hoja más

con la parte baja de la palma de la mano que con los dedos, teniendo –en la imaginación de Sorger– a su lado sobre el sofá un cesto de fruta ligeramente inclinado hacia un lado, miraba de vez en cuando al gato, que no le quitaba la vista de encima; al fin éste cerró los ojos. El viento silbaba en los bidones de cerveza vacíos que había entre los arbustos, y, al mismo tiempo, en la cabeza se producía un rugido eólico, el viento proveniente de los tiempos remotos que había formado el suelo sobre el que se encontraba la cabaña. Sorger presintió –literalmente, como un perro que husmea la caza– cómo, saliendo de todo lo simultáneo y al mismo tiempo inconciliable, la irrealidad, que él conocía tan bien, se cerraba en torno a él y lo iba a barrer de allí en aquel mismo momento; y de nuevo la culpa sería de él. «Tengo que ir a casa. Tengo que dormir.» Un puñetazo en la cabeza; también una especie de oración, que incluso fue útil. La visión se esfumó: volvió la sensación de estar en el espacio. «¿Qué ves?», preguntó la india, y en el rabillo de sus ojos sintió afecto por ella; abrazó a la mujer, y lo hizo en serio. Ella lo agarró con fuerza, y cuando él levantó la vista advirtió por primera vez que la falta de expresión del rostro de ella, donde presentía una hermosa vejez, era una manera perfecta de participar.

Mientras ella lo atendía, Sorger había estado escuchando una larga historia en la que alguien seducía a una mujer dormida haciéndole oler cobre; ella lo había acompañado a la puerta de un modo ceremonioso y luego, de buen humor, en la amable noche ártica, él se fue a casa con el jeep. Aquel cansancio prematuro que le había entrado repentinamente «como una desviación de la vertical», debido probablemente también al hecho de haber estado hablando con tanta dedicación en aquella lengua extranjera (una actividad en la que la «peligrosidad» de él parecía identificarse con su propia persona, que no inspiraba confianza), no se había producido nunca; y entró en la casa con tejado a dos aguas transfiriendo a sí mismo, desde lejos, en forma de energía, el color de ésta, su forma y su materia (la corriente de detrás del terraplén era ahora un ligero chapoteo); entró lleno de proyectos y literalmente con fiebre por investigar la naturaleza, aunque luego, en el laboratorio abandonado –Lauffer estaba durmiendo al lado–, lo único que

hizo fue instalarse como en su casa, con un vaso de vino, y, con el gato sobre las rodillas, dirigiéndose hacia la oscuridad casi total de dentro y de afuera, fantasear de un modo ocioso sobre una visión global y un orden.

Al fin, soltándose en su propia lengua, le dijo al gato: «Honorable animal demoníaco, ojo de gigante, tú que comes carne cruda. No tengas miedo: nadie es ahora más fuerte que nosotros, nadie nos puede hacer daño. Por delante de la ventana corre el agua enemiga, pero nosotros estamos en nuestro elemento y hasta ahora hemos tenido suerte. No soy débil del todo, no soy del todo impotente y puedo ser libre. Quiero el éxito y la aventura y quisiera enseñarle razón al paisaje y tristeza al cielo. ¿Lo entiendes? Y estoy inquieto».

Los dos miraron hacia afuera, a la noche, el gato con mucha más atención que el hombre, con el orificio fecal, bajo la cola levantada, dirigido hacia él, como una mirada ardiente. Un viento extraño en aquella región atronaba fuera, e incluso dentro, en la casa silenciosa, llegaba a producir un leve tictac en la madera. Sorger estuvo sentado allí, sin moverse, hasta que le pareció que con el cráneo estaba pesando su propio cerebro: una balanza cuya actividad consistía en quitarle el peso a lo que ella pesaba. Un estremecimiento nervioso revoloteó una vez más en torno a su cabeza, como un batir de alas bajo la piel; luego vino una paz absoluta en la que era posible decirlo todo con palabras: «noche» – «ventana» – «gato»; y Sorger sintió el frío y el viento de fuera como una bendición para sus bronquios.

Levantó suavemente al animal por las patas delanteras, obligándolo a estar erguido, y puso el oído en su hocico: «Ahora di algo. Deja de fingir, cuadrúpedo hipócrita, monstruo sin padres, bandido sin hijos. Esfuérate. Todo el mundo sabe que podéis hablar».

Tomó el cráneo pequeño y redondeado del animal apretándolo fuertemente contra su oído y mientras tanto iba pasando la mano por su cuerpo, cada vez con más fuerza, hasta que la mano, a través de la piel, terminó acariciando el esqueleto.

El gato no se movía y apenas respiraba; con la angustia, los ojos habían tomado una forma esférica peculiar, como de cristal, y en la rendija de los ojos apareció reflejada la imagen del hombre. Hasta después de un buen rato no empezó a dar bufidos, y al fin, junto con el aire caliente, lanzó un gemido en la oreja de Sorger, un gemido no de dolor sino más bien debido a un

estado de extrema penuria y a un ligero alivio que se produjo finalmente en ella; después, con una pata se puso a acariciar la cara de Sorger, como un verdadero animal doméstico.

«Absurda bestia», dijo el torturador, «diabólico noctámbulo, posibilidad de comparación de la que puedo disponer como de un esclavo».

El gato lo arañó y cuando él lo dejó libre utilizó sus rodillas únicamente como un peldaño para escapar de allí a la habitación; dio un salto y se escurrió inmediatamente debajo de la alfombra y, formando un gran bulto bajo el tejido, se quedó tumbado allí, quieto, sin moverse.

Sorger sintió primero una sensación de frescor en el rostro; y hasta más tarde no empezó a sangrarle la herida. Detrás del animal fugitivo silbaban todavía los muebles. Sobre la mesa que había delante de él temblaba la punta marrón de la aguja de una brújula y en la habitación de al lado, en la cama, moviéndose violentamente de un lado a otro, como si no lograra encontrar una posición cómoda, el otro hombre hablaba dormido. ¿O es que estaba cantando? En realidad, ¿qué es lo que había que celebrar? Cuán fácilmente se traicionaba uno. Cuán pronto estaba uno dispuesto a hablar. Qué hermosa, en cambio, la timidez del gato. No digas lo que piensas, hombre. Ven, era del silenciar.

Al lado de la brújula había una carta para él, venía de Europa, todavía no la había abierto. (¿Ver ascender qué humo y de qué país?) ¿Y cuántos otros olvidos habían tenido lugar tan sólo en el día de hoy? El sentimiento de una culpa inexpiable más que jugar con él lo poseía, y como sólo él presentía de un modo vago, no podía ni siquiera arrepentirse y era incapaz de reparación alguna. «Nunca más», dijo: era el momento de los propósitos nocturnos concebidos en la embriaguez de la somnolencia: «Hoy ha sido la última vez que...». ¿Qué? Un fuerte calor, un hedor casi, oprimía la habitación y al que sólo por pura obstinación estaba despierto en ella: la conciencia de una privación insaciable y de una infinita incapacidad. No tenía derecho a los instrumentos de su trabajo; no tenía derecho a mirar el río; y era una estafa que se hubiera dejado abrazar alguna vez por alguien. Lauffer estaba cantando, ahora realmente en sueños. «Extraño otro, ridículo uno mismo, sonriente tercero.» Había algo en ellos, desde siempre, que no iba bien; eran unos farsantes, tanto el uno como el otro. La noche era ahora un cuerpo que

desde fuera se apoyaba en los cristales de la ventana; y ahora Sorger se vio a sí mismo como alguien realmente peligroso: porque quería perderlo todo y perderse a sí mismo.

Ciertamente conocía desde hacía tiempo esos estados de tierra de nadie; si no en el sueño, sí por lo menos al aire fresco del día siguiente se convertían en algo inobjetual; y además ahora el gato salió de debajo de la alfombra y, en señal de dependencia, mientras él se preparaba para irse a la cama, se le cruzó unas cuantas veces en el camino. «Como ves, me voy a dormir», dijo mirándolo; y añadió: «Alégrate, querido animal, de tener una patria». En la tormenta la casa volaba a través de la noche, y Sorger esperaba impaciente la luz de la mañana. «Me gustaría vivir un tiempo con los animales. Ellos no sudan y no gimotean quejándose de su situación...»

Pero, a pesar de la necesidad de no decir nada de uno mismo, ¿no existía también el gusto por la exclamación espontánea, por la simple exclamación con la que no sólo quedaría demostrada la ausencia de culpa sino que además se restablecería aquella espléndida inocencia con la que se podría vivir largo tiempo?

Sorger no tenía nada que exclamar, en ninguna lengua. En la duermevela se le hizo clara una cosa: había pasado otro día en el que, una vez más, había dejado algo para otra ocasión, algo que de pronto ya no se podía aplazar. Era la hora de una decisión que estaba en sus manos, o que no lo estaba, pero de todos modos era él quien tenía que conjurar su presencia.

Inspirando profundamente –sin moverse, se veía a sí mismo cambiando de actitud–, sintió ahora un vivo deseo de tomar esta decisión; una espera, una impaciencia casi indignada; y lo extraño de este proceso, lo que para Sorger era casi totalmente inaudito –y mientras se dormía no le pareció en absoluto ridículo– era que ahora no se veía solo, sino que, por primera vez en su vida, se sentía como uno del pueblo. En este momento no representaba sólo al Gran Número sino que asumía el deseo de decisión de éstos, un deseo que era lo único que los mantenía unidos y que les daba vida.

Por un instante los sistemas uniformes de ventanas de los conjuntos de casas de muchos pisos llegó a verlos incluso como instrumentos de espera, petrificados por la concentración, abiertos en aquellos desolados muros únicamente con este fin, no para mirar o para ventilar, y, a diferencia de lo

que ocurría en la duermevela, no tenía ante sí paisajes deshabitados, sino que, en lugar de esto, muy cerca, un gran número de rostros que pasaban ante él, afligidos, que no daban la impresión de formar un pueblo y de los cuales ninguno de ellos le era conocido; sin, embargo, constituían una multitud de la que él formaba parte.

¿Estaba realmente preparado para tomar una decisión? No lo sabía, y no lo sabría nunca si no se aventuraba a ello.

Pero, ¿cuál era la decisión? Como respuesta, Sorger, casi dormido, vio sólo una imagen muda en la que él estaba en una pequeña habitación, a una gran altura, y tenía el aspecto de un funcionario del pueblo, de hombros redondeados, que trabajaba con celo, y, del otro lado de una gran superficie de agua que lo separaba de todo, todas las fachadas con ventanas, unidas, lo miraban.

Le sobrevino una extraña voluptuosidad que lo incitaba a esforzarse hasta el agotamiento; y para el caso de que fuera demasiado débil, se veía desapareciendo por debajo de un arco que lo llevaba a un refugio, en aquel momento cerrado todavía: le iba mucho en ello, pero no era un juego a vida o muerte.

Un calorcillo se extendió por todo su cuerpo, y Sorger se encontró consigo mismo en el hueco de la mano, que estaba allí relajada y suelta. Satisfecho, sintió su sexo sin excitación; al mismo tiempo una sensación de hambre y ansias de tener dinero. El gato saltó sobre la cama y se puso a sus pies: «un animal en la casa». La cama de campaña, en su estrechez, era perfectamente adecuada para él. Lauffer se reía al lado, dormido; ¿o era él mismo? El viento de fuera se convirtió en una nube. La india, acostada, hecha un ovillo, lo estaba olvidando en ese momento, estaba olvidando a todos los hombres, incluso a sus hijos. (También ella era ahora la adecuada para él.)

Durante el día, gracias a su trabajo, él y el paisaje se convertían casi siempre en una sola cosa; estaba «ante el lugar», el terreno elegido por él («*township*» se llamaba su campo de operaciones, un espacio cuadrangular, deshabitado, en el que no había más que terreno salvaje); pero de noche, durmiendo en una cama alta de hierro, Sorger seguía notando la distancia que lo separaba de

Europa y de los «antepasados»: no solamente la sentía como un trecho inimaginable entre él y otro punto, sino que se sentía también a sí mismo como un ser alejado (y aquí el mismo hecho del alejamiento era ya culpa). En el sueño no había representación alguna de este otro punto, había una conciencia –que no lo abandonaba o que por lo menos pesaba de un modo molesto en todo cuanto había en él– de no estar en su propia cama. Consciente, mientras dormía, de estar alejado de un modo forzoso, a pesar de que hacía años que había cambiado de continente, nunca tenía la impresión de dormir de una manera apacible bajo un techo familiar; al cerrar los ojos y luego durante toda la noche, ¿no ocurría más bien (momento del que él se defendía siempre) que, convertido en un bloque cada vez más pesado, iba cayendo lentamente hacia un horizonte magnético? –y allí, ¿qué ocurría luego?

De un grupo de indios borrachos que estaban de pie en el terraplén, junto al río, y que gritaban en torno a un fuego, uno de ellos, retrocediendo y dando tumbos, todavía con una botella en la mano, se cayó a la lisa y rápida corriente y se hundió; sin embargo, después de esta breve caída, el que estaba en sueños saltó a buscarlo. No volvió a salir. Nadie reaccionó ante su desaparición.

A vista de pájaro (por ejemplo, desde un helicóptero que volara a poca altura), la corriente se veía como algo tan transparente en su superficie, que debajo de ésta, como aprisionadas dentro de un cuerpo claro de agua, como una masa independiente y netamente delimitada, de manera que daban la impresión a la vez de turbulencia y de gran fuerza, se podían ver las nubes de barro de color amarillo oscuro que salían de un modo rítmico de las profundidades del río y rodaban hacia el oeste ocupando todo el ancho de la superficie de las aguas.

Por encima de esta masa turbia, pero apenas por debajo del espejo transparente de las aguas, no reconocibles desde la orilla, pasaban deslizándose oscuros troncos de árboles, abedules a los que la mayoría de las veces la corriente había pelado y ennegrecido, de vez en cuando envueltos unos momentos en una oleada del barro que se había elevado del fondo más que las otras; sin embargo, desde la playa se podía ver muy bien aquellos pocos pinos enanos que, por la parte trasera, debido al peso de las raíces,

atravesaban la superficie e inmediatamente volvían a desaparecer hundiéndose en las aguas.

Algunos troncos, desviados a lugares de menor profundidad, se anclaban en el fondo con sus raíces; por encima de las aguas sobresalían únicamente sus extremos, abiertos en forma de abanico.

Ya no se oía ningún grito; la corriente, al amanecer, se abombaba formando el tranquilo golfo de un mar que seguía activo allí fuera. De vez en cuando, olas producidas por el viento se arrastraban sombrías por encima de él, en todas direcciones.

Un salmón rosado, muerto, fue arrastrado por las aguas a la arena de la playa: débil color dentro de la tiniebla, desplegado allí rígido e inmóvil; encima, y completamente separado de ella, el cielo pálido, con una luna sin color, que parecía haberse caído de espaldas. El pez, hinchado, atravesado sobre el banco de arena convertido en barro por el rocío, parecía casualmente introducido en el juego del frío paisaje del crepúsculo: como si imitara los montículos –hinchados también y rodeados por setos de estacas blancas– del cementerio de los indios, que se encontraba en aquella selva baja y poco tupida que formaba la otra marca fronteriza, la del otro lado de las cabañas, cuyos muros, negros y grises, se levantaban por encima de los matorrales de la franja intermedia; no había ningún signo de vida, a excepción del matraqueo de los generadores eléctricos; el lugar en el que habían encendido una hoguera, abandonado ya, humeaba todavía.

La zona donde se encontraba la colonia estaba atravesada por innumerables caminos que, no obstante, ni siquiera unían las cabañas entre sí sino que simplemente llevaban a un grupo de árboles, o a la espesura, y allí quedaban interrumpidos; o bien, a modo de túneles, seguían de nuevo distintas direcciones y terminaban quizás bajo tierra en un laberinto de zorro. No era sólo que el pueblo estuviera rodeado por la naturaleza salvaje que lo circundaba: la selva virgen y el paisaje primitivo, anterior al hombre, se habían conservado en lo esencial y seguían dominando incluso dentro del recinto de la comunidad. La región no había sido roturada nunca y, de este modo, en ella no había habido nada parecido a campiñas o a cualquier otra

forma civilizada de paisaje; a excepción de los lugares en los que se habían construido terraplenes para edificar las viviendas, en ninguna parte se encontraba alterado el relieve natural; incluso los caminos más anchos seguían todas y cada una de las muchas irregularidades del suelo, que sólo desde el aire parecía llano (de ahí que lo único que era «un campo», junto con la franja de tierra, era la carretera de grava formada por acumulación de piedras, una carretera tan larga como ancha que, a modo de zona cerrada, entrando en el paisaje pantanoso, llevaba a un destacamento militar). Y como la mayoría de las cabañas estaban construidas sobre zócalos, incluso en los terrenos en los que se había edificado –en las hondonadas, en las zanjas y en las convexidades del suelo–, debajo de las viviendas la tierra se había conservado en su forma primitiva.

Como adaptándose a la aspereza del paisaje primitivo, las viviendas, aisladas y esparcidas entre los matorrales, no formaban nunca conjuntos; estaban diseminadas aquí y allá, sin relación de vecindad alguna, a menudo lejos de la carretera e incluso de espaldas a ella. No había ningún sitio desde el que uno pudiera tener una visión de conjunto de la colonia, que, por otra parte, era famosa como único asentamiento humano en muchos kilómetros a la redonda: cada edificación emergía del suelo como si luego ya no hubiera nada más.

Sólo arriba, desde el avión, en medio de la selva virgen, junto al gran río, aparecería inopinadamente una pequeña ciudad, encantadora casi, construida según un plan determinado, con una red de calles que llegaban a cruzarse incluso en ángulo recto y con una auténtica calle mayor que discurría en diagonal como una especie de *Brodway*: de repente, un lugar ideal, civilizado y al mismo tiempo elemental, en el que de vez en cuando, a la luz de la mañana, brillaba la manilla de metal de una puerta, mientras al mismo tiempo iba subiendo la niebla desde la inmensidad de aquella masa marrón claro que formaba el parque natural de pinos.

En aquella llanura fluvial, a la vez acogedora y fértil –las pequeñas coníferas desgredadas hubieran podido ser también cepas–, faltaban ciertamente campos de labor, praderas (cuya ausencia a primera vista era incomprensible) y aquella carretera general que se dirigía al horizonte. (Y la mayoría de las cabañas, que tenían alrededor coches estropeados y

electrodomésticos oxidados, observadas desde lo alto, se convertían en contenedores en los que alguien hubiera querido robar y alrededor de los cuales, desperdigados, hubiera dejado distintos objetos.)

Junto a la blanca iglesia de madera, la casa de tejado a dos aguas, también de madera, era el edificio más alto de la zona y era también la única casa que tenía un desván, un desván que los dos moradores utilizaban a veces para revelar fotografías; el frontón era un punto de referencia, pues era fácil que incluso en aquella región habitada uno se perdiera entre arbustos y charcos pantanosos.

Sorger se había levantado temprano y quería ponerse a trabajar enseguida. No había sol aún; sin embargo, los lisos guijarros brillaban ya en el camino de la playa donde él estaba, y un banco de arena cercano, con líneas horizontales y curvas en forma de abombamientos –formadas por hojas, pequeñas ramas y pinochas que se habían ido depositando allí–, marcaba el brusco descenso del nivel de las aguas durante la noche. Hacía frío, pero él no lo notaba; cualquier tipo de tiempo le daba vida, sólo con la posibilidad de estar fuera, al aire libre, y expuesto del todo a él con sus propias fuerzas.

Incluso en el trabajo prefería dibujar a tomar fotografías, porque sólo de este modo se le hacía comprensible el paisaje en todas sus formas; siempre le sorprendía ver la gran cantidad de formas que había allí, incluso en un desierto que a primera vista era completamente monótono. Además, él no sentía próxima una región hasta que, con la máxima fidelidad posible y sin las esquematizaciones y supresiones que en su disciplina científica eran ya habituales, no la dibujaba línea tras línea, y entonces –aunque sólo ante sí mismo– podía afirmar sin mala conciencia que había estado allí.

La región fluvial estaba desierta, como era normal en aquella estación del año; sin embargo, en esta mañana cuyo resplandor parecía provenir del fondo de la tierra, en todos sus bordes parecía haberse reanimado aquella breve época de entre siglos cuando, transitada por barcos a vapor, dividida por las bases de las distintas compañías comerciales, invadida por enjambres de buscadores de oro, había entrado en la historia del mundo: lo que se había ido para siempre en los tamices de plástico de la imitación del «trading post», en los trineos en miniatura que fabricaban los indios en sus casas y en las inscripciones funerarias que, debido a los bruscos cambios meteorológicos, se

erosionaban aquí más rápidamente que en otras regiones de la tierra: todo esto se agitaba ahora en la corriente intemporal-inconsciente como una corriente eterna y consciente de ella misma; y el observador experimentó sosiego y consuelo, le entró una serena alegría y tuvo ganas de crear algo.

Papel consistente y mate del bloc de dibujo; lapicero con punta en forma de cuña para poder trazar alternativamente líneas gruesas y líneas finas; hermosa incandescencia del cigarrillo; y viento en calma donde el humo no volaba sino que iba cayendo lentamente al suelo.

Los primeros colores del paisaje, como si fueran objetos independientes: un rojo guijarro, un azul bidón de gasolina, un amarillo hoja lanceolada, un blanco tronco de abedul. En la hierba había pequeños hongos reventados. En otro lugar crecía el tallo peludo de una adormidera, cuya flor no era roja sino de un maravilloso amarillo de tela. Las acacias tenían, como en todas partes, espinos oscuros; en lugar de árboles eran sólo arbustos. Las bayas de serbal, rojas y a punto de reventar, con una pulpa más helada que si fuesen bolas de nieve, escocían un buen rato en la palma de la mano. El rojo teja de las ramas del sauce, como para ilustrar la portada de un libro. Marrón también la piel de oso, basta y peluda, clavada en un cobertizo.

Los primeros movimientos fueron los de los velos de niebla de la superficie del río desplazándose hacia el este. De los agujeros que había en el terraplén de barro salieron volando unas golondrinas de orilla y rápidamente volvieron a dar media vuelta. Unos perritos negros hurgaban en los desperdicios de la playa, pero luego, como cuervos gigantes, se elevaron por el aire y, con un zumbido de alas, fueron describiendo círculos por encima del hombre; al dar la vuelta lanzaban gritos roncocos como si quisieran llamar a alguien; uno volvió y, una vez más de un modo totalmente silencioso, sobrevoló al hombre que estaba allí de pie, tan bajo que su aleteo sonaba como una correa impulsada por un motor.

Los peces que la corriente había depositado en la arena durante la noche estaban casi totalmente devorados por los animales: de los ojos, vaciados a picotazos, quedaban aún, aquí y allá, huellas en la blanda arena. Un perro salvaje que merodeaba por la orilla tenía un color gris plateado y, desde sus ojos, azulados, hacia abajo, su cabeza era blanca: un verdadero rostro. Iba desgarrando una gaviota muerta que había en el suelo, moviéndola de un lado

para otro, y la despedazaba entre sus colmillos; éste era el único ruido que se oía a millas a la redonda. Los perros de la colonia, a los que sus dueños habían atado con una cadena, salieron corriendo de los escondrijos cavados en la tierra, se separaron tanto como pudieron y empezaron a gimotear y a aullar con una violencia contenida aún.

Luego comenzaron los ruidos del ajetreo normal de una mañana como cualquier otra; sin embargo, en ninguna parte un coche que circulara sobre tierra firme: por encima de los matorrales apareció un gran número de avionetas, y otras avionetas atronaban al otro lado del río. «Tienes que saber que en esta vida todavía no ha habido nadie que se haya soltado tanto que ya no se pueda soltar más.»

¿A quién venerar? ¿No era la veneración aquello que él necesitaba? ¿No era verdad que quería ser dependiente? ¿Dónde estaba aquel para quien él podía hacer algo? ¿Dónde estaba en este momento?

Las latas de cerveza, que no sólo estaban aplastadas completamente por los coches sino que estaban incrustadas del todo en la tierra del camino, aparecían como señales de una violencia que ya no podía crecer más y de una desesperación para él desconocida pero que estaba sintiendo en este momento, una desesperación provocada por una carencia incurable, por una ausencia pétrea contra la cual en este momento los perros del pueblo estaban aullando con una rabia mortal.

Lauffer, el compañero, uniformado otra vez con su chaleco de muchos bolsillos y sus botas de piel de oveja, estaba en último plano corriendo de un lado para otro ante una red que se movía al viento y que había sido colocada sobre la puerta de la casa de tejado a dos aguas; jugaba solo al baloncesto, y Sorger, que venía ya de vuelta, echó a correr, le quitó la pelota a su amigo y se puso a jugar con él.

A lo lejos, el sol se levantaba sobre la depresión, lentamente y en una línea ligeramente oblicua, y oscurecía el paisaje proyectando profundas sombras: una oscuridad, más bien una negrura, que permanecía el día entero, junto con las zanjales de sombra que apenas se encogían, al igual que apenas avanzaban; y enseguida, desde el momento en que Sorger se puso a jugar con Lauffer, el tiempo, como en un escenario abierto, se transformó en un espacio a la vez crepuscular y soleado, sin sucesos especiales, sin la alternancia de día y

noche y sin sentimiento de uno mismo: un ámbito en el que él no estaba ni activo ni ocioso, ni intervenía ni era testigo.

En aquel momento, él acababa de darle un pequeño empujón a su adversario, de oler la pelota, inspirando el aire, en el que se sentía el olor del otro y luego el suyo propio; por su parte, Lauffer, que era fuerte, lo había tomado por las caderas y lo había colocado a un lado sin más: y unas cuantas golondrinas, sin formar grupo, abandonadas por las demás, con el vientre blanco, más gordas y mucho más pequeñas que en otras partes, salieron de los agujeros que tenían en la orilla y levantaron el vuelo hasta el centro del río; desde allí, como si hubiera una secreta frontera, se lanzaban otra vez hacia atrás y, durante el día, y en los días siguientes, repetían este movimiento de dos tiempos –uno largo y otro breve–; a veces un águila de color blanco brillante que seguía el curso del río cruzaba el espacio por el que se movían las golondrinas; éstas la acompañaban durante un trecho.

En este espacio de tiempo había un presente constante, un mundo –que era de todos–, un lugar como cualquier otro, constante, un mundo como cualquier otro, constante, un hábitat constante. Este presente era una omnipresencia en la que alentaban también los muertos que un día fueron amados y en la que los más alejados amores, alegres y felices, estaban a resguardo en una estancia contigua a la que se tenía acceso; el lugar, como cualquier otro lugar, era un país extranjero donde ya no había necesidad de huir ni de volver a casa, pero en el que tampoco era obligatorio participar en las costumbres de los que vivían allí desde hacía tiempo; y el hecho de ser un hábitat le daba a aquel trozo de tierra la condición de casa y de taller, un lugar en el que era posible el aislamiento personal sin tener que someterse a las costumbres a las que obligan los espacios interiores.

El sol de otoño era débil, o cálido, o brillaba sobre una mancha, muy lejos, en la superficie de las aguas; sin embargo, era algo más que una mera fuente de luz, habitual e indiferente, que uno tenía a la espalda o ante los ojos. Y las hojas caían sobre platos que había en mesas puestas al aire libre, o, en claros tropeles, bajaban flotando río abajo, o no eran hojas y, como pájaros, desde la hierba volaban otra vez a los matorrales, de repente dejaban de avanzar dando vueltas sobre sí mismas y, como animales terrestres, corrían en una dirección completamente distinta; eran cabezas de ranas entre la capa amarilla de hojas

depositadas sobre los charcos negruzcos de aquella zona pantanosa; o un venado que huía lejos, a la tierra llana, y caía dando tumbos al recibir un disparo; o, al fin, sólo resultaban ser hojas (así como los cuerpos voladores que salían de los árboles resultaban ser sólo trozos de corteza desprendidos por el viento).

En este tiempo, estos fenómenos no ocurrían simplemente como extrañas confusiones de alguien que casualmente no sabe distinguir los detalles unos de otros, sino que eran señales vinculantes de estos mismos fenómenos, los cuales, además, al igual que en conjunto podían transformar la estación del año en un gran círculo (el «círculo del año»), en particular –daba igual quién los estuviera mirando–, a los acontecimientos temporales que tenían un solo sentido los podían transformar en sucesos espaciales múltiples: confusiones que lo eran sólo a primera vista, luego acogidas con agrado como transformaciones que ocurrían fuera, donde, en un profundo espacio de la mirada, en virtud del espectáculo de la naturaleza, «siempre como algo que ocurría una sola vez», las plantas se encontraban con los animales, e incluso con los hombres, y lo ausente con lo que estaba ocurriendo allí. El paisaje, integrando la historia particular de Sorger con el otoño nórdico, en virtud de esta historia humana, quedaba transformado a su vez en una cúpula temporal en la que ese hombre, olvidado de sí mismo, sin destino pero también sin sentimiento de carencia (liberado completamente de todo cambio sentimental), estaba todavía allí.

En este paisaje había incluso un lugar concreto, que Sorger dibujaba todos los días, en el que esta historia universal, llena de promesas y en la que ya no ocurría nada violento ni siquiera brusco, se desplegaba ante sus ojos y era fácilmente abarcable con una mirada. Este lugar no llamaba la atención desde el principio como un sitio especial o una mancha concreta en el terreno; sólo el esfuerzo constante del acto de dibujar hacía que sobresaliera del resto del paisaje, y únicamente dibujándolo se podía describir.

Se trataba del segundo plano de una sección del paisaje que no tenía nada de especial y que Sorger había elegido a causa de una grieta tectónica que se encontraba en primer plano y de un fragmento de terraza de loes que había detrás, a gran distancia. Este fragmento central, que en su superficie no presentaba nada que llamara la atención, ni siquiera una pequeña depresión

pantanosas, y que lo dibujaba sólo porque se sentía forzado por una especie de necesidad de completarlo, con el tiempo, sin que él se lo propusiera, se fue convirtiendo en una parte del paisaje completamente peculiar. Era una llanura esteparia lisa, libre casi de arbolado o de monte bajo, con unas cuantas cabañas y delante un camino recto, como trazado a cordel; por detrás, la zona estaba limitada por la selva virgen, poco tupida, cuyo interior, sin embargo, por estar tan cerca, podía verse sin dificultad; por delante, en cambio, con las muchas formas particulares que allí cabía percibir, a los ojos del dibujante se diferenciaba del resto como si fuera una franja de jardines de Schreber<sup>2</sup>: entre estos dos espacios, que se distinguían claramente del resto del paisaje, aparecía la informe franja central que seguía el mismo trazado que ellos, como hundida; era como un campo que se había ido formando a lo largo de semanas y que podía ser ejemplo de un valle humano en una posible paz eterna.

Los indios que cruzaban aquella zona, a la vez otoñal y soleada, iban en coche todos los días, o bien hacia la derecha, a su trabajo, o hacia la izquierda, de regreso a casa; al igual que sus hijos, que por la mañana, cada uno por su cuenta, iban a la escuela y al mediodía volvían a casa en grupos: aquí se desarrollaban sus vidas, sin más incidentes; el que entraba en el escenario por un lado completaba siempre a quien en aquel mismo momento lo estaba abandonando por el otro extremo; los que se encontraban en el camino estaban un rato juntos y volvían a separarse; iban sólo a las casas de labranza, siempre dentro del recinto común del pueblo, y las traíllas de perros que iban detrás, en los camiones, aullando, eran los animales domésticos que ellos llevaban de paseo.

A diferencia de lo que ocurría en el supermercado, en la casa comunal o en el bar, los que pasaban continuamente por la parte central de aquel paisaje daban la imagen de una comunidad indestructible, viva e incluso a menudo alegremente relajada; y Sorger, a quien esto lo liberaba de muchas ideas obsesivas, sabía que podía creer también en esta imagen. Hasta entonces los indios habían sido a veces una raza hostil y él una persona no grata en su país, que, por lo demás, sólo de puertas afuera pertenecía al mundo occidental. «Gran pueblo indio»; ciertamente, alguna vez él había podido pensar esto; pero ahora, que al fin se había podido quitar de la cabeza la idea

de «el intruso», de «el otro» por excelencia, se atrevía a participar, o simplemente a estar allí sin más, con toda naturalidad; y, en definitiva, con sus eslóganes y sus maldiciones contra los «blancos», en el último en quien ellos pensaban era en él.

Durante todos estos meses no se habían fijado en Sorger. Miraban al frente cuando pasaban a su lado; quizá también se rozaban con él un instante y luego se daban la vuelta para mirarlo, pero más bien como quien mira un obstáculo que se ha encontrado en el camino y sobre el que uno, después del contacto, quiere saber de qué clase de cosa se trataba; ahora se daba cuenta de que sólo en la medida en que los comprendía como miembros de una comunidad rural, él era alguien a quien ellos podían ver, y de que el hecho de no ser objeto de menosprecio había sido obra de él. Es verdad que al pasar nunca giraban la cabeza para mirarlo a él expresamente, que estaba allí de pie y ensimismado con sus instrumentos, y, sin embargo, liberado de su limitación anterior, él estaba seguro de tenerlos cerca: él ya no los estorbaba y ellos, mostrándose tan relajados, le demostraban incluso una atención que era amable por sí misma.

A Sorger le parecía como si en este escenario estuviera viendo jugar por primera vez a los hijos de los indios; como si, por primera vez en el Gran Norte, tuviera la experiencia directa de que había niños; y como si los mismos adultos se hubieran convertido en algo tan familiar, que, independientemente de lo que hicieran ante él –aunque no hicieran más que pasar con sus coches a toda velocidad–, estuvieran jugando con él. Desde que él se convirtió en un ser natural y despreocupado, *ellos* empezaron a jugar.

Luego, por la noche, lo que hacía era irse al bar a sentarse entre ellos, que estaban sentados unos detrás de otros, muy juntos, como en la penumbra de un cine. No miraba a nadie de un modo especial (abarcaba a varias figuras de un golpe) ni tampoco ellos lo observaban de un modo deliberado; sin embargo, los movimientos que hacían en torno al lugar que él ocupaba eran siempre cuidadosos y atentos, casi como en una danza. Es posible que ocurriera también que alguna vez se le acercara un rostro amenazador, y éste podía retirarse inmediatamente con cara de satisfacción, porque la primera mirada que recibía como respuesta se fijaba en el rostro, no en la amenaza. (Si el borracho insistía en su actitud amenazadora, porque se negaba del todo

a ver la mirada del otro, las más de las veces una india de cierta edad apartaba al obstinado y lo llevaba a una danza de apaciguamiento, larga y triste, de la que ya no volvía.)

Sorger no formaba parte de la tribu de los indios, pero siempre era uno de ellos, en el bar, en la colonia o dondequiera que estuviera en aquella región; no había olvidado el color de su piel, pero, estando entre ellos, ya no sentía la suya como distinta.

De vez en cuando podía imaginarse incluso que se quedaba con ellos para siempre, cobijado en uno de sus clanes familiares; o más bien lo que ocurría era que el espacio otoñal daba la impresión de ser la imagen natural de un sueño en estado de vigilia y superaba el mundo imaginativo de Sorger: como si a aquel hombre, que allí era sólo una presencia feliz, la naturaleza le presentara una historia paralela que sobrepasaba toda historia personal concreta. Viviría con su familia en el seno de la comunidad rural, a la que naturalmente pertenecían también la iglesia y la escuela, y con su trabajo podría incluso ser útil a aquella comunidad. Iglesia, escuela, familia, pueblo: todo esto volvía a significar posibilidades de vida completamente nuevas, y Sorger experimentó como una novedad el humo que durante el día se elevaba de las cabañas que había en la parte central de aquella zona; sin duda lo había visto ya, pero, como ahora sólo una vez, pero ¿dónde?, ¿cuándo? Sin dónde, sin cuándo, y qué alivio no tener que pensar ya que la gente de allí no era más que gente perdida en una región abandonada «en la que no había nada». Allí estaba todo.

Ahora se encontraba con la india sin ocultarse; se la presentó incluso a su colega Lauffer, a pesar de que normalmente era muy reservado en lo tocante a sus relaciones con las mujeres: «es mi amiga»; y desde entonces ella iba incluso de vez en cuando a la casa con tejado a dos aguas, con sus hijos, o por la noche participaba como tercer jugador en los juegos de cartas. Sorger tenía verdaderas ansias de que lo vieran con ella, pero en realidad no sabía quién tenía que verlo. Antes nunca se había sentido aludido por la mirada de los ojos de ella, tan peculiares, con las negras pupilas que apenas se veían dentro del oscuro iris; ahora confiaba en ella, y acogía su mirada (que era la misma de siempre). A su lado él estaba en el grado justo de ausencia para seguir unido a ella de un modo permanente, y, en esta situación, ya no tenía ningún

sentimiento de culpa, solamente un placer especial que al final dejó de resultarle extraño. (Era como si en ella experimentara por primera vez lo que era la gravedad terrestre. Y una noche fue como si estuvieran tumbados los dos en una meseta, que, de repente, era demasiado pequeña para ellos: crecieron hasta adquirir dimensiones sobrehumanas y, sin creerlo, de puro placer, el uno para el otro fueron un mundo.)

En otros tiempos Sorger se había atribuido la capacidad de ser feliz. Esta felicidad se manifestaba como una ligereza y una frivolidad fraternal que podía comunicarse a otros. Ahora las ansias de conseguir estados de felicidad habían desaparecido; incluso los evitaba, como una enfermedad. Sólo de vez en cuando se maravillaba de ver con qué facilidad los otros podían estar contentos justamente con él: luego, por breves momentos, esto le había proporcionado la certeza de poder llevar una vida como la que había que llevar, incluso en contra del tiempo; y también, repetidamente, le había hecho sentirse culpable por no haber hecho nada por conseguir la continuidad. Pero ahora ya no prometía ningún futuro, era sólo la ocasión; y tuvo una visión en la que la mujer y él se inclinaban el uno ante el otro y seguían cada uno su camino: estar juntos como ahora lo estaban era una unión para siempre.

Al despedirse se sentía cómodo en la otra lengua, sin fingir, con un argot y una entonación especiales, se sentía ser uno de aquel país. Hablando perdía la conciencia de su propia voz; del mismo modo que su ser parecía estar diluido en el paisaje otoñal, su manera de hablar parecía ahora estar en consonancia con la de los otros. Experimentaba un nuevo gusto por las lenguas extranjeras y quería aprender algunas más. Decía: «en mi país de origen nunca fue posible tener siquiera la idea de formar parte del país o de las gentes. Ni siquiera había una idea de país y de gente. ¿Y es precisamente este desierto de aquí lo que me proporciona la idea de lo que es un pueblo? ¿Por qué es este país extranjero el primero que se revela como una posibilidad de permanencia?».

Incluso Lauffer, que normalmente suspiraba por su Europa –se iba a la cama pronto, como los niños, «para pensar en su casa, como cuando estaba en el internado», y dormía mucho–, trajinaba ahora, casi como un campesino, en aquella región, como si fuera su jardín geológico.

A menudo se levantaba antes que su amigo y con botellas, tablas y barras

de metal se construía instrumentos con los cuales podía medir la erosión eólica y acuática de las proximidades del río, los movimientos de las pendientes («deslizamiento» o «corrimiento» subterráneo) y las elevaciones del terreno debido a las heladas.

Y Lauffer, el investigador de las pendientes, se olvidó al fin de enfundarse en su rígido traje de faena, que le daba realmente un aspecto de investigador, pero a la vez un aspecto extrañamente estéril, y, con una camisa de franela a grandes cuadros abierta, los anchos tirantes y el pantalón claro de lino, holgado en la parte superior y que se estrechaba en la espinilla, se transformaba en una de las corpulentas figuras de aquel paisaje, que aquí eran habituales.

Lo que construía era sobre todo lo que él llamaba «trampas de arena», de distintos tipos: horizontales, con compartimentos unos al lado de otros (con ellas medía el desplazamiento de la arena en la horizontal), y verticales, de varios pisos, para medir el trabajo del viento transportando arena entre el suelo y las partes más elevadas del terreno. Utilizaba también una «trampa de botella», que escondía en la tierra, de modo que, del suelo, y de una forma totalmente imperceptible, sólo sobresaliera un dispositivo de captación de arena, fijado al cuello de la botella y con la abertura colocada en la dirección del viento que llegaba rozando el suelo. Delante de sus numerosas cajas de captación de grava, que colocaba siempre al pie de la ladera, el concienzudo Lauffer ponía en todas partes largas planchas de desviación para evitar que, viniendo de los lados, se mezclaran otros cantos rodados, lo que hubiera falseado el verdadero movimiento de la pendiente. Y para determinar lo que él llamaba los «golpes en gancho» de las piedras que estaban en la base de las laderas, introducía verticalmente listones de plomo en agujeros del suelo que había practicado antes con una sonda que tenía la misma forma que los listones, y de este modo, sacando con mucho cuidado sus barras y midiendo la inclinación, observaba los desplazamientos de las piedras. Preparaba el terreno con todos estos dispositivos y rondaba por allí en actitud expectante, como si fuera un cazador.

No obstante, con el tiempo su espacio peculiar fueron las zonas de tierra que había debajo de las cabañas construidas sobre pilares: allí las pequeñas alteraciones del terreno, al abrigo de las influencias meteorológicas, eran

distintas de las formas que estaban fuera de este ámbito de palafitos; éstas, si originariamente habían sido similares, estaban ahora completamente desfiguradas.

Esta insignificante constatación lo había excitado, como si se tratara de un descubrimiento: una pequeña forma natural que la civilización, contrariamente a lo que suele hacer, no había dejado de lado sino que había preservado de un modo casi total de las huellas del tiempo. A la inversa de lo que ocurría aquí, en un desierto de América del Sur en el que no llovía nunca ni se formaba rocío y en el que desde hacía un siglo tampoco soplaba el viento, las pisadas humanas y las huellas de los cascos de caballos de tiempos remotos habían permanecido completamente vírgenes del influjo de la naturaleza. (En aquel desierto, las rocas, debido a la intemperie, habían tomado una coloración tan oscura que la reverberación térmica evitaba toda clase de viento.) Lauffer, en un estudio, quería comparar entre sí estos dos fenómenos: «No va a ser ninguna investigación», decía, «será más bien la descripción de unas imágenes».

Sorger decía: «A mí me ocurre a veces que, al intentar representarme la edad y la génesis de las diversas formas del mismo paisaje, así como la relación que guardan unas con otras, cuando al fin lo logro, la enorme, desconcertante variedad de un cuadro así es precisamente lo que hace que empiece a fantasear. En estos momentos, sin ser un filósofo, sé que estoy filosofando de un modo completamente natural».

Lauffer: «Entonces podemos decir realmente que ni éstos son los pensamientos que pide para esto nuestra especialidad ni que podríamos estar hablando en una jerga filosófica profesional. Por lo que a mí respecta, sólo me gusta una fantasía filosófica momentánea, y además para mi uso particular. En el estado de vigilia mi ciencia me proporciona sueños que otros no tienen ni siquiera cuando duermen».

Sorger: «Entonces tendrías que contarme algo de esto».

Lauffer: «¿Del paisaje?».

Sorger: «Del paisaje y de ti».

Pasión por coleccionar; gusto por el orden (incluso junto a una mesa

rectangular); complacencia en el mero habitar; alegría de aprender, redescubierta; placer por tener un cuerpo: por las necesidades de éste, incluso sólo por sus actividades. Que no hay nada más que querer: ninguna desgracia. El cumplimiento: nada sobrenatural. No se ha excluido nada del pensamiento, pero sin obstinación. La sensación de un permanente calorcillo en la cabeza: sin pensamientos personales, sin dirigirse a ninguna conclusión y sin que nadie los haya pensado de antemano –con el aliento cortado («socorro»), y luego, inspirando profundamente («¿a quién hay que estar agradecido?»)—, sólo pensando *con*. Pensando con la tierra, pensando la tierra como un mundo que piensa sin fin. El mundo, que no se pone a girar conmigo hasta que en mí no circula la sangre, en mí, para el que al fin ha sido pensado, como sólo *pensado*. Ya no hay sangre, el corazón ya no late, ya no hay tiempo humano: tan sólo la transparencia de todo palpitando con fuerza y temblando por mi propio pulso. Ningún siglo más, sólo la estación del año. De estar echado a estar de pie; de estar de pie a saltar y correr. Gusto por hablar y por competir. Desgana en el juego y, sin embargo, gusto por ver jugar a otro. Fuerte viento sin que caiga una sola hoja de los abedules. Unos momentos de silencio: luego, un ligero viento, un viento distinto, y las hojas caen al suelo en enjambres. En un brazo muerto del río, una apretada bandada de gaviotas dejándose arrastrar a un lado con la lentitud de una nube. Salpicaduras blancas de excrementos de cuervos en los cadáveres de los peces en los que están clavados vástagos rojos de sauce. Casquillos de bala en la grava, disparos en otra parte. En la casa, encima de una silla cuelga una camisa en cuyo ojal superior brilla el sol, que está ya muy bajo. La habitación que se estremece con la sombra de un pájaro (o de un avión) que pasa. «Salud, sonrientes muertos»: pero sólo la memoria de uno mismo sonríe en la cabeza, detrás de la frente, demasiado débil para hacer volver a los muertos, que, por breves instantes, afloran a la superficie como sacos inclinados. Tú, río. Tú, casa. (Exclamaciones.) En el marco de la ventana abierta, fuera está el amigo que vuelve del trabajo. En los charcos giran en círculo las hojas. Incluso los tallos de hierba aparecen como hojas caídas.

La víspera de marcharse Sorger de la llanura del Gran Norte era al mismo

tiempo el aniversario del descubrimiento del continente, y día de fiesta. Eran casi mediados de octubre y por la mañana el agua del río tintineaba en los finos cantos de hielo que crecían abajo, saliendo del terraplén de la orilla; sobre el hielo, erizados, algunos cristales de nieve; las masas de nieve que había sobre la superficie del agua, que eran muchas y pequeñas, eran las gaviotas que seguían dejándose arrastrar por la corriente.

Junto a una cabaña abandonada, derruida ya, había un abedul y en su tronco estaba una red de baloncesto que, debido al fuerte viento, había pasado por encima de su borde de hierro. En aquel paisaje fluvial, surcado por pequeñas estrías, se movían oscuras zonas de viento, como si fueran bancos de arena debajo del agua, a la deriva. A Sorger, más tarde, unas manchas de sombra que había en los blancos troncos de los árboles le recordaban a menudo el gato, que, con la cabeza sumergida en su pelaje, estaba tumbado sobre la mesa que había junto a la ventana, tan confiado como sólo puede estarlo un animal doméstico.

Lauffer dormía aún, con la cabeza enterrada de un modo parecido a la del animal; se había levantado en mitad de la noche y había estado andando de un lado para otro, fuera de la habitación, en el cuarto de estar. Preguntado a la vuelta por lo que había hecho, se había limitado a farfullar unas palabras, con labios pesados y torpes (que a Sorger, que estaba sentado en la cama, le hicieron pensar en su hermano) y sin mover la lengua, cerrando además los ojos un momento a cada sílaba (no sólo moviendo de un modo espasmódico las pestañas), como le ocurría cuando mentía: hasta ese instante Sorger no se había dado cuenta de que su amigo era sonámbulo.

Ahora se veía en él que iba a dormir todavía un buen rato; y durante este tiempo, en sus trampas de arena el viento aumentaba la cosecha. Mirándolo a él y al animal, que estaba junto a la ventana, Sorger reencontró su sentido del paso del tiempo (perdido de tan despreocupado como había estado) y al mismo tiempo descubrió la falta de peso de su existencia durante los últimos días, unos días que para él habían pasado como «después de su tiempo»: en todas aquellas imágenes que se sucedían sin nacimiento ni muerte, sin violencia, en la parte central de un determinado espacio, lo que a él le faltaba no era el sentimiento de sí mismo sino la conciencia de sí mismo como sentimiento de una forma: y ésta la experimentó ahora, no antes; viendo al

que estaba tumbado, hecho un ovillo, cobró conciencia de su propio mirar, en el óvalo de sus ojos mortales, que por primera vez atravesaban la mera condición de imagen: conciencia era el sentimiento de esta forma, y el sentimiento de la forma era suavidad y dulzura. No, no quería ser nada.

En compañía del gato, que lo seguía y «este día parecía saber algo», Sorger salió afuera. En la playa, unos troncos arrastrados por la corriente habían sido colocados formando círculos –o la corriente los había arrastrado casualmente allí–, y él se imaginó que tal vez, con estos círculos, los indios querían ponerse al margen del día de fiesta y de lo que con esta ocasión había que recordar, y toda la colonia le pareció ahora como un secreto círculo de proscripción en el que él, como iniciado, estaba haciendo la ronda por última vez.

De hecho, los postes de telégrafo de la carretera militar estaban pintados aquí y allá con signos totémicos. Las huellas que los neumáticos habían dejado en el barro del camino podían ser adornos de una secreta escritura pictográfica de los indios; y las cornamentas de alce que sobresalían por encima de las letrinas de madera, bajas, quizá se burlaban de los extranjeros que habían penetrado allí sin tener derecho. «Sí, está abierto»: esta fórmula que se leía en la puerta del supermercado –una fórmula que, por otra parte, era general en el continente–, en la fiesta nacional de aquel día tenía otro sentido, un sentido especial, y en el coche de la policía que pasaba a toda velocidad (Sorger no había visto todavía ninguno en esta región) se exhibían los rostros cerrados y anónimos de una fuerza de ocupación contra la que el pueblo lo único que podía hacer era dejar que los perros ladraran. «Andar en círculo y hacer juegos mentales», le dijo Sorger al gato, que corría tras él y se mantenía a distancia.

También los niños estaban en la escuela; los veía sentados en el edificio, bajo y alargado, detrás de los cristales oscurecidos, pero de sus rostros no veía nada, únicamente la cresta de muchas cabelleras, redondas, muy negras, unas cabelleras que de repente le fueron muy gratas. En una flauta sonaba estridente una canción de Navidad americana; no la estaban ensayando sino que parecía que la tocaban mal a propósito. Un niño salió a la ventana e hizo estallar una burbuja de chicle ante Sorger, que lo miraba desde abajo. Dando la vuelta, metiéndose en la barraca comunal, hojeó allí, como había hecho

muchas veces, el álbum de órdenes de arresto que estaba atado con una cadena: muchos de los perseguidos sabían vivir a la intemperie y llevaban tatuadas las palabras «Born to lose».

Dirigiéndose al cementerio: casi todos los que estaban aquí habían muerto jóvenes; el suelo, en forma de joroba, debido a la gran cantidad de piñas que habían caído, y con manchas de grupos de setas blancas. Entrando en la iglesia de madera y descansando allí: hojas que el viento había arrastrado hasta adentro, entre las sillas e incluso sobre los bancos de la biblioteca de préstamo que estaba expuesta sobre una mesa; sobre el armonio, una partitura abierta; de la habitación de al lado, que era la vivienda del clérigo, vapores grasientos del desayuno. En la siguiente curva del camino aparecieron entre los árboles prendas de vestir, todas ellas oscuras, de los indios; las habían tendido a secar allí; y detrás de las ventanas de las cabañas, los perfiles de sus moradores, que eran tan bajos que aun estando de pie sólo se les veía hasta el cuello: por esto no sólo se marchó de entre ellos sino que además pudo despedirse de ellos.

El viento, tan fuerte que al andar le desabrochaba la chaqueta, era agradablemente cálido, interrumpido por rachas heladas que dejaban en la boca sabor a nieve. A veces el gato se paraba y con la cabeza perseguía las sombras que se movían en las casas; cuando él lo levantó, se arqueó y le sopló aire frío al rostro: no soportaba que estando afuera lo llevaran en brazos.

Con el animal detrás, cerrando el círculo que había junto a la playa (al fin su andar enérgico se había convertido en carrera), Sorger pensó: hoy he visto por primera vez las casas de campo que rodean las cabañas y he descubierto que la colonia tiene una carretera de circunvalación.

El nivel de las aguas había descendido últimamente de tal modo que entre los bancos de arena se habían formado muchos islotes de agua en los cuales ésta se movía en remolinos, como si un pez hubiera quedado apresado allí: «también aquí el círculo». Aunque no se veía a nadie, por todas partes, desde las profundidades del paisaje fluvial, llegaba el eco de voces humanas (junto con el grito estridente de una única golondrina de costa, mientras que los botes, sin tripulación, rascaban la grava de la orilla); y Sorger vio a la gente del pueblo, como quien dice hombro con hombro, concentrados junto a la

curva del río, como «Gran Familia del Agua»: el ámbito fluvial, desde el nacimiento hasta la desembocadura, no era «digno de mención más que aquí»; éste era realmente «el único lugar del mundo digno de tener un nombre», como parecía poder leerse de las líneas escritas que el agua, que había bajado de nivel, había trazado, unas debajo de otras, en la arena (el borde de la otra orilla estaba ya «más allá de la última frontera»).

Eran sonidos de indios que llegaban desde el cauce de las aguas, en el que no había nadie, y sin embargo Sorger (sin entender una sola palabra) creía estar oyendo su propia lengua, más aún, la especial peculiaridad lingüística de la región que había sido la patria de sus antepasados. Se agachó y miró los ojos del gato, que al verse observado retrocedió; y cuando él intentó acariciarlo, pareció que aquí, fuera de casa, esto le resultaba tan desagradable que salió corriendo, moviéndose casi como lo hubiera hecho un perro que huye.

A los pies de Sorger, en una gran extensión, el barro seco de la orilla estaba resquebrajado en una red de polígonos casi regulares (la mayoría de ellos de seis lados). Mientras observaba las grietas, éstas empezaron poco a poco a actuar sobre él, pero no lo dividieron en fragmentos, como habían hecho con el suelo, sino que ensamblaron todas sus células (un vacío que no fue perceptible hasta ese momento) en un todo armónico: de la hendida superficie terrestre volaba hacia este hombre algo que daba a su cuerpo fortaleza, calor y gravedad. De pie, inmóvil, mirando desde arriba el dibujo, se imaginó ser un receptor, no de una noticia o de un mensaje, sino de una doble fuerza, una fuerza que tenía que recibir en los dos planos distintos de su rostro: en la frente sentía realmente desaparecer el hueso que había delante, atravesado, simplemente porque ya no pensaba en otra cosa que en exponer este estorbo al aire; y la superficie que descendía desde los globos oculares, que formaba casi ángulo recto con el suelo, parecía tomar rasgos nuevos, rasgos de un rostro, con ojos y boca humanos; cada una de estas cosas, para sí, pero no separadas unas de otras por conciencia alguna; y el abombamiento de sus párpados cerrados, realmente como pantallas receptoras. Su cabeza, inclinándose cada vez más, no quería indicar con ello autorrenuncia sino decisión: «Soy yo quien decide». Levantando la vista, ahora hubiera estado preparado para todo; y en cada mirada, aunque hubiera sido en el vacío,

habría encontrado otras miradas; habría hecho nacer estas miradas.

Ahora, el ruido de la corriente: y los matorrales volvían a susurrar con una suavidad tan llamativa como el día de verano en el que llegó, a modo de primer signo del paisaje fluvial.

El ser humano que se levantaba del suelo no estaba extasiado, estaba tan sólo apaciguado. Ya no esperaba más iluminaciones, esperaba sólo regularidad y duración. «¿Cuándo estará dibujado del todo mi rostro?» Podía decir que se alegraba de la vida, que estaba conforme con su muerte y que amaba el mundo; y podía advertir de qué modo, en consonancia con esto, las aguas avanzaban más lentamente, los mechones de hierba centelleaban y los bidones de gasolina sonaban recalentados por el sol. Vio a su lado una hoja de sauce amarilla, una sola, junto a una rama de color rojo brillante, y supo que, incluso después de su muerte, de la muerte de todos los humanos, esta hoja seguiría brillando en las profundidades de este paisaje y daría perfil a todas las cosas en torno a las cuales se estaba posando ahora su mirada; y sintió con esto una beatitud que lo elevaba por encima de todas las copas de los árboles: y su rostro se quedó atrás como una máscara «que representaba la felicidad». (Y hubo incluso una especie de esperanza: como el sentimiento de saber algo.)

Sorger, «el héroe», aprovechando el momento, dejó en el suelo la piedra que había querido meterse en el bolsillo como recuerdo del paisaje y, atravesando la hierba que se extendía allí como un prado, corrió a la casa de madera, con tejado a dos aguas, delante de la cual, sentado, el animal de piel manchada lo había vuelto a olvidar. ¿Por qué Lauffer había dicho una vez que él quería «vivir aquí bastante tiempo, pero que para morir volvería a Europa»?

Éste dio la bienvenida ahora al que entraba en la casa, con una mirada maligna, como de superioridad: él se quedaba en el lugar que el otro abandonaba. Llevaba calcetines blancos de lana, una camisa muy ancha, y del bolsillo trasero del pantalón le colgaban un pañuelo a cuadros y unos mitones, como a un auténtico natural del país. Todas las imágenes huían dispersándose y a Sorger le desazonaba tener que despedirse de alguna manera: del mismo modo como algunos abandonaron un lugar mientras los demás todavía dormían, ¿no era posible también abandonar un lugar

inconscientemente, dormido? Y de repente *la* idea: «Esta noche celebraremos la despedida, y, al amanecer, cuando tú estés todavía en la cama, tomaré el avión correo».

Se decidió que trabajarían juntos durante el día; esto quería decir que el uno invitaba formalmente al otro a participar en su actividad, y al final se pusieron de acuerdo en sacar juntos fotografías desde el aire.

El monomotor de alquiler volaba tan bajo sobre la región fluvial, que se veían incluso los perfiles de pequeñas y oscuras lentes de hielo que había debajo de la vegetación de la superficie. A pesar de que Sorger había observado muchas veces la región desde lo alto, hasta ese momento, cuando iba a abandonarla, no tomaba ésta una forma especial. Aquella llanura que en conjunto era tan amorfa la veía como un cuerpo de muchos miembros, con un rostro inconfundible, único, que se estaba dirigiendo a él. Este rostro aparecía rico, inquietante y sorprendente: rico no sólo por la multiplicidad de sus formas sino también por lo inagotable de la impresión que éstas producían; inquietante por la ausencia casi total de nombres para cada una de las incontables formas que allí había, unas formas que, de un modo extraño, hacían pensar siempre en un mundo humano (o lo anticipaban) y que parecía que estuvieran pidiendo nombres a gritos; y lo sorprendente de este rostro era, cada vez que uno lo miraba, la extensión de la corriente que rodaba por en medio de él: la imagen no era nunca idéntica a sí misma: la anchura era cada vez un acontecimiento nuevo, aunque uno hubiera dejado de mirar sólo por unos momentos; realmente no era posible imaginarla.

Lo que a Sorger, que se olvidó pronto de tomar fotografías, le hacía ver el río como uno de los rasgos de un rostro era el agradecimiento en persona e incluso la admiración que él podía sentir ahora por el ámbito de trabajo de los últimos meses. *Lagos de casco de caballo, marmitas fuente, valles en artesa, tortas de lava o leche glaciar* proveniente de *jardines glaciares*: aquí, sobrevolando «su» paisaje, entendía estos términos de uso corriente, estas denominaciones que se les daba a las distintas formas y que tantas veces le habían parecido infantilizaciones inadmisibles de las cosas. Del mismo modo como tenía aquí la experiencia viva de un rostro, asimismo era imaginable que otros investigadores, en su región, vieran algo así como casas pías soñadas, con *columnas, portadas, escaleras, púlpitos y torres*, provistas de

*escudillas, cazos, paletas y marmitas sacrificiales* que estuvieran, por ejemplo, en un pequeño *valle de trompeta*, bordeadas quizás por *enjambres de colinas*; y ahora le gustaba poner un nombre propio amable a las denominaciones genéricas de cada una de estas formas, pues los pocos nombres que había en el mapa, o bien provenían de una breve historia de los buscadores de oro de esta región («Hoz del Espejismo», «Lago del Fracaso», «Colina del Pie Congelado», «Arroyo del Medio Dólar», «Isla de la Fanfarronada»), o bien los nombres no eran más que números como «Lago de las Seis Millas», delante del «Lago de las Nueve Millas», detrás del «Pantano de las Ochenta Millas». Ahí estaban, a modo de modelo, los tres o cuatro topónimos indios: las «Grandes Montañas Locas», al norte de las «Pequeñas Montañas Locas», o el «Gran Arroyo Desconocido» que discurría a través de la «Pequeña Hoz Ventosa» y se perdía en un pantano sin nombre.

A pesar de que el gran río, incluso en verano, era tan frío que nadie podía meterse en él, Sorger de repente se vio nadando allí, sumergiéndose y bañándose en él con una inmensa felicidad. ¿No eran los ríos antiguos personificaciones de los dioses? «Hermosa Agua», dijo, y en aquel momento se dio cuenta de que acababa de bautizar al río (y abajo, los brazos cortados de los meandros danzaban como guirnaldas).

Nunca hubiera creído que hubiese podido amar este paisaje, ni amar paisaje alguno; y ahora, junto con el sorprendente afecto que sentía por el río, sintió también su propia historia: sintió que no estaba terminada, como había consentido que le dijeran, engañosamente, sus pesadillas, o incluso sus opiniones, sino que continuaba con la paciencia del fluir del agua. Ante la riqueza del paisaje, la conciencia de que él ya no podía ser más rico lo despertó como si fuera una salva en un día de fiesta, y sintió la urgencia de prodigar esta riqueza inmediatamente y de un modo continuo: de lo contrario se asfixiaba.

El siguiente pensamiento fue que ahora iba a poder ser dueño del trabajo «Sobre los Espacios» que pensaba escribir, y le dijo a Lauffer, a quien en aquel momento el piloto le estaba explicando los aparatos –antes Lauffer le había explicado al piloto el funcionamiento de la cámara de fotos desde el aire–: «Después me gustaría invitarte a una conferencia telefónica con Europa».

El teléfono público de aquel lugar se encontraba en un hangar del aeródromo, al otro lado de la pista de aterrizaje. En un rincón del cobertizo abovedado, al fondo, había una cabina adosada a la pared, de una sola pieza, en la que, como en una habitación que estuviera siempre ocupada por alguien, había una mesa, con una lámpara para leer, una cama cubierta con una piel de lobo, una estantería y una pequeña estufa de hierro (desde que se pedía la llamada pasaba mucho tiempo hasta que se lograba tener línea). En este rincón-vivienda, el teléfono, se veía muy bien que era un teléfono público, estaba en una de las dos paredes de chapa que formaban el hangar; al que quería llamar le daban la llave de la estancia en el supermercado, que estaba en el otro extremo del pueblo.

Al principio Sorger, con el jeep, venía aquí muchas veces, porque le gustaba sentarse en la oscuridad de la cabina y esperar. Un momento antes de que en la línea, que al fin estaba libre para él, sonara el timbre al otro lado del océano, se oía siempre el ruido del satélite y con él aparecía la imagen de la distancia oceánica. Al que estaba preparado para la conferencia este breve ruido lo ponía siempre en un inefable estado de excitación desde el cual «el que estaba en este extremo», con su primera palabra, «llamaba» realmente al «que estaba en el otro extremo». Pero luego, mientras estaba hablando, a menudo lo único que había era dispersión: al hablar, la otra voz, por muy clara que llegara, parecía estar cada vez más lejos, además, junto a ella no había nunca ruidos ambientales (música o ladridos o simplemente otra voz que viniera del fondo); el que llamaba se veía como un excarcelado ante el hilo telefónico, con su propia voz a modo de resonancia en su oído; y la sensación de vértigo que se experimentaba al colgar tenía un nombre: «irrealidad».

De este modo, Sorger, a quien la extraña pieza le atraía cada vez más, se había acostumbrado con el tiempo a limitarse a acompañar a Lauffer allí y a beber vino y jugar al ajedrez mientras esperaba con él. Incluso entre ellos se había convertido en una costumbre que Sorger animara a su amigo a llamar por teléfono, después de lo cual éste lo invitaba a acompañarlo y a escuchar.

En Europa hacía rato que era de día, mientras ellos estaban en aquella pequeña estructura montada en el pequeño hangar, en medio de la noche que se extendía alrededor. El único ruido extraño era de vez en cuando un

matraqueo ocasional que se oía en el interior del aparato, pero que correspondía a alguien que no era él; era en otro *township*; en un cuadrado distinto, con otro número, del mapa del desierto.

Después Sorger no atendía en absoluto a las palabras de Lauffer, que, hundido en el teléfono, preguntaba, contestaba o contaba cosas; lo veía sólo pegado al rincón, pendiente del aparato, dedicado totalmente a lo que decía o a lo que oía: el amigo perdía entonces este tipo de relación de-hombre-a-hombre –una conducta que en él bordeaba la timidez– y se manifestaba tal como era.

Esta última noche en el «pueblo Ocho Millas» (estaba a esta distancia, al norte del círculo polar) se convirtió para Sorger en una aventura, aunque no ocurrió nada especial; más bien le venían pensamientos que hacía tiempo que había tenido, sin que les hubiera prestado demasiada atención, y que ahora debían precisarse más; y se referían a una obligación, no a una obligación descuidada sino a una obligación que poco a poco se había ido convirtiendo en algo que había que cumplir; y como el cumplirla iba a retarle a acciones todavía inimaginables, se sentía, sin que de ello tuviera imágenes concretas, en la primera noche de una aventura.

Sorger, a quien de vez en cuando le gustaba manipular alimentos, preparó la cena, no sólo para él sino también para su amigo y para la india. Luego se sentaron los tres en torno a la mesa y jugaron a las cartas, unas cartas que sacaron de un mazo que la mujer había llevado como regalo de despedida y que olía a nuevo. En las cartas había cuervos, águilas, lobos y zorros; y en el joker todos estos animales formaban un gran círculo en torno a la cara del indio que había en el centro.

En la casa de tejado a dos aguas había una lámpara de pequeños conos de cristal, finos y alargados, y bajo cuyos rayos cada uno miraba su abanico de cartas, iluminado con una pacífica claridad. Las puertas que daban a las otras habitaciones estaban abiertas, incluso la que daba a la habitación donde ellos revelaban las fotografías, en el desván, bajo el tejado, y en toda la casa estaban encendidas las luces. El gato, sentado, miraba fijamente la maleta ya preparada de Sorger, movía las orejas y de vez en cuando cambiaba de lado la

cola; mostraba algo de las garras, como si fueran uñas; encogió las patas delanteras poniéndolas debajo del cuerpo y al fin se durmió.

El mentón de Lauffer brillaba. Se había puesto una camisa de seda blanca y un chaleco de terciopelo negro con botones dorados; unos lazos atados en torno al brazo abombaban la seda; y por primera vez desde que estaba aquí llevaba los zapatos bajos que había traído de Europa, unos zapatos en los que hasta aquel momento sólo había habido las hormas y que ahora crujían de vez en cuando debajo de la mesa. Se había cortado los pelos de las ventanas de la nariz y estaba sentado allí, erguido, sin lanzar nunca las cartas sino colocándolas siempre extendiendo la mano. Se alegraba ingenuamente cuando ganaba y perdía con una dignidad rabiosa. Todo él era dominio de sí mismo y bella apariencia externa.

La india, a pesar de que se encontraban en una mesa sin principio ni fin, era algo así como aquella de la cual partía el círculo. No estaba a la derecha ni a la izquierda de los hombres sino que ellos estaban sentados a sus dos lados; ella era la que invitaba. Los movimientos que hacía en el juego se parecían a los ademanes con los cuales, cuando ejercía su profesión, repartía los medicamentos: un ir dando las cosas de un modo ocasional, ágil, continuado, con muchas manos (cuando recogía las cartas que le tocaban parecía que el que se las daba le diera las gracias). Se había maquillado y acicalado de tal manera (en torno al cuello un amuleto de jade) que ya no era una india sino una oscura, peligrosa máquina resplandeciente en forma de ser humano; así que hundía sus ojos humanos en la carta, su ojo de máquina miraba fijamente desde el abombamiento vacío y bordeado de negro de los párpados y mantenía la habitación bajo su mirada.

«Si» (y con esta sola palabra, algo que durante tiempo sólo había estado pensando lo tomaba Sorger al fin como un compromiso): en algunos momentos Lauffer había sido realmente su amigo, y con la mujer acababa de encontrarse en un cuerpo —el de él y el de ella—, un cuerpo verdadero hasta el grito y hasta el tacto; pero qué presunción la suya, el solitario, el que volvía a salir de viaje, el «extranjero» (nombre de una seta), penetrar en la comunidad de estos dos comportándose como el «amigo» o el «amado».

Sorger sintió la alianza entre los dos, no como algo previsto, sino ahora, y en este momento vio ante sí la pareja de amantes ya consumada: el

espléndido investigador de las formas de la tierra y aquella divina bestia.

Nadie preguntó por qué se reía: lo sabían. Y el siguiente momento trasladó a Sorger, que seguía jugando con toda naturalidad, al centro de un acontecimiento remoto en el tiempo, pero que estaba ocurriendo en aquel instante: en el río había una pequeña isla, estrecha y alargada, cuyo suelo formaba una pendiente suave; tenía la particularidad de que en su parte central se hundía formando una pequeña depresión, aproximadamente redonda, en la cual el bosque de coníferas, que por todas partes era más bien ralo, crecía oscuro y tupido. Probablemente esta hoyosa se había formado a partir de un espacio subterráneo vacío en el que Sorger se hundía de golpe y al mismo tiempo con la lentitud del sueño, mientras los dos jugadores, que en aquel momento se encontraban a la altura de sus ojos, se desplazaban claramente hacia el borde superior de su campo visual. Ya crecía musgo en aquel hoyo y entre los árboles se erguían osos oscuros.

Sorger había salido afuera como después de un triunfo. Se movía a la luz de las ventanas de la casa; fuera no había ninguna otra luz, ni siquiera la luz puntiforme de una estrella. Al principio vio todavía a los dos que estaban sentados junto a la mesa; luego las ramas de los matorrales fueron creciendo y se metían en el claro rectángulo, que se iba alejando: como si los cristales estuvieran untados con suciedad. «Por favor, olvídenme.» Veía tan poco lo que tenía delante, a veces el claro perfil de una piedra, las superficies, que tenía que tantear con los pies y los codos. Ni siquiera un murmullo de agua; sólo a veces un sonido suave, como de frotación.

Luego, en la negrura, ya no se pudo distinguir nada más; al fin ya no había imágenes. Las superficies que todavía se diferenciaban unas de otras, cualquiera que fuese su color (¿no había incluso «colores de boda»?), acababan haciéndole pensar en muertos: como si su mirada estuviera fija en los que allí dentro se habían apagado. Ahora estaba viendo por dónde discurría el río en la oscuridad: antracita gruesa sobre un negro más fino; y estas formas, como había dicho un pintor que él veneraba, eran ahora sus «intérpretes», pero sin su «perplejidad» ni su «vergüenza»; y por esto actuaban como sus «actores».

Para la adecuada descripción de una zona de trabajo, cuando en ella se empleaban todos y cada uno de los métodos de la especialidad, la ciencia de

Sorger exigía además una última técnica, una técnica peculiar que se llamaba «visión de conjunto»; a la vista de la noche ártica, con su juego de negro-dentro-de-negro, esta visión de conjunto tenía lugar ciertamente sin plan previo, sin la frialdad y la objetividad que se requería en otras ocasiones: en él era decisiva otro tipo de calma (Sorger, literalmente, estaba viviendo lo que era el centro y la profundidad), y al mismo tiempo esta calma lo desbordaba; le calentaba las palmas de las manos (dedos que se abrían suavemente), hinchaba las plantas de los pies, le hacía sentir los dientes y lo transformaba totalmente en un cuerpo que pasaba a ser órgano de todos los sentidos, vertido todo él hacia afuera: al que se estaba viendo a sí mismo en las franjas de oscuridad, lo estaba invadiendo la calma, una calma que sólo él podía comprender con esta palabra, «bella».

No sólo volviendo la cabeza en la oscuridad sino también girando relajadamente en torno a su propio eje, con los hombros y las caderas, se dio cuenta de que era necesario que su vida fuera ahora una vida peligrosa. No veía los peligros, los presentía; no podía salir a buscarlos, eran inevitables; y presentía una ineludible soledad y una continuada lejanía; y todas estas premoniciones juntas, precipitándose, sin formar una perspectiva clara, daban lugar a un sentimiento de aventura tan grande que parecía que en aquel mismo instante, sin posibilidad de retorno, se había alejado de todos los que amaba; y, presa de la ebriedad de estar solo para siempre, gritaba jubiloso: «Nadie sabe dónde estoy. Nadie sabe dónde estoy». (Y por un momento apareció la luna y recibió una bocanada de aire.)

En aquel momento, a su lado, en la oscuridad se oyó un gimoteo, como de un niño abandonado. ¿O eran los bufidos de un animal de grandes dimensiones?

Pero era sólo el carraspeo de alguien que estaba bastante cerca, aunque se notaba que se encontraba fuera del alcance de Sorger, alguien que de esta manera quería demostrar que era inofensivo; y entre los dos, invisibles cada uno para el otro, se entabló el siguiente diálogo: «Hola, extranjero, ¿cómo te sientes esta noche?». Sorger: «Bien, gracias. ¿Y usted cómo está?». El hablante: «Un otoño corto. *Run out of fuel*». Sorger: «¿No hay un montón de leña abajo, junto al río?». El hablante: «Un buen río. Un hermoso verano. Un largo invierno. ¿Podría el señor prescindir de un cuarto de dólar?». (Una

mano caliente como la suya tomó la moneda.) El hablante: «Dios te bendiga, hombre. Aurora boreal, amarilla en las cumbres. ¿De dónde vienes?». Sorger: «De Europa». El otro: «Te voy a contar algo: no mires nunca demasiado tiempo la nieve. Puedes volverte ciego. A mí me ha ocurrido. ¿Otra historia?». Sorger: «No, gracias». El hablante: «Has sido bienvenido, querido. No comas demasiado pescado. Que te siga yendo bien aquí. Cuídate. Disfruta de ti mismo. Y que tengas un viaje agradable. *Touch home soon*».

Sorger oyó alejarse en la oscuridad a aquel ser humano del cual no sabía si era un indio o un blanco, un hombre o una mujer, y luego, corriendo campo a través, seguro del camino, de la dirección y de su propio cuerpo, regresó a toda prisa al pueblo y a la casa con tejado a dos aguas, donde, junto a la ventana, estaban los otros dos, sin que se dieran vuelta para mirarlo: como si no se hubieran dado cuenta de que se había marchado; o como si realmente lo hubieran olvidado ya, hasta tal punto que él ahora tuviera que echarles el aliento al rostro. Por encima del hombro de la india lo miraban fijamente dos ojos de zorro de cristal.

Sin una palabra más, la mujer de piel tersa ha tirado de él hacia ella con las dos manos; lo ha apartado con una breve risa y lo ha rozado con una mirada asombrada en la que todo su rostro parecía agrandarse, sin la más mínima conmoción; al amigo, que está de pie, se lo ha llevado junto a ella para la despedida; éste, acogido en el abrazo; y al fin, consciente de su obligación («avión correo», etc.), a la habitación de al lado, acostado en la noche de repente gélida (aunque sólo por muy poco tiempo).

Mientras dormía, Sorger esperaba siempre a alguien que luego no llegaba. En una ocasión se despertó y vio en el rincón de la habitación al gato agachado: «pequeño, monumental animal». Hablándole de un modo tranquilo y sosegado lo llamó, y el gato se acercó y le puso la cabeza debajo de la barbilla: ¿el animal quería vivir y él quería ser olvidado por sus mejores amigos y sucumbir? Sin darse cuenta de ello llamó al gato «niño», lo amaba (el amor dio fuerza a sus brazos) y lo llamó como se llama a lo amado, por su color: «¡Blanco-negro!».

En sueños, el cerebro de Sorger se convirtió en un mapamundi y se despertó como un montón de arena con muchas piedras dentro. Al alba, Lauffer estaba en la cama, que él creía vacía, con una mueca de malignidad,

con los ojos cerrados. Con la maleta en la mano, pasando por delante del gato, que tenía la mirada fija y ausente, que ya no daba muestras de conocerlo. Dejó muchas cosas en la casa. «Aquí yo sobro.»

En el avión correo, donde estaba sentado detrás de todo con unos cuantos indios que inmediatamente se pusieron otra vez a dar cabezadas, Sorger, a la salida del sol, vio cómo entre la inmensa selva de coníferas brillaba el follaje amarillo alegre de un único abedul; pensó en la india («allí abajo hay una mujer a la que quiero») y se incorporó, movido por una vaga curiosidad que luego se convirtió en una sensación de hambre, hambre no de algo tangible sino, en general, de lo que venía: sin que tuviera imágenes de ello, experimentó «el futuro»; y en una fantasía cálida y sin imágenes como ésta vio cómo el piloto se daba vuelta y en sus labios leyó estas palabras: «tenemos que volver».

El motivo de este regreso era la primera tormenta de nieve del invierno, por encima de la meseta que había detrás de las cordilleras del sur, donde estaba la gran colonia (antes un centro de buscadores de oro) y de donde se podía continuar con aviones de motor a reacción. En el lazo que el piloto trazaba en el aire para regresar empezó ya a deformarse el paisaje que había abajo: el círculo de un pantano se convirtió en una mirada fija, hipnótica; unos ríos pequeños que avanzaban en meandros estaban cubiertos enteramente por el verde del pantano en el que sólo de vez en cuando brillaba todavía el agua, y los largos surcos de desagüe que había en las laderas de las colinas, del deshielo de la primavera, como largas bandas rectas excavadas en medio de la grava, se curvaban y huían en todas direcciones. El avión no podría volver a despegar hasta la mañana siguiente.

Después del aterrizaje Sorger se había detenido junto a la pista de despegue. Allí, con la maleta, como en un espejo cóncavo, sobresalía sobre todo lo demás, con piernas gordas y cortas y un cuello que le llegaba hasta por encima de las orejas. Durante su ausencia, que no había durado más de lo que puede durar una vuelta con el avión, el pueblo, en su conjunto, parecía haberse transformado en una «empresa» a la que no tuvieran acceso los forasteros. Se sentó sobre la maleta, y él, como pueblo, se burló de sí mismo, de Sorger. Nunca había llegado a una irrealidad como ésta. ¿Cómo evitar ser visto? Al ponerse de pie, marcharse, cambiar de dirección, levantó

bruscamente los hombros en un movimiento involuntario. Ya no era posible ninguna jugada más: los colores falsos de lo que no eran más que fachadas; el agua desencantada del falso río; y a través de esta falta de convicción general, que se estaba pavoneando de un modo descarado e insolente, en lugar del rostro zigzagueaba la risita del tonto engañado.

Y éste, en su no-saber-adónde-ir, era peligroso; no como un agresor sino como una víctima que se ofrece al sacrificio.

Delante de Sorger, que se movía indeciso, por el estrecho sendero iba un hombre que parecía que no tuviera edad, con la misma lentitud que él; no andaba ensimismado, pero tampoco observaba nada, de tal modo que, poco a poco, la lentitud de su marcha daba la impresión de algo indecente. No se dio la vuelta para mirar atrás, sólo, una y otra vez, mostraba un poco su perfil, sin el ojo, como hacen muchas veces los perros al pasar corriendo. Al fin se echó hacia un lado, sacó del bolsillo una cadena de moto atada a su muñeca y, cogiendo fuertemente con el puño el pesado objeto, ¡vino derecho hacia «mí»!

Del mismo modo que no tenía edad, este hombre no era de ninguna raza. Los ojos claros, sin un centro en el que todavía se hubiera podido buscar una mirada. Torcía la boca cada vez que doblaba las piernas pero no sonreía. Cuando levantó («¡realmente!») la mano para pegar con la cadena, ninguno de los dos tenía ya rostro; en este momento el mundo entero se desfiguró y se convirtió en algo trágico-cómico y sin rostro.

«Querido hermano.» El borracho golpeó la maleta con la cadena y ésta no tardó ni un momento en reventar, y el hombre cayó de bruces encima de ella, sin fuerzas.

Sorger tomó su cuerpo y haciéndolo rodar lo dejó en el suelo; y con sus cosas bajo el brazo se fue directamente a la casa con tejado a dos aguas, que lo saludó en medio de su belleza terrena; en este momento estaba furioso y odiaba tanto a los hombres, que realizaba todos sus movimientos en línea recta. La puerta estaba cerrada con llave y Sorger se sentó inmediatamente en el peldaño de madera que había delante. Una hoja que cayó le rozó la nuca como si fuera la pata de un animal, pero el gato estaba adentro, en la casa, y deambulaba por las habitaciones abandonadas; de vez en cuando, distraído, esbozaba una figura como de juego, ocupado del todo en sus propios reflejos,

que le hacían pasar el rato; mientras tanto, el hombre, fuera, en los peldaños, se sentía humillado por la forzada inactividad; el felpudo, a sus pies, que recordaba la tabla de una cabina de baño, y el balón que estaba al lado parecían añadir burla a la afrenta.

De este modo la agresión no lo había alcanzado sino que más bien lo había herido; no había sido un acto de violencia sino de desprecio por su persona y por sus cosas; como si una voz, gritando, hubiera dicho en son de burla: «Tú y tus fotos. Tú y tus dibujos. Tú y tu “tratado”». Hasta ese momento Sorger no devolvió la agresión, y lo hizo dando un puñetazo en el aire. Ya no había Gran Norte, no había más que tiempo frío y gris, como ha sido siempre para un perezoso que, en el espacio que hay debajo de las cabañas, en lugar de ver «las pequeñas, tranquilas formas de la tierra de Lauffer» ve sólo cómo se oxidan los trastos que hay allí; mientras que, durante este tiempo, su trabajo, del cual él creía ser el único que conocía el secreto, lo despachaba otro cualquiera, así, como una cosa más, con un gesto entre otros muchos. Cuando aquel ser levantó la cadena para pegarle, Sorger estuvo muerto durante unos instantes; ahora volvía a vivir, pero la ausencia de formas no cedía: en lo desmedido de cada momento volvía a latir, como un pulso, el siguiente punto de ausencia de formas; como en un dolor maligno, él aparecía de un modo puntiforme y sin fronteras: como punto, miserablemente pesado, y como masa amorfa, miserablemente sin peso. La india volvía a ser la «otra raza» y, a pesar de todos los juegos intermedios, en última instancia sólo podía querer su aniquilación. «Y el hecho de que engañes a los hombres (decía Sorger con la mordacidad que le daba su falta de forma) proviene de que su compañía, da igual qué clase de compañía sea, te disgusta profundamente; y el que no quieras mostrarte a nadie proviene de esto: aunque seas un muchacho amable, de buen corazón, que se compadece de todas las criaturas, al fin y al cabo eres un chico malhumorado.»

Con esto, el airado orador cobró al fin conciencia de sí mismo como de un ser informe que, en alguna parte, tenía una hendidura para respirar demasiado pequeña; levantó la vista y vio la superficie del agua como si ésta lo estuviera observando. Muy tranquila, demasiado, estaba esta tierra llana, y Sorger estaba esperando ahora el estallido; tenía incluso necesidad de vivir en aquel momento la formación de una montaña, o por lo menos el estallido de una

piedra en la roca. Se puso de pie de un salto y arrojó el balón contra la pared de la casa, con tanta fuerza que éste, al rebotar, pasó silbando junto a su oído; luego siguió jugando, sin tomar aliento, hasta que las piedrecitas que estaban junto a él empezaron a brillar como flores, y él, como jugador solitario, se sintió mal.

Dejó de jugar y vio las nubes bajas, por encima del agua, formando una hilera hacia atrás. Tenían una claridad pálida; por debajo no eran llanas, como otras veces, sino redondeadas, y no se movían. Una racha de viento llegó de las profundidades del paisaje y, de repente, en el horizonte, todavía en una oscura confusión, como una plaga de langostas, empezaron a caer de las nubes gruesos velos de nieve, no todos a la vez sino en intervalos que se sucedían rápidamente, de una nube y de otra, como cuerpos independientes que se desprendieran de los cuerpos de las nubes y cayeran en forma de polvo, como una serie de aludes, hasta que, al fin, en primer término, una breve pero fuerte oleada blanca, acompañada de una crepitación seca, cubrió la casa y al hombre que estaba de pie ante ella, mientras que en toda la región fluvial no caía ya un solo copo de nieve.

Inmediatamente después —el viento había cesado—, bajo un cielo uniformemente gris, empezó a nevar, una nieve apretada, regular, lenta, que hacía cosquillas en los labios y convertía en halo el ámbito que rodeaba la casa. ¡Clara alegría! ¡Dulce, amable transpiración! Aquel ser humano que en aquel momento todavía no podía respirar bien corrió hacia afuera, al aire recobrado; como un hatillo de vida, dio varias vueltas en torno a la casa y gritó como si estuviera en la infancia eterna. Pronto vino también el amable colega (se le podía ver ya desde lejos en la llanura cubierta de matorrales); se extrañó bastante y, de este modo, en una amabilidad nueva, triste y llena de formalidades, pasaron las horas que faltaban hasta el día siguiente en el que Valentín Sorger, con una nueva maleta, desde la franja de tierra sin nombres, que estaba sumida ya en el crepúsculo invernal (en la que, sin embargo, se distinguían claramente los ojos de Lauffer y los de la india), regresó en avión al mundo de los nombres. En la ciudad universitaria de la costa occidental del continente, en la que había vivido antes unos cuantos años, había una calle muy ancha, bordeada sobre todo por gasolineras y centros comerciales, que se llamaba «*Northern Light Boulevard*».

---

[1.](#) En alemán este nombre significa «el preocupado», «el cuidadoso» (*N. del T.*)

[2.](#) Daniel Gottlob Moritz Schreber (1808-1861), médico y pedagogo alemán; profesor de la Universidad de Leipzig. A él se debe la idea de los jardines que llevan su nombre: pequeñas parcelas ajardinadas que se encuentran en las afueras de las ciudades y que son propiedad de algunos habitantes de éstas. (*N. del T.*)

## II. La prohibición del espacio

La casa de Sorger, con otros edificios parecidos de pequeño tamaño, estaba en un bosque de pinos, una franja costera llana junto al Océano Pacífico. Entre el mar y las casas ya no había carretera, sólo matorrales y dunas bajas cubiertas de hierba. Las calles, que dividían el bosque, llevaban al mar en ángulo recto y terminaban ante las dunas en forma de calles sin salida; desde allí todas las casas parecían estar metidas en el mismo corazón del bosque; todas tenían una entrada propia para los coches, una carretera que bordeaba los árboles en intrincadas curvas. El suelo era arenoso y en él, con la misma altura que si fuese una estepa, junto a los pequeños pinos de color marrón oscuro, crecía un campo de hierba de playa cerrado y de un color amarillo luminoso. Algunas de las hileras de dunas, transportadas por el viento, habían penetrado tanto en el bosque que, aquí y allá, formaban diques claros en los que había crecido hierba nueva, mientras que muchas veces los troncos de los árboles, enraizados todavía en el antiguo suelo, sobresalían de ellas sólo con una parte de su seco ramaje; sin embargo, debido a la hierba que había crecido en éstas, con el tiempo el movimiento de estas dunas se había detenido y eran las únicas elevaciones que había en aquella zona; estos promontorios se habían convertido en lugares de juego para los niños, al igual que aquella extraña estepa del bosque que crecía tupida y a gran altura y apenas podía ser segada porque por todas partes había árboles. Las casas, a pesar de que cada una de ellas tenía por lo menos otra dentro de su campo de visión, debido al bosque que las rodeaba por todas partes daban la impresión de ser cabañas de ermitaños; aunque estaban cubiertas con un revoque rugoso y claro, al golpear contra ellas se veía que, por la amenaza continua de terremotos, eran construcciones de madera; hacía diez años, una parte de la costa que había junto a este bosque, y que era ligeramente elevada, debido a un fuerte temblor de tierra, fue arrastrada al mar junto con los chalets de estuco que se habían construido allí, y ahora, con sus terrazas y las grietas cubiertas de nuevo completamente por las plantas que habían crecido en aquel lugar, formaba un «Parque del Terremoto» sin urbanizar.

En el avión, durante un buen rato el cielo había sido grande aún. Todavía con el calorillo de la amistad de los que se habían quedado, Sorger se vio como incrustado con ellos en el triángulo del casquete ártico, y apenas el avión hubo despegado, empezó a contarse a sí mismo en silencio esto: «El verano pasado y el otoño pasado estuve en el Gran Norte». La costa occidental estaba en otro huso horario (dos horas más tarde), y Sorger llegó cuando ya era oscuro. Acababa de ver cómo dentro del río que había dejado atrás, el turbio barro avanzaba dando vueltas sobre sí mismo; durante el camino había estado en compañía de muchos que como él no se encontraban en un gran vuelo en calidad de viajeros sino que simplemente eran gente a quienes distintos aviones habían levantado del suelo y habían vuelto a dejar en tierra; al aterrizar, mientras el avión bajaba de lo alto de la cordillera nevada, pasaba por encima de unas colinas que descendían claramente en peldaños y se hundía sobre una llanura costera en la que brillaban unos canales, Sorger había visto cómo el sol se ponía en la bruma del océano; y ahora andaba ya por el suelo artificial de la sala de un aeropuerto; pasaba por la parte trasera de pequeños televisores que formaban una unidad con las sillas, en forma de huevo, y los espectadores que, acurrucados en ellas, tenían también forma de huevo; y, aunque había vivido aquí mucho tiempo, al regresar a las «regiones de abajo» (así es como los pobladores del Norte designaban al resto del territorio federal) de aquel continente que parecía administrarse solo, ahora, al volver aquí, Sorger vio por primera vez el peso de un Estado, y el edificio del aeropuerto, que estaba iluminado con una luz chillona, le pareció como un destacamento militar (aunque no se veían soldados).

Involuntariamente se le escaparon dos miradas: primero, aunque nadie podía saber nada de su llegada, de entre los que estaban esperando a la salida buscó «el rostro conocido», y luego buscó al hombre de pantalón demasiado corto y zapatos blancos de cuero rígido que por la mañana había tomado junto con él el avión correo y al que en cada trasbordo había encontrado en el mismo avión; sin decirse nada el uno al otro, sin embargo, cada vez que se encontraban habían estado en una regocijada mudez, y a Sorger le gustó pensar que, desde este momento y hasta el fin de sus días, iban a seguir los mismos caminos, sin decirse una sola palabra, y además siempre por

casualidad; y expresamente se movía despacio hacia la salida, para que alguien (daba igual quién fuera) pudiera quizás verlo y recogerlo.

Luego hizo parar el taxi delante de la urbanización y anduvo el último trecho a pie, a veces a la luz que había en el interior de las casas, que, a través de los árboles, destellaba sobre la carretera, que normalmente estaba oscura; en el bosque, las casas daban la impresión de estar en silencio y, al mismo tiempo, con las luces que había por todas partes, parecían estar de fiesta. Andaba por el asfalto, desacostumbrado, de acuerdo con la imagen que se hacía de sí mismo, resplandeciente de anonimidad en medio de las multitudes de ciudadanos del mundo –al igual que él, libres de todo origen– que se movían afanosos de un lado para otro, de una pista de aterrizaje a una pista de despegue, y como para él, que venía de otro huso horario, todavía no era de noche (y como además las tres o cuatro horas de vuelo las había pasado casi siempre en plena claridad, por encima de las nubes), sintió la luz del día sobre los ojos y los entornó mirando a través de la oscuridad, como si ésta fuera artificial.

Recogió el correo en casa de los vecinos; allí, junto a la cama de los niños, que ya dormían, colocó los trineos de juguete que les había traído; afuera le ladraron algunos perros y, levantando por unos momentos la vista al cielo, quedó impresionado por la extraña identidad entre la silueta de la luna creciente de aquí y la que había visto hacía unas cuantas horas (al amanecer) sobre aquella otra región de la Tierra, tan alejada de ésta; se retiró a leer las cartas a su casa, que como en todas partes estaba instalada también como lugar de trabajo.

Eran muchas cartas, con muchas noticias; casi todas amables; o bien frías y objetivas, sin amenazas ni hostilidad. Algunos, pensando en él, veían paisajes. Lo querían más cerca, a él, que estaba «demasiado lejos».

Todas las cortinas de la casa estaban cerradas. Estaba sentado y aún no se había quitado el abrigo, todavía abrochado. En una vitrina alta, espaciosa había montones de trozos de roca, como si desde la naturaleza se hubieran deslizado directamente a la habitación, así, en masa, y se hubieran quedado detrás de los cristales de la vitrina. En la parte superior del armario un tubo azulado de neón iluminaba las piedras y emitía un leve zumbido (era el único ruido). En el asiento de una silla habían quedado los abombamientos de

alguien que había estado sentado allí hacía meses. En la oscura habitación de al lado –la puerta que daba a ella estaba abierta– se levantaba en la oscuridad el poste de una cama; parecía una boca de riego; sobre él, con las orejas tiesas, estuvo el gato acurrucado unos momentos.

Las cartas, junto con los sobres vacíos, tirados en desorden encima de la mesa de cristal, que estaba iluminada por abajo, formaban un montón informe de una claridad transparente; unas cuantas estaban allí como si fueran una parte de un castillo de naipes y, con sus cantos brillantes y los bordes irregularmente cortados de los sobres, se erguían hacia el que las había recibido, que ya no estaba sentado allí con una calma llena de sentimientos sino simplemente en silencio; ya no eran objetos que él pudiera tomar sino lo último de su alrededor a lo que él podía dar nombre; por lo demás, sólo cortinas, que no caían de un modo suave sino que se abombaban rígidamente frente a él.

Al abrir la puerta de la casa, e incluso al doblar la calle, ¿no había cesado de pronto un viento que había estado soplando de un modo persistente? Ni un momento, y la calma que respiraba se había convertido en rigidez. Alguien sentado, con el tronco erguido, en aquel mismo momento se había caído a un lado, como perdiendo el equilibrio; sin que, como ocurre normalmente con alguien que se ha caído, estuviera tumbado en el suelo. «Aquél» estaba sentado sin moverse y el plano del que se había caído lo hendía transversalmente.

Sorger, sin sangre, sólo calor, en esta noche de su regreso al mundo occidental, sin sueño, se veía nacido en forma de planeta sin atmósfera (karst y vacío grotesco), con la pesadez de una piedra, sin caer; no solo en el mundo, sino solo sin mundo; y en el no-tiempo, las estrellas y las galaxias están como ojos que no lo miran. No sólo lo ha abandonado la lengua sino también la capacidad de emitir cualquier sonido; del mismo modo como interiormente está mudo, asimismo hacia afuera no puede emitir sonido alguno. Silencio; ni siquiera un crujir de huesos. Sólo en la imaginación consigue darse la vuelta hacia una pared rocosa y acurrucarse en la piedra como una figura de piedra; en realidad la carne está temblando, de debilidad.

«¿Ser arrebatado a qué lugar de origen por los remolinos de un fuerte viento?» De este modo llegó la imagen en la que Sorger descubrió la causa de

su estado de rigidez: muy lejos, al fondo, estaba sentado en las «grandes estancias de los continentes», bajas, vacías, y en «la noche del siglo», como uno que por lo menos está llorándose a sí mismo y a sus semejantes, junto con este maldito siglo, y al mismo tiempo como alguien a quien esto le estaba prohibido, porque, decían, él «mismo» era «culpable». Es más, ni siquiera era una «víctima», de modo que tampoco podía reunirse con las víctimas de este siglo en la Gran Lamentación y volver a tener voz en el arrobamiento del dolor común. Él, «el sentado desconocido», era quizás débil, pero era descendiente de criminales; y se veía a sí mismo como un criminal y los genocidas de su siglo eran sus antepasados.

Rodeado por las cortinas cerradas, amenazado por el montón de cartas como por un escudo de armas enemigo, en este momento Sorger se dio cuenta de hasta qué punto, sin mover un dedo, encarnaba a cada uno de los antepasados que le habían sido impuestos: su rigidez carente de espíritu reproducía la de aquellos monstruos del crimen; y no sólo se parecía a ellos externamente sino que era una sola cosa con ellos, y estaba tan de acuerdo con ellos como ellos mismos probablemente nunca lo hubieran podido estar entre sí. Sin destino, sin relación, sin derecho a sufrir, sin fuerzas para amar (las cartas no significaban otra cosa que desorden), era únicamente fiel: en su fidelidad, el vivo retrato de los maestros de los cultos funerarios. Olió la guerra; en su cabaña estaba ya cercado por ella.

Pero el hecho de haber mirado hasta el fondo le devolvió su lengua, y así podía odiarse a sí mismo, porque había estado obsesionado por los no muertos, como si estuviera «emparentado con ellos». Odiando respiraba más profundamente; respirando se libraba del flujo de la corriente que lo arrastraba hacia la tumba. «Ya no tengo padre.» Cerró los ojos y vio detrás de los párpados la imagen clara del gran río. Su lengua era el «juego» en el que volvía a ser «móvil»: se levantó, se desnudó y se lavó; debajo del agua cantó una canción maliciosa que terminaba hablando bien del agua; luego recorrió todas las cortinas.

Lengua, la instauradora de la paz: ella actuaba como el humor ideal que daba vida al observador junto con las cosas externas. Entre los árboles corría un remolino de viento en el que, junto con hojas y trozos de papel, giraba un periódico entero; y al volar llegaba incluso a abrirse y cerrarse perfectamente;

cuando estaba doblado, en la oscuridad, venía corriendo hacia la ventana, pero poco antes de llegar a ella se daba la vuelta y se volvía a abrir («para mí») y se marchaba lentamente en otra dirección. Detrás, la hierba se balanceaba como si fuera trigo, y se podía oír el océano como si fuera el ruido del patio de una escuela lejana. Sorger pudo pensar por unos momentos en su hijo, que estaba en Europa; volvió a abrir la puerta de la casa y prometió no volver a cerrar nunca más una puerta con llave.

Al fin se fue a dormir (antes la cama había sido un objeto lejano, inalcanzable) y junto con el amarillo de los minerales de azufre del armario desapareció detrás de sus ojos la última claridad. Todavía le vino a la mente una idea: que estaba tumbado en dirección al norte (en la casa de tejado a dos aguas su cabeza señalaba el sur).

Ciertamente, sentía que le faltaba algo, pero el hecho claro de la «inexpiabilidad» había ido perdiendo fuerza hasta convertirse en una vaga sensación de estar echando de menos algo; y no olvidó que la rigidez se había grabado en él a fuego, como un destino ineludible, como su verdadero estado, un estado junto al cual todo lo demás (hablar, moverse) se había alejado convirtiéndose en una afectación irreal.

En el suelo de arena que había debajo de él, a modo de trampolín metido en el océano, apareció un antiguo acantilado contra el que golpeaba el mar y al que las olas de tiempos remotos habían arrancado de la pared costera: sobre este arrecife («Land's End»), después de haber estado girando toda la noche lentamente en torno a su eje, se había posado ahora la casa, como si fuera un arca de madera.

Sorger estaba invitado a desayunar en casa de los vecinos y, desde allí, la trampa que la noche anterior había aparecido a la luz de la mañana la veía como una pequeña casa para pasar la vejez. La rama de un pino cruzaba lateralmente la pared de la casa y en la alta hierba, que durante su ausencia había crecido incluso delante de la entrada, había un perro, con el rostro de un hombre extraño, como si no tuviera piernas, observando las gaviotas que planeaban por entre los árboles. Sorger estaba sentado con los vecinos en una estancia soleada, en forma de semicírculo, contigua al cuarto de estar, y se sabía inmovible para el tiempo que iba a venir; preparado para todo; capaz de todas las cosas de las que deseaba ser capaz. Su mirada, que en el

desierto se había acostumbrado a las grandes lejanías, se había adaptado sin esfuerzo al círculo familiar que lo rodeaba por la derecha y por la izquierda; hasta ahora no sentía que había regresado; tomaba parte en la vida de los vecinos con la autoridad de uno que conoce la Tierra; todavía algo cansado por todo lo que había tenido que superar, pero precisamente este ligero cansancio lo hacía aparecer vivo.

A diferencia de como solía estar antes cuando se encontraba con otra gente, no estaba distraído con imágenes digresivas sino que encarnaba una única, amplia fantasía con la que mantenía presente su entorno y lo hacía suyo. Todo él atención, Sorger (que más bien era sobrio) llegó incluso a sentir con gran fuerza gusto por las cosas, y el placer de la comida (y el placer «en general») lo estimulaba con el deseo ilimitado de conquistas sin meta: hasta el fin de sus días, lejano aún, lo único que quería era disfrutar. Y continuamente tenía una agradable sensación de su propio rostro, sobre todo de los ojos y la boca –era una hermosa sensación–, y los billetes que llevaba en el bolsillo del pantalón, que de vez en cuando crujían, le proporcionaban una sensación distinta que en aquel momento era de la misma naturaleza.

«Nuestro vecino», dijo la señora de la casa, que lo estaba observando con las manos en el regazo, «tiene hoy muy buen aspecto» (a lo que su marido dijo: «Como el hombre feliz que tiene un destino»), y los niños lo miraron frunciendo el ceño y luego salieron corriendo a jugar al escondite con los perros entre la hierba de la estepa).

Sin duda, a la mañana siguiente a su noche de rigidez, Sorger llamaba la atención más que de costumbre cuando, yendo por la calle entre muchos, lo confundían a menudo con conductores de autobús, electricistas y pintores. Su cuerpo parecía haberse ensanchado; el rostro, tranquilo –y cada vez que miraba, más tranquilo aún–, como sólo podía estarlo el rostro de un actor que representa el papel de un protagonista (la conciencia de la noche pasada le daba la sensación de haber conseguido fingir perfectamente); los ojos, más metidos en las órbitas, con un brillo de omnisciencia: así es como se dejaba ver. «Sí, hoy mi poder sale de mí», decía.

La familia provenía de Europa central, como Sorger; como él, vivían desde hacía años en la costa occidental del otro continente; y el hombre y la mujer formaban para Sorger una pareja en la que hasta ahora él no había

podido creer que hubiera amor. Sus hijos, en cambio, eran más bien algo casual, más testigos de la unión que verdaderos miembros de la familia; algunas veces estaban simplemente allí y miraban asombrados los juegos de los adultos.

La primera impresión que Sorger tuvo de aquella gente fue ésta: «dos seres inofensivos». Ciertamente eran inocentes, pero ésta era su forma de ser buenos: esta bondad se transmitía con el tiempo al otro, no tan inocente, que en compañía de ellos podía sentir también que no tenía maldad. Viéndolos y viviendo con ellos podía uno imaginar que al comienzo de su relación había ocurrido esto: el uno había corrido hacia el otro, como dos mitades dolientes. Por su apariencia se mostraban muchas veces limitados y, en su retraimiento, incluso feos; sin embargo, ocupaban la imaginación de los otros, sólo ellos la hacían posible, y dentro de ella se alzaban como contenido de esta imaginación; casi nadie como ellos llenaba la fantasía de Sorger con imágenes tan pacíficas (en lugar de encerrarlo en las fantasías habituales): y con ellos, como con una imagen bella, sólo se podían tener buenos pensamientos.

El hombre era descendiente de una familia rica; sin embargo, era incapaz de manifestar las actitudes propias de su alcurnia (aunque sólo fuera con gestos de compensación). Era obsequioso pero desvalido. Obsequioso y desvalido en muchas cosas, luego sorprendía: inopinadamente podía «hechizar», aunque fuera sólo con una mirada o una palabra. La mujer era «de pueblo»; a primera vista parecía ser una mera representante de aquellas zonas llenas de casuchas que había en torno a los pueblos de antes y en los que a los confinados de por vida a estar detrás de las ventanas de sus casas lo único que les quedaba era mirar con despiadada malignidad a los forasteros ociosos que pasaban. Sin embargo, pronto fue imposible verla de esta manera: «estrecha de miras» o «con una mirada maligna», se manifestaba únicamente en la obstinación, y se volvía obstinada cuando otro escondía ante ella su verdadero modo de ser. Es cierto que Sorger la veía a menudo «detrás de la ventana», pero siempre como alguien «que participa amablemente»: una persona con un amor paciente por todas las criaturas, pero que rechazaba inmediatamente a todo aquel en el que ya no encontraba nada natural. En estos casos su manera de mirar al otro (Sorger lo había

experimentado a lo largo de los años) no revelaba malicia sino desengaño y sentimiento de haber sido herido: uno que se creía señor de la creación la había vuelto a rechazar. Sólo a su marido –aunque en aquel mismo momento le estuviera reprochando algo– lo observaba con una continua, patética compasión, y a veces Sorger notaba que esta mirada se dirigía también a él (sólo que de un modo más fino, no tan franco, y por ello más eficaz).

Sin llamar la atención para nada, descoyuntada y lenta en todo –aunque los otros la estuvieran esperando distraídos desde hacía rato, ella seguía concentrada en aquello que al comienzo los había tenido ocupados a todos–, ella era, no obstante, el modelo de los dos y sólo gracias a ella los otros se daban cuenta de que su marido era una persona autónoma. Él, que para los otros era uno cualquiera, a menudo alguien impersonal (lo que, ciertamente, para él era motivo de irritación), había sido descubierto un día por ella, y todavía hoy lo único que lo afirmaba de un modo obstinado en sí mismo era la presencia de ella; sin ella, muchas veces lo único que hacía era decir lo que decía el otro o estar presente sin participar emocionalmente en nada. Su mujer no lo halagaba, pero, orgullosa como era, podía admirarlo de un modo tan incondicional que él abandonaba toda contradicción interna y, conmovido, tenía fe en ella, como en alguien «de su gente». Él la conmovía también, pero por esta única razón: porque una vez ella y este hombre habían sido declarados realmente «marido y mujer». Para ella, que parecía ser una persona libre de las coacciones semánticas de las opiniones al uso, el matrimonio seguía siendo un sacramento en el que «los sentidos dispersos», «reunidos y unificados», vertían hacia afuera con gran fuerza la simpatía por el otro y convertían este sentimiento en una forma inagotable de vida. Sin embargo, para Sorger lo ejemplar de esta mujer era que «el otro» no se le revelaba únicamente en la persona del marido (que además era el hombre de su vida) sino en todo el mundo, incluso en un extraño: para ella el matrimonio se había convertido en la forma que preservaba la franqueza infantil y al mismo tiempo encerraba esta franqueza dentro de un sentido de comunidad libre y espontánea que no tenía nada que ver con el cumplimiento de la obligación de alguien que es simplemente un adulto. (Sorger la veía a menudo sin hacer nada; le gustaba que la sirvieran y los niños la llamaban simplemente «la vaga».)

En torno a esta pareja no había ningún elemento de opresión. Nada hacía pensar que en alguna ocasión uno pudiera temer por el otro. Era literalmente inimaginable que algún día tuvieran que morir. ¿Eran para Sorger algo más que un práctico estar uno enfrente del otro? (El hombre a veces se lo llevaba a la ciudad, y a menudo la mujer, sin que nadie se diera cuenta, se había ocupado ya de las pequeñas cosas de la casa que eran precisamente aquellas de las que él se había propuesto ocuparse.) Su relación había surgido con la vecindad y, en ésta, se había desarrollado de un modo progresivo, sin saltos bruscos. Tampoco habían tenido nunca una gran intimidad: por ejemplo, nunca se daba el caso de que uno le contara al otro cómo lo había visto cuando se conocieron. Sorger ni siquiera sabía cuál era exactamente la profesión del marido; había sólo la «oficina» en la «ciudad». Eran sin más «los vecinos» y, sin embargo, en su interior, Sorger los contaba entre los de su gente; cuando pensaba en ellos, sus pensamientos, como si fueran cartas, terminaban a menudo con buenos deseos, y él no quería perder esta relación.

Hasta el momento Sorger había escrito algunos trabajos; normalmente, descripciones generales de una región determinada o bien observaciones comparativas de fenómenos análogos que se daban en continentes separados. En su proyectado ensayo «Sobre los Espacios» tendría que abandonar las convenciones de su ciencia; a lo sumo éstas podían serle útiles en la medida en que estructuraran su fantasía.

Desde hacía tiempo lo tenía ocupado el hecho de comprobar que poco a poco, de un modo claro, en cada paisaje la conciencia se iba creando sus propios micro-espacios, incluso allí donde hasta el horizonte no parecía haber ninguna posibilidad de poner límites a nada. Era como si de una superficie que para el recién llegado era todavía infinita, a los ojos de uno que llevara más tiempo fueran surgiendo espacios claramente separados los unos de los otros. Pero incluso en una región de colinas, o de montañas, que a primera vista estuviera articulada de un modo claro, uno, a la larga (ésta era la experiencia de Sorger), acababa imaginándose espacios muy distintos de los que resultaban de aquellas formas monumentales que estaban a la vista.

Y éste era además su punto de partida: que en cualquier zona del terreno,

tan sólo con tener tiempo para unirse a ella, en un momento u otro se le abrían a la conciencia espacios peculiares, y sobre todo que estos espacios no estaban formados por los primeros elementos que saltan a la vista –los que dominan el paisaje– sino por aquellos que pasan desapercibidos y que la perspicacia de ningún científico puede ver (unos elementos que sólo podía advertir estando día a día con ellos, un tiempo de la vida que transcurría en lo que cabría llamar una naturaleza habitada por el hombre; tal vez tropezando una y otra vez en un lugar determinado, cambiando el paso involuntariamente al andar por una pradera que un día había sido pantanosa y hoy era elástica, experimentando un nuevo horizonte sonoro en el camino que pasaba por una hoz, viendo cómo en un campo de trigo, en la elevación residual de una morrena glaciaria, por pequeña que aquella fuera, de repente cambiaba el panorama).

El gusto de Sorger por la investigación se veía espoleado además por el hecho de que, las más de las veces, estos lugares no eran espacios creados por la fantasía de un individuo solo, sino que tenían un nombre heredado del pasado: si bien habían sido redescubiertos por una sola persona, sin embargo, a todos los que vivían allí se les revelaban como conocidos de tiempo; estaban en catastros y registros con nombres que muchas veces tenían siglos. ¿Cuáles de estas formas insignificantes del paisaje podían entonces convertirse en estos ámbitos autónomos («campos» y llanuras), experimentables tanto en la cotidianeidad de un pueblo apartado como en la de una gran intemperie? ¿Qué colores actuaban aquí conjuntamente?, ¿qué material?, ¿qué peculiaridad? Aquí Sorger había podido emplear todavía los métodos acreditados: sin embargo, todo el resto (su móvil, como también su sueño, poder dejar esto en la pura, inexplicada representación de estas formas) era, por así decirlo, geografía de la infancia.

Y precisamente la idea primera de Sorger había sido ésta: describir las formas del campo de (su) infancia; dibujar planos de «puntos interesantes» que fueran completamente distintos; levantar secciones transversales y longitudinales de todos los campos de la infancia que habían sido para él un signo –signos que al principio le resultaban impenetrables, pero que en la memoria empezaban a producir un sentimiento-de-estar-en-casa; y esto no para los niños sino para él. Durante el año sabático, que empezaba dentro de

unas semanas, quería, entre otras cosas, ir por toda Europa midiendo estos lugares, sobre todo en las regiones en las que él los había vivido personalmente. Sabía muy bien que un «juego» así (o lo que esto fuera) no iba a servir para nada; de todos modos, a menudo soñaba con él; o lo esperaba con ilusión o le daba miedo, como si todo dependiera de eso. Y cuando lo esperaba con ilusión experimentaba un nuevo atrevimiento, casi una invulnerabilidad. Iba a dar un salto, quizás a ninguna parte pero sí desde algún sitio.

Nunca se había sentido un científico; a lo sumo (de vez en cuando) un topógrafo concienzudo. Bien es verdad, no obstante, que como topógrafo podía llegar a veces a un estado de excitación tal que creía ser el inventor del paisaje; y como inventor no era posible que fuera un hombre malo; no era tampoco un ser humano cuya bondad fuera la ausencia de egoísmo; era propiamente un hombre ideal; y luego quizás pensaba también que estaba haciendo algo bueno; no porque estuviera regalando algo a los otros sino porque no los traicionaba: su no-traición no era un dejar de hacer sino más bien una actividad de gran energía. A veces, abrazando el espacio con la mirada, se sentía como un investigador de la paz.

«Hacer viva la paz.» El día de su regreso, con una silla plegable debajo del brazo, bajo el sol de la tarde, caminando a lo largo de la playa, se dirigió a la bahía del «Parque del Terremoto» (mientras andaba experimentaba la manera como la ciudad estaba junto al mar) y se sentó allí, en un lugar elevado, para dibujar una panorámica del paisaje.

El parque no era ninguna zona cultivada; se trataba simplemente de un terreno que con la catástrofe se había resquebrajado, se había desprendido y había sido arrastrado a otra parte, y que luego fue declarado «parque». A primera vista había allí pocas cosas que llamaran la atención: una amplia superficie, ligeramente inclinada hacia el mar, en la que habían crecido unos cuantos matorrales, no muchos, en lugar de un bosque de coníferas, que es lo que ocurría en el paisaje de alrededor; ningún resto de casas ni tampoco trozos de coches sobresalían ya del suelo, que volvía a ser duro y compacto. A excepción de los lugares en los que había matorrales, el suelo formaba un paisaje embarrado, pelado y lleno de pequeñas gibas; en él, en todas direcciones, había muchos caminos, frecuentados por los que iban a pasear

por allí, y de las antiguas grietas que se habían abierto en la tierra habían surgido valles en miniatura que, en parte a modo de desfiladeros, serpenteaban por entre aquellos promontorios: a Sorger le parecía como si los que paseaban por todo aquel paraje emergieran cada vez de las calles de una extraña ciudad telúrica para volver a desaparecer inmediatamente en aquel conjunto desdibujado que la vista no podía abarcar del todo; pero durante un buen rato se podían oír todavía sus voces detrás de los terraplenes, como normalmente sólo ocurre en los paisajes europeos.

Mientras dibujaba sentía un calorcillo agradable y detrás, en último término, el agua de la bahía se iba acercando. Nada lo distraía, tenía tiempo. Lo dibujado empezó a contradecir su mirada. Sin expresión alguna esperaba la «figura» del paisaje: «Sólo abismado veo lo que es el mundo».

Estaba haciendo un esquema de una parte de la tierra que el terremoto había llevado a la superficie desde las profundidades del suelo; los finos cabos de las raíces de antiguos árboles se veían aún entre la hierba nueva, como ocurre muchas veces con lo que arrastran los aludes. El sector dibujado era pequeño; sin embargo, en él, las distintas capas de tierra se separaban claramente en todas direcciones; al copiarlo, en los más insignificantes cambios de dirección se podía experimentar todavía la violencia de la gran catástrofe.

El dibujante perseguía algo, y sus trazos, que al principio estaban muy pegados los unos a los otros, de un modo pedante casi, mostraban distancias más anchas; iban sólo en busca del acontecimiento. Excitado, advirtió cómo el montón informe de barro se metamorfoseaba y se convertía en una mueca; y luego supo que esta mueca la había visto ya: en la casa de la india había una máscara de madera que los indios se ponían para bailar y que, según decían, representaba «el terremoto».

La frente de esta máscara estaba bordeada por una serie de plumas brillantes que él volvió a encontrar aquí, en el borde que formaba la hierba. En el lugar donde debían estar los ojos, de un modo parecido a lo que ocurría aquí con las raíces, sobresalían troncos redondos; los agujeros de la nariz eran también pequeños troncos que sobresalían de un modo uniforme, sólo que más delgados. Sin embargo, Sorger no reencontró la máscara en la naturaleza de un modo inmediato sino que ella fue surgiendo en el dibujo al que esta

naturaleza había dado lugar; y lo que ocurrió aquí no fue propiamente un reencuentro con aquella máscara concreta; fue más bien un repentino, espasmódico cobrar conciencia de lo que son las máscaras; y al mismo tiempo este espasmo llevó al espectador más allá, a la representación de una serie de pasos de danza: en un único momento Sorger estaba viviendo el terremoto y la danza ritual del terremoto.

«La conexión es posible», escribió debajo del dibujo. «Todos y cada uno de los momentos de mi vida encajan los unos con los otros, sin necesidad de elementos intermedios. Existe un vínculo inmediato; lo único que tengo que hacer es “liberarlo con la fantasía”».

Y así, a la puesta de sol aparecieron dos mujeres –la luz les iluminaba las caderas– en uno de los pasos que había entre las colinas; tan espléndidas y arrogantes que el dibujante, exaltado, sin darse cuenta les dijo gritando: «¿Sois estrellas de cine?», a lo que ellas contestaron con esta pregunta: «¿Eres un oficial?», e inmediatamente, dando tres o cuatro pasos desde el «fondo del valle», que engañosamente parecía estar a gran profundidad, llegaron a la cima.

Sorger sabía esto: si en este momento deseaba a las mujeres de verdad, éstas serían suyas. Y de esta manera aquí todo fue posible: el primer contacto, completamente superficial, de pie, atravesó toda la ropa, y los tres formaban un todo; aquí él no era el «seductor» sino simplemente el que estaba a disposición de ellas, que habían estado esperando a alguien como él.

Volviendo a dibujar, Sorger intentó todavía defenderse del repentino poder que había surgido en él, pero las dos lo interrumpieron: «Deja que sea así». Hermosa irresponsabilidad aquella con la que las dos aventureras estaban de camino: y su belleza tenía razón. ¿O es que conocía él otra ley?

Las mujeres fueron incluso capaces de permanecer serias, y supo con ellas lo que era el triunfo de la perfecta presencia de ánimo. «El sol se escondió detrás del horizonte y las sombras cubrieron todas las calles»: no les pidió que fueran con él; ellas lo siguieron.

La irresponsabilidad de ellas no sólo tenía razón; era maravillosa. El frío de sus uñas. ¡La claridad del interior de sus cuerpos! Se veía tendido en la cálida noche, de continente en continente, y las mujeres se ocupaban de él, como la última vez por un lapso de tiempo imprevisible.

Después de que estas apariciones lo hubieran dejado, estaba sentado en la oscuridad y miraba la casa de enfrente: «No, eran reales», aseguraba; bebió el vino que quedaba en los tres vasos y deseó que lloviera: y he aquí que empezaba a lloviznar entre los pinos.

La luz de enfrente, en la ventana del cuarto de los niños, formaba una tienda de campaña amarilla en la que se veía un caballo de madera negro. Sorger salió a la alta hierba y quiso mojarse, pero su cuerpo estaba tan caliente que sobre él la lluvia se secaba en seguida. Por encima del mar había una franja de color de tinta, a modo de horizonte: allí temblaban todavía los párpados cerrados de las mujeres desconocidas, y sus gritos empezaron a llenar los espacios vacíos.

La ciudad, cuyo centro estaba junto a un brazo de mar que, formando un ángulo, cortaba la tierra adentrándose en ella (los bloques de viviendas, de poca altura, y los bosques urbanizados que estaban junto a la costa del océano eran sólo sus prolongaciones), era por ello un planeta urbano perdido e ilocalizable; independiente de la Tierra, la cual, fuera de su alcance, se había convertido en un pasado anterior al pasado: en tiempos remotos había ocurrido allí algo –en casos afortunados, uniones amorosas, y en casos graves, explosiones bélicas– que, en esta parte del mundo, ya ni siquiera excitaba la imaginación. (Las fortificaciones de hormigón de la Guerra Mundial, construidas en los acantilados, eran incomprensibles piedras testigo de una prehistoria común.) El planeta aparecía como una máquina a la que le hubieran evitado toda complicación; es cierto que había una especie de felicidad y una especie de seriedad: pero la felicidad se entendía como la mera ausencia de consecuencias y la seriedad como el estar separado de los demás, «simplemente así»; ambas cosas ocurrían entre otros meros sucesos y ya no daban lugar a casos particulares.

Aquí, la primera impresión era que nadie tenía ya nada que hacer. Sin que esto llamara la atención, la ciudad estaba automatizada, como para el resto de sus días; sólo en algunos sitios se le hacía algún remiendo. Estaba lista; parecía que los días y las noches se conectaran y desconectaran solos, sin el crepúsculo de los viejos tiempos de la inseguridad; y del interior de la

máquina (en lugar de la afligida voz de un «pueblo») –de este o de aquel aparato, daba lo mismo– llegaba una respuesta sonora, siempre dispuesta a ayudar, una voz que era una garantía para cada una de las necesidades del hombre.

Casi siempre, al atardecer, la niebla, que venía del mar, iba invadiendo la zona urbana y la tierra que había detrás; se disolvía al sol del mediodía siguiente, un sol que se iba acercando como un coche a través de las nubes y se iba haciendo más grande. Entonces, en un momento, empezaba a hacer calor y la luz, con su claridad, se volvía cegadora; blancas las casas y azul el cielo; sin color de otoño, las gruesas hojas que, a gran velocidad y casi en vertical, caían de sus árboles; y en este «sol de prórroga» –así es como lo sentía Sorger– él se movía ahora de un lado para otro, nunca sin dejar de sentir un peso sobre sí (en realidad, la prórroga podía revocarla en la próxima esquina), nunca medroso tampoco (porque no estaba yendo en contra de ninguna prepotencia extraña), sin embargo –sintiéndose de repente a sí mismo como algo inquietante–, con una resuelta irresponsabilidad.

No estaba ocioso y, sin embargo, nunca podía decir de sí mismo que en aquel momento estuviera trabajando: para esto le faltaba aquel esfuerzo diario con el cual él, que normalmente era torpe, se volvía a transformar en otro; poniéndose en movimiento era ágil, como si se tratara de un trabajo ocasional o de un pasatiempo.

En una ocupación tan solitaria no necesitaba a nadie (los vecinos eran solamente ruidos lejanos en el bosque) y nadie (y esto es lo que él quería) lo necesitaba a él. Aunque conocía bien la ciudad, cada vez que estaba de camino hacia algún sitio determinado acababa desviándose hacia otro, como si se perdiera: se «perdía» entrando en una iglesia; andando a la orilla del mar; metiéndose en un bar nocturno. Es cierto que sabía por dónde debía ir y que nunca perdía el sentido de la orientación; sin embargo, éste, en lugar de mantenerlo despierto, como hacía normalmente, lo dejaba trotar. Dondequiera que estuviese había llegado allí sin haberlo decidido; y muchas veces ocurría que hasta después de llegar a un sitio no pensaba: «Entonces ahora estoy aquí...».

Los dos puntos cardinales que desde siempre habían significado algo para Sorger eran el norte y el oeste. Sin embargo, ahora la palabra «costa

occidental» parecía que, en lugar de referirse a la gran extensión del continente, se refería sólo a un ámbito pequeño, aislado de todos los demás: no a la gran lejanía sino a la mera zona urbana, que es a lo que se refería la palabra «Westend». Es cierto que también aquí encontraba Sorger el suelo poligonal abierto en el barro seco (en las mallas que había en el asfalto agrietado por los terremotos, en los desconchones de la pintura que recubría los toldos de algunos escaparates, que parecían dibujar una muestra intencionada), pero aquí no veía más que semejanzas casuales, grotescas. Este mundo no era «viejo», como el paisaje fluvial del Gran Norte (al que se veía envejecer y en el que el observador envejecía también con él), sino que estaba allí en una ignorada juventud y trasladaba a Sorger a un tiempo anterior en el que se veía como un usuario frívolo y obstinado. «¿Quién es el rey de esta ciudad?», preguntó sin darse cuenta.

A menudo, en el otro continente, y precisamente en medio de la naturaleza en estado salvaje, experimentando lo que es un paisaje de grandes dimensiones, había sentido la complacencia de estar en una nación; sin embargo, la ciudad costera estaba cerrada en sí misma: en su manera de ser no se advertía ninguna peculiaridad; en su confusión y desorden, ninguna unidad. Hubo un tiempo en el que también aquí los habitantes de esta región, incluso en los ruidos del tráfico, oían una lengua que hablaba para todos ellos: «mira lo que somos capaces de hacer juntos» –al menos así es como hace unas décadas se entendía aún a los trenes que pasaban atronando a lo largo de la costa–; en cambio, ahora, aunque la ciudad estaba a pleno sol, como dispuesta y a punto, a su alrededor, en la curva de la bahía, que seguía siendo opaca, sólo se oía el sonido sordo de las sirenas que se usaban en los casos de niebla. Aunque las casas y los coches se alzaban relucientes ante el observador como si fueran objetos de lujo, ninguna de estas cosas llevaba la mirada más allá, hacia seres humanos semejantes, por encima de la tierra o del mar. Sin duda, también en el Norte las distancias a las que se encontraban los otros puntos de la Tierra no habían sido más que cifras, algo así como números legendarios (en la más insignificante de las colonias, en un apretado haz de líneas, una tabla indicadora señalaba la dirección en la que se encontraban todas las grandes ciudades del mundo, así como la distancia en millas entre éstas y la colonia): sin embargo, nunca como aquí se había

encontrado Sorger tan lejos de cualquier posible relación. Más tarde apenas si pudo imaginar un avión despegando o aterrizando por encima de las casas; en cambio, las cintas de las cometas de papel no dejaban de serpentear por detrás de los tejados.

Y sin embargo, a menudo, al pasar sentía que estaban esperando su mirada de simpatía (fuera ésta la que fuera). Luego apartar la vista era como si, una vez más, mirara a una lejanía que él a menudo sólo simulaba, una lejanía que quería impedir que los demás lo vieran; en cambio, estaba sentado solo en un local de strip-tease, como un espectador concentrado y atento, entregándose indiferente a las fantasías que en él provocaba el movimiento armónico y equilibrado de los hermosos cuerpos desnudos, como «el hombre del vaso de vino»; o bien se encontraba con otros desconocidos en un cine porno como «el hombre de los brazos cruzados» y se veía en la pantalla como actor. Todo lo personal lo guardaba para sí; no mintiendo sino corroborando las muchas suposiciones falsas que se hacían, todas ellas sin excepción, con un secreto sentimiento de triunfo. Iba a reuniones con gente desconocida, con la intención de ver sus caras y olvidarlas inmediatamente; y a él, al despedirse, le preguntaban muchas veces: «¿Su nombre era...?».

Redescubriendo «el interior del jukebox, que atronaba ininterrumpidamente», Sorger se convertía en un jugador. Entonces se volvía polifacético y se daba cuenta de que, de otro modo –de un modo simplemente distinto–, podía serlo todo. Después le parecía que durante estas semanas no había comprendido a nadie; en cambio, agudo como el mejor jugador, había previsto todas y cada una de las reacciones de los demás. Ya no experimentaba estos cambios en los que pasaba de ser fuerte a ser débil, que le daban la sensación de permanencia; acompañado por el tintineo de las monedas, se limitaba a deambular por la ciudad, en cuyos escaparates las hojas de otoño parecían una decoración inmóvil. Le parecía bien que no tuviera que dárselas de profesional y que ni en su trabajo de especialista, al que no obstante tenía que acudir todos los días, fuera posible advertir nada que hiciera pensar en su profesión: al fin, tal como él quería, llevaba a cabo sus actividades con la cerrada sonámbula seriedad de un lego; apartado de todos, sin compartir su tiempo con nadie, se sentía a veces rodeado de una belleza mágica.

Emancipada de la nación y no agitada suficientemente por las tranquilas religiones de ámbito mundial, la ciudad de la costa occidental era, no obstante, un festival de sectas, una danza general de signos secretos. Nadie parecía aquí estar emparentado con nadie; en cambio, los que por un breve tiempo y de un modo casual tenían opiniones parecidas se reunían y se escondían rápidamente en conventículos. De este modo, una noche Sorger se encontró en una calle situado en una larga fila; fue avanzando paso a paso con ella y finalmente estaba en una gran sala, a media luz, entre una gran masa de personas que como él esperaban al cantante que había sido uno de los héroes de la juventud de todos.

Nada lo había traído aquí; más bien lo que hacía era cumplir con una obligación evidente que, cuando pensaba en ella, llegaba incluso a resultarle molesta: hacía mucho que nadie podía sustituirlo. Durante este tiempo necesitaba formas directrices que, a diferencia de lo que ocurría con las notas finales de las canciones, le proporcionaran la idea de un principio siempre renovado; algo así como los primeros escritos de su disciplina, obras milenarias que, en lugar de ofrecer demostraciones frías, guardaban todavía un poder poético de convicción; o las investigaciones que los pintores habían escrito sobre las formas, unos libros en los que él se perdía, como en la música del cantante, pero en los que al mismo tiempo podía reencontrarse como autoafirmado.

El cantante era un hombre bajo, ancho de espaldas, que daba la impresión de poseer una gran fuerza y de estar completamente ausente. Entró en el escenario, miró fijamente la luz y empezó a cantar enseguida. A las primeras notas el espacio de la sala reprodujo la línea culebreante del cable del micrófono que el cantante sostenía tranquilamente en la mano. Su voz tuvo enseguida una gran fuerza, sin necesidad de gritar. No salía del tórax sino que al principio existía como algo independiente de éste, como un cuerpo autónomo, sólido, no localizable, sin embargo, en ninguna parte. La voz no sonaba como un canto: más bien se hacía oír como los acentos de alguien que, después de una larga, penosa, inefable incubación, de repente estalla. Ninguna de sus canciones daba lugar a una unidad sonora más que vista como un todo, y éste lo formaban sólo una serie rápida –a veces reiterativa y tartamudeante– de gritos de dolor, gritos cortantes, amargos, amenazadores

(en todo caso nunca gritos que indicaran una sensación de alivio).

No sonrió ni una sola vez. En una ocasión, con su pesado cuerpo dio un salto bastante grande en el aire. Con una mirada ausente, al fin pudo decirles lo que quería a los que llevaba dentro; y esto pudo hacerlo sólo recuperando su voz, que estaba fuera de él, y hundiéndola en sí mismo; ante todo, lo primero que quería era no tener nada en común con nadie. No cantaba sus canciones con un gran sentimiento sino que, como un loco, buscaba un sentimiento que era enigmático para él mismo.

Durante un buen rato, acompañado como estaba casi exclusivamente por instrumentos que marcaban el ritmo, pareció un hombre sin vida condenado a su propia tramoya; sin embargo, este ritmo mecánico continuado fue dándole poco a poco a su voz el tono grave y vibrante con el que aquel hombre que dirigía toda su furia contra sí mismo, sin dejar de dar la espalda al mundo entero de un modo casi vindicativo, al final de su actuación prorrumpió en un himno que era común a todos. Junto a los demás que lo escuchaban, Sorger comprendió lo que pueden ser los «himnos» y se dio cuenta de que aquel hombre que estaba en el escenario, aquel ser deforme y que no se parecía a nadie, sin quererlo, era un cantor de la libertad. Antes lo había venerado como alguien que en realidad no tenía derecho a venerar; pero ahora, en calidad de mero oyente, se sentía elevado a su altura, como uno de su misma raza. Saliendo a la calle, animada y a la vez silenciosa, estuvo pensando por qué había olvidado a casi todos los héroes de su juventud, y, contento en medio de aquella muchedumbre que se movía lentamente, hombro con hombro, oía todavía la voz del cantante, en el ruido de la gente e incluso en el rozar de un zapato contra el asfalto.

Pero al final hubo un cambio: la ciudad se dividió en dos zonas que, cada una por su lado, fueron haciéndose cada vez más extrañas (y Sorger con ellas).

Después de la franja costera estrecha y llana en la que se encontraba la casa de Sorger, en medio de una plantación de pinos, el terreno iba subiendo lentamente en dirección este, hacia la espalda de una colina muy urbanizada y sin bosque, y luego volvía a bajar hacia un dedo de la bahía, paralelo al océano, cuyas orillas bordeaban el parque de la Universidad. La carretera que

llevaba allí atravesaba la colina siguiendo una pequeña depresión apenas perceptible que, al ser un camino recorrido casi a diario, se convirtió en una «silla de montar de puerto». El campus no estaba lejos del Pacífico (Sorger iba muchas veces a pie); sin embargo, con el tiempo, trasponer aquella pequeña silla de montar fue salir y entrar por un arco misterioso que tenía un significado vago. El que llegaba a este «punto más alto» se detenía sin querer, o por lo menos miraba unos momentos por encima del hombro: aunque urbanizada con las habituales casas de poca altura, la zona del puerto se le revelaba a Sorger como un lugar importante en el que tendría lugar una «decisión» (aunque lo único que llamaba la atención allí era la línea de niebla que, a media tarde, como un esquí, avanzaba dando vueltas lentamente por el puerto y caía sobre la ciudad).

A veces, cuando Sorger se imaginaba la ciudad, veía emerger de ella el puerto, irreal, deshabitado e incluso sin vegetación, hundido en el granito gris oscuro de una montaña rocosa; y al final de su estancia allí se le hizo igualmente irreal su propia persona. Al no hablar con nadie acabó por dejar de hablar consigo mismo. Durante un tiempo, su respiración desacompasada le había dicho por lo menos alguna cosa, en secreto, como en lenguaje de Morse, y, casi con una sensación de alivio, creía que podía arreglárselas sin lenguaje; en esta situación se veía incluso como un ser completo. Luego la mudez interior se le convirtió en una amenaza, como si él fuera un objeto sordo que había dejado de sonar para siempre, y deseó recuperar la pasión por hablar. Irrealidad significaba esto: todo podía suceder, pero él ya no tenía ninguna posibilidad de intervenir. ¿No se trataba en definitiva de alzarse contra una fuerza extraña y superior? Sorger temía la decisión porque él no iba a poder hacer nada. Ya no tenía ninguna imagen de sí mismo (que era normalmente lo que le daba fuerzas para intervenir); y nadie –aunque muchas veces miraba para ver si veía las mujeres del «Parque del Terremoto»–, rozándose con él, le marcaba sus propios límites. Sus actividades (preparando el trabajo que pensaba escribir) las realizaba siempre sin desviar la mirada hacia nada, sin detenerse, con una concentración verdaderamente pánica. Y la ciudad se apartaba de él: como si ante sus ojos fueran cerrándose una tras otra todas las ventanas. El hecho de que lo olvidaran, ¿no fue alguna vez una idea dulce?, y el hacer que lo olvidaran, ¿no había llegado a ser incluso un arte?

Lejos de la creación, inabordable a fuerza de arrogancia, desapareciendo de todas partes sin despedirse, esperaba «el castigo»; y al mismo tiempo no se le quitaba de la cabeza un himno del cantante: «El día de mi grandeza es inminente».

Durante el día seguía haciendo un calor agradable. Como en todas partes, la habitación de trabajo que Sorger tenía en el campus era al mismo tiempo vivienda; a veces se quedaba incluso por la noche en el laboratorio y dormía en una cama de campaña. (Su casa estaba en venta y empezaba a entrar y salir gente ya.) Junto al microscopio había una brocha de afeitar y al lado una cafetera eléctrica. El laboratorio se encontraba en un edificio de cristal de una sola planta y de una longitud inusual, que, según el deseo del arquitecto, debía recordar un enorme rascacielos tumbado sobre el césped. Mirando por la ventana, Sorger tenía enfrente la pared de aluminio de un cobertizo en el que (para otra ciencia) se guardaban animales de experimentación; detrás mismo, el agua rizada de la bahía casi siempre tranquila.

El Instituto estaba dividido longitudinalmente por un pasillo: más allá de este pasillo estaban las aulas, comunicadas unas con otras por puertas de doble hoja que en la época del año en que no había clase estaban abiertas; como estaban unas frente a otras, a través de ellas se podía ver desde la primera hasta la última aula. Al otro lado Sorger tenía a mano derecha la pequeña habitación sin ventanas, cerrada con varias cerraduras, en la que, en un aire filtrado, unos aparatos que emitían un leve zumbido determinaban la edad de las piedras; en la habitación que tenía a mano izquierda, sobre pesadas mesas de mármol –con el fin de que ni con grandes terremotos se movieran de sitio–, estaban los sismógrafos, cuyos rollos de metal podían de repente dejar de moverse apaciblemente sobre sí mismos para empezar a girar furiosos y emitir un potente zumbido. (Una máquina recibía continuamente las ondas sonoras del interior de la Tierra, que producían en el aparato un lejano retumbar en el que se oía el golpeteo de un sonido muy claro, casi cantarín.)

También aquí tenía Sorger «su dominio»: estaba fuera, en dirección a la bahía, la superficie de césped que había entre el cobertizo de aluminio y su

laboratorio; desde allí incluso una puerta independiente (como en los compartimentos de algunos trenes) comunicaba con el exterior. Aquí crecían eucaliptus y, protegida por una valla que la rodeaba completamente, una modalidad especial de helecho que era una de las plantas vivas más antiguas de la Tierra. Sobre la hierba había una mesa; delante, una silla de hierro.

Como hacía a menudo, antes de salir Sorger se quedó unos momentos en el laboratorio sin hacer nada. La puerta que daba al pasillo estaba abierta y un perro pasó por delante corriendo. Sorger lo llamó y el animal ni siquiera levantó la cabeza. Detrás de él venía el policía del campus, precedido por el tintineo del manojó de llaves; también él pasó sin mirar al hombre del laboratorio.

Sobre la mesa de fuera había una máquina de escribir; tenía metida una hoja de papel blanco a través de la cual brillaba el sol; se movía ligeramente al viento; al lado había una naranja. De repente, el sol fue sol del atardecer y la naranja y el papel tomaron una coloración rojiza. Una hoja de eucaliptus, rígida, estuvo colgando por unos momentos en el respaldo de la silla; cayó al suelo haciendo ruido. Del búnker de animales de experimentación llegaba un graznido. Abajo, junto al borde de piedra de la bahía, corrían crestas de espuma; no eran olas aisladas sino algo así como toda una corriente de gran anchura a la que el viento (o un pequeño movimiento sísmico, muy lejos) empujaba contra el brazo lateral: a lo lejos la superficie del agua era lisa, pero en un plano oblicuo con respecto al de la costa; por esto, tomando una forma abovedada, se precipitaba en el interior de la bahía. Luego se enturbió el aire que había en primer término y de las copas de los árboles bajó la niebla en forma de nubes cada vez más espesas.

El amplio parque del campus que Sorger abandonaba ahora estaba fuera del recinto de la ciudad y bajaba suavemente hacia el agua, de un modo tan imperceptible que esta inclinación sólo se podía advertir en los zócalos de algunos edificios, que se iban estrechando muy ligeramente en dirección a la colina. La zona era silenciosa y al mismo tiempo daba la impresión de estar siempre muy animada, incluso sin el zumbido de los coches eléctricos que la cruzaban y el ruido de los pasos, un ruido que aparecía de repente una y otra vez a lo largo del día, como llegando de todas direcciones, y volvía a desaparecer, y en esto luego una tos de hombre, o de mujer, se oía de un

modo tan extrañamente claro como en ninguna otra parte de la ciudad. La niebla cubría todo el parque; no era blanca sino brumosa; tenía además una densidad irregular, de modo que en algunos sitios el sol formaba pequeños claros, relativamente estables, en los que la hierba brillaba y todo lo que se movía en estos espacios aparecía coloreado por unos momentos. En una mesa que había sobre el césped una lata de cerveza vacía rodaba despacio hacia adelante y hacia atrás impulsada por ráfagas de viento que seguían empujando hacia abajo la niebla; el movimiento de la lata seguía el ritmo de las campanadas –lentas y solemnes, pero con un sonido cascado de hojalata– del reloj de la torre del campus, que, con un mecanismo electrónico, imitaba un carrillón y, por encima de los árboles, a poca altura, casi sin hacer ruido, pasaba un gran cuerpo volador con un vientre metálico de color pálido.

Una carretera completamente recta llevaba del parque al centro de la ciudad siguiendo la bahía. Aquí, por todas partes, los coches y los transeúntes se movían todavía a la luz del último sol, mientras que, por encima de ellos, desde los últimos pisos hasta los más bajos, las torres de la ciudad estaban ya en medio de la neblina gris.

Ahora, mirando hacia atrás, en el extremo de la carretera y por encima de la línea del horizonte que formaba el parque, que a distancia parecía un parque natural, hubiera tenido que asomar la torre almenada de la Universidad: pero lo único que había era la bóveda fija de un gigantesco hongo que había salido del suelo; un búnker de niebla, de un brillo metálico al sol del atardecer, que por sus flancos –como un azul celeste magnético– sobresalía en el minucioso paisaje de alrededor y cubría el campus entero.

Cuando Sorger se detuvo en lo alto de su puerto era ya de noche (andar se había hecho cada vez más difícil, sin que, como ocurría antes, le volviera la memoria); aparecieron las primeras luces, hasta en la lejanía; allí temblaban; y al fin la ciudad, que acababa casi de esfumarse, apareció en forma de una gran superficie nocturna centelleante; la niebla no se había disuelto, pero, como era muy fina y dejaba pasar cualquier rayo de luz, en la oscuridad llegaba a ser casi invisible.

Sorger se dio la vuelta buscando el centro, que, a diferencia de lo que ocurría antes en las zonas residenciales, apenas destellaba sino que formaba un orden rígido de luces, y se imaginó allí abajo vagando a lo largo de las

casas; el lugar en el que estaba (el «puerto») lo sintió realmente como suelo bajo sus pies y se sentó en el banco de una parada de autobús.

En los coches que pasaban continuamente, a muy poca distancia unos de otros, los conductores iban casi siempre solos; se acercaban desde la oscuridad, iluminados por el coche que venía detrás, en forma de siluetas dentro del espacio vacío de sus carrocerías, y la incesante serie de bustos negros que pasaban por delante en sus coches, en línea recta y sin moverse (las cabezas sin rostro nimbadas por un halo de luz), a la larga, a pesar de la velocidad y del ruido variado de los motores, formaba una cabalgata que llevaba una marcha pausada y regular; como si allí no hubiera conductores dentro de sus vehículos sino perfiles de personas dentro de armazones siempre iguales, iluminados de un modo uniforme, sin relación alguna con las cuatro ruedas que, como de un modo automático, transportaban las partes superiores a través de la noche.

En cambio, en medio de aquel cortejo siempre translúcido, los autobuses, que enlazaban la ciudad con los suburbios, como enormes eslabones de aquella cadena, aparecían siempre como masas impenetrables; detrás de los cristales oscurecidos, a sus ocupantes sólo se los podía adivinar; sin embargo, siempre se podía ver a algunos de ellos, o a pequeños grupos, iluminados por puntos de luz encendidos sobre sus cabezas; no eran sombras sino figuras humanas con todos sus detalles a las que la oscuridad que las rodeaba les daba siempre una claridad especial: los pasajeros que se veían allí tenían casi siempre la cabeza apoyada en el respaldo y ligeramente vuelta hacia un lado; a través de los cristales coloreados sus rasgos tomaban una tonalidad amarillo rojiza. Estos rostros, que pasaban a notable altura de la calzada, movidos a gran velocidad dentro de los autobuses, libres de todo rasgo personal, eran algo así como «los que están sentados», «los que observan», «los que leen», «los que descansan», figuras profundas que hacían pensar en un tiempo de paz olvidado y que, al pasar tan rápidamente de la lejanía a la inmediata proximidad, infundían de repente nueva vida al que los veía desde afuera, haciéndole sentir la impresión brusca de un reencuentro.

Luego un autobús de la red urbana, iluminado con una luz chillona, dobló para meterse en la parada, y Sorger vio en él a la vecina con sus hijos. Éstos hablaban entre sí mientras que la mujer miraba sin decir nada. Sorger se dio

cuenta de que ella estaba allí porque, casi con el mismo ademán que él en el banco, ella, en el autobús, se quitó la mano de la frente. En su rostro, pensó él, había un «pinchazo de dolor» que él (esto lo supo luego) sentía simplemente en sí mismo. Ella sonrió para sí, se quitó el pañuelo de la cabeza, como si estuviera ya en casa, y en la luz blanca la magnificencia de su pelo apareció por unos momentos como «un imperio propio». Él hizo una seña con la mano. Cuando el autobús volvió a arrancar, ella miró hacia un lado, lo vio, bajó incluso la vista hasta mirar sus zapatos, pero no lo reconoció. Él dio un salto y golpeó el cristal; pero era ya otro cristal, con otra cara, que asombrada se volvió hacia atrás desde el autobús en marcha; y entonces ocurrió que Sorger, sin que nadie lo observara, bajo el cielo de la noche, se ruborizó.

Primero quedó confuso, solamente, y en su confusión abordó a una mujer que se había bajado del autobús y estaba allí como indecisa. Ella, sin mirarlo, dijo simplemente: «¡No!»; y cuando él intentó explicarse, ella, con el rostro vuelto hacia otro lado, le mostró la mano cerrada (ni siquiera un puño) y se fue; dejándolo en la parada se adentró en la oscuridad, haciendo como quien se marcha de paseo, con una melodía en el cuerpo que a él le era desconocida.

Mucho tiempo después, cuando Sorger pudo acordarse otra vez de este momento –que, como luego supo, fue decisivo en su vida– y pudo comprender plenamente su sentido, pensó que en aquella ocasión hubiera bastado con «detenerse», con «aminorar la marcha» de todo cuanto había en él (movimientos, pensamientos, respiración) y no habría «ocurrido nada». Pero en este momento, siguiendo unos cuantos pasos a la mujer, pensaba sólo: «Pero si tengo dinero...». Luego, debajo de sus pies, el suelo se hizo tan preciso como si él ya hubiera caído. Silencio, como después de un accidente, y ladridos de perros.

La caída fue repentina; el vacío, completamente insospechado. En lugar de «Nadie sabe dónde estoy», ahora era: «Para mí ya no hay nadie. Todo el mundo tiene a otro».

Iba de un lado para otro, sin poder pensar. Había creído que era indestructible. Se detuvo y, en la situación en la que estaba, sintió que, por lo que hacía al trabajo que pensaba escribir, iba a fracasar siempre: quizá podía

escribirlo, pero «ya no iba a ser oído por nadie». «¡Caos no!», fue lo único que todavía podía decir: luego, como si estuviera en un púlpito de la mudez, salió corriendo del espacio, que primero se deformó y luego desapareció del todo.

«¡Prohibición de espacio!»

El mar adquirió un aspecto inquietante y también la urbanización del pinar; la ciudad entera, desolada; desolado también cualquier amago de naturaleza. «Autobuses, sacadme de aquí».

Iba de un lado a otro; se detuvo: no sólo acababa de perder «el puerto» (éste apareció ahora sólo como un «agujero» y luego como parodia, una burla entre los nudillos de la mano), había perdido además todos los espacios de su imaginación: la mesa de debajo de los eucaliptus y el gran río del Norte, al que con un terrible dolor estaba viendo desaparecer para siempre detrás de un terraplén.

El proyecto de su vida estaba destruido: en ninguna parte había ya «ámbito»; ni siquiera posibilidad de orientarse por los estratos del terreno que tenía bajo los pies. Junto con la «Hermosa Agua» se secaba él también; estallaba, le quitaban la piel; y de las profundidades venía a él «el muerto viviente».

Sorger iba de un lado a otro con la conciencia de que se había visto a sí mismo de un modo definitivo. Mientras antes los momentos de autoconciencia eran para él una sacudida vivificadora, ahora, con la pérdida de «sus» espacios, que habían significado para él un futuro asegurado, se veía como un falsificador chapucero. «Tus espacios no existen. Estás acabado.»

¿Quién estaba hablando aquí en realidad? ¿Qué voz lo estaba dejando hablar desde que tenía uso de razón? Por unos momentos sintió un zumbido dentro de sí, como si él fuera su propio Maligno; y vio su alma en forma de pellejo sin plumas; un alma que, según la voz que le estaba repitiendo continuamente su condena, debía ser separada del cuerpo y que sin él estaba perdida: era igual que el gato que una vez se había llevado en el avión y que allí, de tanto miedo, su cabeza se le había convertido en la cabeza de un muerto.

Hacía unos años, Sorger, justo cuando acababa de llegar a la costa occidental, vivió un terremoto: estaba sentado junto a una piscina y de

repente vio que el agua estaba inclinada con respecto al suelo. El aire estaba lleno de polvo; había una luz extraña; era como si se movieran grandes montañas. Vivió el temblor; llegó incluso a caer hacia adelante; sin embargo, no podía creerlo: en aquel momento su propio fin le parecía muy cercano y al mismo tiempo completamente imposible: ¿«yo» tenía que sucumbir? Qué bello era el olor a comida que salía de las casas, la luz del día a la hora en que la gente descansa después del trabajo, incluso el ruido de unos que escupían en la oscuridad.

Pero luego estuvo bien que la voz del Juez Supremo, pronunciando su sentencia de un modo detallado, fuera haciéndole cargos cada vez más discutibles; es más, cargos ridículos (le reprochaba su nombre, o «no haber participado en la construcción de las casas de la comarca»), y al final llegó incluso a acusarlo de «no haber sido uno de los de la resistencia» en la época en que reinaba el despotismo (por aquel tiempo Sorger acababa de nacer).

Andando arriba y abajo, sin detenerse, al cabo de un rato acabó meciéndose con sus pasos y diciendo números solamente.

Luego se detuvo junto a él un coche del que salió la voz del vecino, que hablaba en la lengua que les era común a los dos: «Eh, vecino». Inmediatamente después, subiendo al alegre carromato, Sorger pensó: «Gracias, poderes». Hasta tal punto había estado esperando algo, que le pareció que el coche era una «escritura» y su propio cráneo una «bóveda de espera». Con la idea de que él solo no habría encontrado el camino a casa, puso la mano sobre la parte interior de la articulación del brazo del hombre: ¿para quién un ser humano ha sido nunca algo tan material? «Divino otro.»

Sorger siguió al vecino hasta su casa. En el vestíbulo estuvo mucho tiempo sin moverse, de pie, como si éste fuera ahora un lugar especial. Entrando en el cuarto de estar, la experiencia del «umbral»: estar de nuevo en el juego del mundo.

Dijo incluso varias veces a la mujer y a los niños: «soy yo». Estar sentado con ellos junto a una mesa; coger a los niños y levantarlos en el aire (ellos dejaban que lo hiciera); observar los alimentos («Bella claridad de la carne»); estar sentado bajo un techo, nada más: esto fue para Sorger una noche en la

que experimentó el placer de la seguridad. En esta casa vivía una familia que llevaba modestamente una vida posible; y él pertenecía a esta casa, una casa en la que las cosas eran bellas y los hombres inocentes.

Fue a la vez una velada de frases amables. Les decía a los dos: «Para mí son ustedes deliciosos»; pero con la misma actitud –una seriedad que era casi un acontecimiento– le decía (al marido): «En Europa echaré de menos sus camisas de lana a rayas»; y alababa (ante la mujer) «la muestra poligonal, como si fuera de la naturaleza», de la corteza del pan blanco. Y en su propia cortesía se reconocía también a sí mismo: ella engendraba esta noche la idea de un «país», y Sorger, el hombre cortés, encarnaba esta idea, y a partir de ahora se entregaba del todo bajo la forma de esta idea; el nombre de Sorger indicaba incluso la provincia de la que provenía su portador (junto con muchos que tenían el mismo nombre); y al final acabó hablando de un modo tan natural que a nadie le sorprendió oírlo hablar en un dialecto que casi había olvidado.

En él ya no había nada del habitual comedimiento del huésped un tanto envarado que era antes; ponía los codos sobre la mesa, tiraba a los demás de la ropa y escudriñaba la expresión de sus rostros con una confianza familiar. No podía estar ni un momento solo y seguía a la gente a todas partes: al marido, al sótano; a los niños, al dormitorio; a la mujer, a la cocina. ¡Belleza de los umbrales! Servía las bebidas. Llevaba a los niños a la cama y ellos le contaban las cosas más íntimas de las cuales ni siquiera los padres sabían nada. Luego, mientras hablaba, andaba de un lado a otro por la habitación como si fuera el dueño de casa. «Están ustedes tan lejos», les decía a sus anfitriones, y les rogaba que se acercaran. Cada frase que dirigía a los demás –con lo cual dominaba la amenaza de la compulsión de hablar por hablar– le ayudaría a añadirse otra vez al mundo de los hombres, con sólo sentirse responsable (él solo) en cada palabra. Con cada palabra que pronunciaba (penosamente) esta noche Sorger («darles forma lentamente», pensaba) estaba solicitando ser acogido en la casa, entre la gente de allí, en su país («sólo creando forma estoy con los otros»); y él, que había perdido los grandes espacios, se abismaba en los más pequeños, ávido de aprender.

En la casa la noche era clara; fuera brillaba la luna llena. Los niños se reían en su habitación. A la clara luz de esta velada, en la que cada cosa

encontraba su sitio en una nueva profundidad espacial, el «melancólico jugador» (estas palabras le parecieron ahora una divisa, y no sólo para este momento de su existencia) miraba el rostro de la mujer que tenía enfrente como nunca había mirado a nadie.

Lo que, una vez más, empezó llamándole la atención fue el pelo; era un placer ver aquellos rizos, la línea de piel que dejaba ver la raya, la misma masa de los cabellos. Poco a poco fue viendo los detalles del rostro: ahora su belleza era incuestionable, pero al mismo tiempo éstos adquirieron un carácter dramático: una línea (era así y él no quería que fuera de otra manera) llevaba de un ojo al otro. «Esto está ocurriendo para mí», pensó. Sin embargo, no miraba fijamente a la mujer: con su mirada lo que hacía era más bien completar la cortesía con una nueva presencia humana; al ver el rostro de la mujer se hacía invisible a sí mismo. De nuevo se sintió transformado en un «receptor», como cuando acogía en sí mismo la muestra poligonal que formaba el barro a la orilla del río; pero aquí él ya no hacía acopio de fuerzas; todo lo contrario, imitando la otra figura era capaz de gastar hasta la última de las fuerzas que había reunido allí, en la naturaleza, hasta que al fin el puro poder de recibir lo que tenía delante (un poder que hasta ahora necesitaba de la simpatía y se limitaba a esta simpatía especial) se convirtió en la nueva fuerza que lo abarcaba todo: la única que él tenía ahora, pero que le bastaba.

Lo primero que cobró vida en aquel rostro fue el labio superior, un poco echado hacia delante, que proyectaba una leve sombra sobre la boca cerrada, como si al mismo tiempo ésta estuviera un poco abierta: de todos modos, Sorger no veía allí una boca que hubiera enmudecido sino una boca que estaba dispuesta a hablar para convencer a alguien; sin prólogo ninguno, estos labios proferirían inmediatamente las palabras que el otro necesitaba, y aún después de haber hablado estos labios seguirían siendo para él unos labios elocuentes. Sus mejillas no tenían ninguna particularidad especial (a aquella mirada que lo acogía todo de un modo incondicional, que estaba inventando aquel rostro, nada le parecía peculiar); sólo esta peculiaridad: daban la impresión de una superficie lisa, tersa, de la cual emanaba hacia el espectador una gran extensión, un espacio que se configuraba de un modo momentáneo con las líneas de las mejillas (y que no era posible retener, había que estar invocando continuamente su presencia). Qué dispuestos a ayudar

luego aquellos ojos (de nuevo sin ninguna particularidad especial, simplemente como realidad viva) oscurecidos por sombras y que en su mera «oscuridad» lo comprendían ya todo; y luego cómo buscaba protección (incitándolo a la acción, como si se tratara del final del drama) la nueva realidad de aquella frente abombada, una curva resplandeciente, vulnerable, indefensa, como si estuviera abandonada, sin el apoyo del hueso. Al fin Sorger ya no fue un mero observador, olvidado de sí mismo, de los acontecimientos que tenían lugar en el rostro de otra persona; ahora, por obra de una intervención suave pero a la vez irresistible, su vida personal y limitada fue acogida en los rasgos del rostro de la Humanidad y en el espacio abierto de éste continuó irrevocablemente su camino.

Entretanto se había levantado de la mesa en la que estaba jugando al ajedrez con el marido, mientras la mujer estaba leyendo al lado, y, deambulando por la casa, se había apartado del rostro, que no obstante seguía igualmente cerca de él; y luego, desde lejos, en la sombra cada vez mayor que proyectaba la lámpara, toda la figura de la mujer –del mismo modo como en la oscuridad la gente que iba en los autobuses habían aparecido antes como «los dormidos y los despiertos»– se convirtió en su «contemporánea»; el ligero surco doble de la barbilla de la mujer, debido a que tenía la cabeza inclinada hacia delante, armonizaba con esta impresión que él había tenido: «Somos de la misma región». Sobre su cuello había un pequeño círculo de luz: «con la fuerza para dos», y en la mano, que parecía que flotaba, un dedo estaba posado fuertemente sobre el libro: «Cotidiana como tú».

Sorger volvió a sentarse junto a la mesa y, en lugar de mover la figura del juego de ajedrez, empezó a hablar. Como si todavía fuera invisible, penetró con la mirada los rostros de los otros, como si estuviera ya separado de ellos, no por un salto en el tiempo sino por un salto temporal que muy lentamente (al hablar) lo iba alejando de los otros, un salto que él, mientras hablaba y contaba cosas, sentía como un contacto suave y personal; al hablar de sí mismo con esta libertad y con este comedimiento, pensaba: «lo que yo pueda haber pensado para mí no es nada: yo soy sólo lo que he logrado decirles».

En la habitación de al lado la risa de los niños duró todavía un tiempo; luego, gritos lejanos de gaviotas. Sorger estaba ahora tan tranquilo que contó sin más «la privación de espacio» de la que había sido objeto en el «puerto»

inventado: «Hoy, de repente, me ha abandonado una fuerza y he perdido mi sentido especial para las formas de la Tierra. De repente, mis espacios dejaron de ser nombrables, más aún, dejaron de ser dignos de tener un nombre». Luego pudo levantar la voz y decir: «Escúchenme. No quisiera sucumbir. En el momento de la gran pérdida tuve el reflejo del regreso, no sólo a un país, no sólo a una determinada región, sino a la casa donde nació; y, sin embargo, quería estar cada vez más lejos, en el extranjero, con unas cuantas personas en torno a mí, pero que no estuvieran demasiado cerca. Sé que no soy un malhechor. Tampoco quiero vivir al margen de los demás. Me veo andar en medio de la multitud y creo que soy justo. Incluso tengo a veces sueños amables en los que aparecen aquellos que me han deseado la muerte, y muchas veces siento que tengo fuerzas para una reconciliación permanente. ¿Es pretender demasiado querer la armonía, la síntesis y la alegría serena? ¿Son la perfección y la consumación mi idea fija? Siento esto como la obligación de ser mejor: o más bien, de ser yo mismo. Quisiera ser bueno. A veces tengo necesidad de ser pecador y al mismo tiempo me persigue la idea del castigo; y luego, otra vez la necesidad de Eterna Pureza. Hoy me he acordado de una liberación: sin embargo, no he pensado en un dios sino en la cultura. No tengo cultura; y no tendré cultura mientras no sea capaz de proferir exclamaciones; mientras en lugar de clamar me esté quejando. No quiero desaparecer en medio de lamentaciones, quiero ser un cuerpo poderoso que clama. Mi exclamación es: ¡Te necesito! ¿Pero a quién estoy hablando? Tengo que ir a juntarme con mis semejantes. ¿Pero quiénes son mis semejantes? ¿En qué país? ¿En qué tiempo? Necesito la certeza de ser yo mismo y de ser responsable de otros. ¡Puedo vivir! Siento la fuerza de Decir cómo Es esto y, no obstante, no quisiera ser nada ni decir absolutamente nada: ser conocido por todos y por nadie; ser penetrantemente vivo. Sí, a veces siento que tengo derecho al espacio cósmico. Y mi tiempo es Ahora; ahora es Nuestro Tiempo. Reclamo pues el mundo y este siglo, porque es mi mundo y mi siglo». Sorger vio que su cabeza se movía como un animal extraño y a la vez orgulloso (y al mismo tiempo que los codos se movían rítmicamente en el penoso intento de mover las alas); después de su largo discurso le apeteció algo «dulce», y la señora de la casa le sirvió una limonada. Deseaba además oír música y luego les pidió a los vecinos que le

contaran su historia. Empezaron contándole distintas desgracias, seguramente para mostrarse como aliados suyos, pero pronto dejaron este tema, y aquella tranquila narración fue convirtiéndose poco a poco en un animado diálogo en el que marido y mujer, repartiéndose los papeles e interrumpiéndose continuamente el uno al otro, le describieron cómo habían llegado a ser una pareja. Sorger agradeció la «comida caliente» y añadió: «Por favor, no me olviden».

Luego, al marcharse (iba indeciso a la playa, tomó el camino más corto, a través del bosque), le llamó la atención que los dos se hubieran reído de su última frase, no sólo quitándole fuerza sino al mismo tiempo un poco asustados, como si con estas cosas no estuviera permitido hacer bromas; y ahora añadió para sí: «Quisiera volver a estar pronto bajo su lámpara».

La noche estaba templada; no había niebla. Todavía entre los árboles sintió el placer de la arena de la playa bajo sus pies. Bandadas de hojas pasaban volando a través del bosque de coníferas; se quedaban colgadas en las hierbas, como en una valla de alambre, y al final se veía que eran trozos de algas secos. Se oyó en la arena un ruido como de bicicleta; era un perro que venía corriendo. Entre los pinos, que eran más bien pinos enanos, silbaba el viento como en un bosque de árboles de gran altura. Sorger sentía el aire en su rostro como si fuera la realidad reencontrada y como si ésta orea su rostro como un aire de felicidad.

Al que estaba rodeando el saliente de una duna, como si fuera la esquina de un edificio, de un modo insospechado, le salió al encuentro el ruido del mar, una ola blanca que se estrellaba en la costa y cuya espuma, lanzada al cielo de la noche, pareció quedarse allí por unos momentos, y después, entre una espuma más clara que venía de otra ola, fue cayendo al suelo en todas direcciones, suspendida en el aire en copos que tomaban una coloración parda. Inmediatamente después, el océano, junto con la luna y las gaviotas suspendidas sobre las olas, se retiró a su imagen conocida y Sorger bajó por aquella llanura de agua cuyo estrépito parecía el ruido de una fábrica. Evitó cualquier mirada a aquel llano; se fijaba sólo en sus pies, que a lo lejos, como a vista de pájaro, avanzaban con dificultad por la superficie arenosa. «Cierra las puertas de tus sentidos.»

Empezó a correr; estuvo corriendo un rato sin ver nada; luego volvió a

andar, con los ojos cerrados, cada vez más despacio. Ahora un tranvía pasaba a través del rompiente con un chirrido anticuado en las vías. Para el que continuaba andando –primero oyendo el traqueteo de una carretilla–, el ruido del mar se transformó en los ruidos de su pasado. En un aserradero del que salía un golpeteo y un zumbido, estaban descargando tablas y las ponían unas encima de otras con estrépito; y unos transportistas de muebles manejaban objetos pesados con brusquedad. Los ruidos no eran regulares; entre uno y otro muchas veces se producía un silencio casi placentero, un silencio que parecía preparado para que durara mucho tiempo y en el cual sólo se oían los pequeños ruidos de la vida de una casa cerrada sobre sí misma: cómo subía la leche al hervir dentro del cazo, el agua hirviendo, el tintineo de agujas de hacer calceta, y en este momento a un cubo se le cayó el asa. (Era como si el mar cupiera dentro de una olla.) Luego alguien se tiró a una piscina y se oyó el chasquido de una bofetada. En medio del ruido de la calle, que era cada vez más fuerte, se oyó un estampido sordo; inmediatamente después, un objeto golpeó contra el suelo. Estaban cargando lecheras en un puesto de leche. Por unos momentos se oyó el ruido metálico de los incensarios; luego gritos de maniobras. Retumbar de carros de combate; algo saltaba hecho pedazos, un estampido; por unos momentos hubo guerra. Luego, el silencio de la paz. ¿Qué si no? Ante Sorger, que abría los ojos, una gran columnata antigua se extendía sobre el mar hasta el horizonte.

Detrás de las últimas columnas la luna desaparecía en el horizonte y por unos instantes hubo allí un cielo de puesta de luna, con un campo de nubes, iluminado desde abajo, de color de aragonita; luego, como en todas partes, el cielo volvió a ser negro; sólo centelleaban las estrellas vagamente en la bruma de las olas.

En la nuca, que se convirtió en una parte, grande y muy fría, de su cuerpo, Sorger sintió el mar. Las crestas de espuma eran cordilleras nevadas. El aire le traía olor de olas rompiendo en la orilla y por primera vez desde que estaba en la costa tuvo una sensación de otoño. Otoño en el mar y en la columnata: el mundo volvía a ser antiguo. Sorger estaba en aquella estación del año como si acabara de llegar. Su cuerpo se sentía ahora en la triple frontera entre tierra, agua y aire y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, volvió a sentir la fuerza del anhelo como una impetuosa voluntad-de-salir-del-pecho;

y al mismo tiempo se alegró con la idea de irse a la cama.

Regresó a la casa corriendo. En el dormitorio vacío de la otra casa, las lamparillas de noche estaban encendidas como de costumbre desde el atardecer. Los vecinos estaban sentados en la penumbra del cuarto de estar y el marido tenía entre los suyos los dedos de la mujer. El río del regreso: en el calor de la circulación de la sangre se acercaba, palpitante tersura, la india. Le entró un cansancio en el que lo único que quería era estar tumbado en la oscuridad y escuchar. Se oía el tictac de un reloj, como si un gato se estuviera rascando el cuello; y luego en todo el campo se oyó el ronroneo de aquel animal fabuloso blanco y negro.

Sorger se tumbó en la cama y, mientras la luz del faro de «Land's End» lanzaba destellos regulares, esperó sin impaciencia las ideas de los sueños. Se atrevió incluso a pensar en su hijo, cosa que en todos estos años le había resultado imposible: al primer intento, la cabeza se había convertido ya en una piedra. Ahora la gravedad sólo la sentía en el rostro, en el que se cerraba un puño ardiente. Pero esta autocompasión le hacía bien: porque con ella sentía el deseo de una fe que le diera una forma para pensar el ser amado por más tiempo que durante breves y repentinos momentos. «Si lo vuelvo a ver lo adoraré.»

Agradecido, se cubrió con la manta. Los niños y las mujeres eran los que lo hacían real. Mientras dormía, una mujer nacida de la espuma de las olas salió del mar y se acostó a su lado. Durante toda la noche estuvieron tumbados uno al lado del otro. Ojos con ojos, boca con boca.

«Algunos amaneceres más tarde» (así es como en realidad le parecía este último tiempo pasado en la costa occidental), Sorger se vio a la luz de una mañana todavía de otoño haciendo la maleta. Se marchaba a Europa. La casa estaba casi vacía, sin cortinas ni alfombras; en una de las dos habitaciones estaba todavía la mesa de madera y la silla plegable; en la otra, la cama colocada en diagonal. Sorger había tirado muchas cosas, había regalado algunas; en la maleta, junto a los libros de fotografías y de notas de campo de los últimos años –cuidadosamente amontonados–, metió también unos cuantos objetos de uso diario especialmente queridos por él. Se vistió para el

viaje con una camisa de lino gastada que se plegaba agradablemente a las muñecas, un traje de lana «europeo» de un azul solemne cuyos pantalones marcaban ligeramente la curva de las rodillas, y calcetines finos de lana que enseguida le calentaron confortablemente de abajo arriba; se calzó unos zapatos con cordones que había traído del Norte y, dirigiendo una mirada hacia abajo, a lo largo del cuerpo, pronunció un discurso de agradecimiento a sus fieles prendas de vestir.

El aire era fresco y claro: «¡Hermosa mañana americana!». El sol iluminaba el suelo atravesando la habitación vacía, como en el salón de un barco, y, al lado de su maleta, lista para el viaje, el pasajero leía las últimas cartas. Mientras tanto, miraba repetidamente hacia la casa de los vecinos, donde había mucha actividad en todas las habitaciones: los niños se preparaban para ir a la escuela y el marido para ir a la oficina. A pesar de que el movimiento era febril, la familia revelaba un espíritu totalmente pacífico: el hombre permanecía inclinado sobre su portafolios, abierto como un misal, sobre un pequeño atril; la mujer tomaba el té a pequeños sorbitos con una delicadeza casi cómica y los niños, con la cartera a la espalda, estaban absortos mirando un trompo que giraba encima de la mesa.

Lauffer escribía que el río estaba helado. Que él, al principio, para salir de la casa, se había puesto un pasamontañas de lana, pero que ahora seguía el ejemplo de los indios y salía incluso con la camisa abierta. Que su tratado le parecía cada vez más «fantástico» (cada posibilidad secundaria –que él se sentía obligado a estudiar– se extendía hasta el infinito). Que se veía en una competencia ideal con Sorger: éste buscaba la desmaterialización y él, en cambio, la plenitud material; de este modo su problema era el «exceso de lenguaje», mientras que el peligro de Sorger era la «carencia de lenguaje». Que el gato se estaba volviendo cada día «más inabordable y regio»: que de un momento a otro empezaría a hablar.

Unas nubes que él no miraba se llevaban al viajero que estaba a punto de partir, mientras leía un libro sentado junto a la mesa; las copas de los pinos se balanceaban como lo habían hecho ya en otros lugares. Entre tanto, a su espalda, iba y venía continuamente gente guiados por una mujer, que era agente inmobiliaria; visitaban la casa, que estaba en venta, sin que él se diera la vuelta ni una sola vez para mirarlos.

Entre tanto, frente a él no había más que la vecina, que se movía por la casa. En sus brazos llevaba un montón de ropa blanca que brillaba cuando atravesaba los lugares donde daba el sol. En una ocasión ella lo vio y, ni tímida ni confusa, le hizo una seña con la mano, como si él estuviera ya muy lejos; luego pareció olvidarlo y olvidarse de sí misma, en un juego que jugaba sola consigo misma de una habitación a otra.

Sorger leía un ensayo de interpretación del mundo escrito por un naturalista romano hacía dos mil años y en cuya lengua se encontraba todavía la «dulzura, la fluidez en las transiciones» de un poema. «Entonces la materia que está hecha de cuerpos sólidos puede ser eterna mientras que todo lo demás se deshace.»

### III. La ley

Un profundo retumbar y una lejanía de muerte en el avión. Era también un vuelo interior. Qué fácil era hablar; qué fácil la vida. Una idea momentánea: «conmigo empieza algo nuevo». La ciudad de la costa occidental se alejaba rápidamente allí abajo, en la lengua de tierra.

El avión volaba con el tiempo, y era como si con éste fuera llegando poco a poco la fantasía de los sueños diurnos, «cambiantes como las miradas de la luna». Cuando hicieron escala en la ciudad situada al pie de la ladera este de las Montañas Rocosas llamada «Mile High City» estaba nevando. Sorger, que en realidad había reservado pasaje para continuar el vuelo, tomó la maleta, bajó del avión y se encontraba ya en un autobús lleno de gente viajando por una carretera principal, barrida por la nieve, que atravesaba una región desierta en la que todavía no había estado nunca.

Los copos chocaban levemente contra el parabrisas y salían volando otra vez. Los sueños de Sorger, que no estaba durmiendo, brillaban cada vez con mayor profundidad. Flotando en su interior, atravesando sus propias fronteras: ésta era la manera como Sorger pensaba en los otros. No los evocaba de un modo expreso sino que le iban viniendo a la mente, despacio, mientras se entregaba al juego libre de sus fantasías.

A lo lejos, inmóvil, había un caballo cubierto de nieve junto a un sauce muerto cuyo tronco estaba hundido oblicuamente en la tierra. La cremallera de los anoraks de los escolares, que fueron los primeros en bajarse: entró nieve por la puerta abierta; incluso la que se había posado en las manos calientes no empezó a derretirse hasta al cabo de algún tiempo, y en el autobús reinó pronto el silencio de los adultos.

Soñando despierto, Sorger vio luego un rostro de ojos redondos, muy separados, de los cuales las arrugas salían como rayos. Ahora Sorger estaba seguro: en la pequeña ciudad de montaña a la que se dirigía el autocar tomaría una habitación en un hotel y daría una sorpresa a un amigo suyo de la escuela que estaba allí como monitor de esquí.

Tenía una foto suya de la última vez que se habían visto, un verano, en la

costa occidental: la desnudez de su rostro, en el que la boca estaba abierta, como cuando iban a la escuela, con el labio inferior que mantenía siempre adelantado, aunque no dijera nada; mientras que, cuando hablaba, las palabras salían como piezas sueltas de algo que aún había que ensamblar.

Incluso cuando no hacía nada, el monitor de esquí tenía siempre el aspecto de estar en tensión, como si continuamente estuviera intentando entender algo de un modo más preciso. Hablaba muy alto, pero nunca se le entendía bien del todo. A menudo se expresaba sólo por medio de admiraciones que daban a su voz un acento literalmente angustioso. A aquellos en quienes confiaba les planteaba las últimas preguntas y esperaba siempre una respuesta definitiva. Si uno se esforzaba seriamente por dársela, él, que era un hombre orgulloso, se transformaba inmediatamente en criado del otro: así, durante los meses de verano, cuando no tenía trabajo, no iba a ver a sus «amigos», iba a ver a sus «señores», a los que luego ayudaba solícito en los más insignificantes trabajos de la casa. No tenía hijos y desde hacía décadas estaba esperando a la mujer de su vida (a la que podía describir con toda precisión); sin embargo, incluso las mujeres a las que él empezaba gustando luego lo único que sentían ante él era sorpresa.

Soñando despierto, Sorger lo veía como alguien a quien la gente despreciaba por su inocencia, y se imaginaba abrazándolo en el mismo momento en el que él lo saludaba y le daba la bienvenida; veía el grueso cuello del monitor de esquí, su ancho cinturón plateado y las piernas delgadas entre las que escondía siempre las manos cuando estaba sentado. El crepúsculo se hundía en el autocar en marcha; la nuez de Adán del monitor de esquí se movía de un modo espasmódico; pequeños haces de hierba seca rodaban por encima de la superficie de nieve, y las hojas secas de un campo de maíz se mantenían horizontales en el viento.

El autocar fue luego por un paisaje en el que todavía no nevaba, y era como si allí no ocurriera nada. Luego, aquí empezó a nevar también, de un modo más silencioso, con copos más grandes. Las montañas y sus laderas desaparecieron de la vista y no se vio más que los campos en barbecho cercanos a la carretera, también una manada de búfalos, solitaria, que al respirar echaban vapor por los orificios de la nariz y arrancaban con el hocico puntas amarillentas de hierba; detrás de los coches, que circulaban

lentamente, como si estuvieran haciendo un viaje especial, se levantaban blancos surtidores, mientras por la carretera, siguiendo los neumáticos de las ruedas traseras de los coches, rodaban pequeños bloques sucios de nieve. En aquel tramo, en el que normalmente no había nadie, surgían sólo de vez en cuando las siluetas aisladas de corredores; hasta que al fin Sorger acabó imaginando que algunos se estaban entrenando para una guerra mundial.

Había pequeños bloques de nieve hasta en el suelo del ascensor del hotel. Éste era una construcción al estilo de un albergue de montaña europeo, con un balcón de madera, ventanas con marco pintado y un reloj de sol. En su habitación, con revestimiento de madera –abajo, a lo lejos, las luces de la gran llanura–, Sorger leía el periódico, en cuyo título estaban dibujados los perfiles de las cimas de las montañas. Al hojearlo vio inmediatamente el nombre de su compañero de escuela. Miró: era la página de las pequeñas esquelas mortuorias. Sin pensar siguió leyendo los otros nombres y oyó un silbido que venía de la ducha.

La esquila del compañero de colegio la había puesto la escuela de esquí: era un «colaborador que llevaba muchos años en aquel centro»; por lo demás, se comunicaba sólo el lugar donde estaba el centro de servicios funerarios, que aquí se llamaba «capilla», y las horas en que estaba abierto al público.

Sorger fue inmediatamente a este centro, que estaba cerrado desde hacía rato; era una casa adosada a otras, y desde la calle, a través de las finas cortinas, miró los vacíos vestíbulos iluminados: lámparas de pie con pantallas de tela colocadas sobre pequeñas mesas oscuras; sobre la única mesa grande que había allí, que estaba en una pequeña hornacina en la que había un banco, un cenicero de cristal; al lado, un teléfono color marfil. El edificio tenía tres plantas, con un ascensor para los pisos de arriba; la cabina, también iluminada, estaba vacía, abajo, en la planta baja. En el lado del patio, Sorger encontró un portón cuyas hojas eran muy grandes y que por fuera no tenía picaporte. Hacía viento y hacía frío. Los limpiaparabrisas de los coches rascaban los cristales como si fueran palas. El ruido de los propios pasos en la nieve dura recordaba el que se oye cuando se siega la hierba de una pradera. Luego oyó el acento nasal de la gente del oeste y supo otra vez dónde estaba.

Volvió al hotel con la piel insensible por la nieve. Le dolían los huesos de la cara. Bebió y se puso contento; sostenía el vaso de vino con las dos manos,

como si fuera una escudilla, y mostraba los dientes.

Por la noche soñó con el muerto. Iban los dos por el campo. Pero el monitor de esquí perdió la forma y desapareció; Sorger se despertó y no tenía a nadie al lado. Veía al otro, que llevaba un delantal azul; sus ojos estaban sellados con un barniz negro brillante. Luego Sorger pensó en cosas maravillosamente absurdas y se volvió a dormir, lleno de nostalgia de un mundo inventado y que, en la invención, penetrándolo, anulara y superara el mundo real.

Por la mañana el sol brillaba en la caja vacía de un reloj de madera que había en una esquina de la habitación. Sorger fue a ver el cadáver en la capilla ardiente. El monitor de esquí estaba tumbado en un ataúd, como un muñeco. Las arrugas de los párpados se extendían en forma de finas hendiduras hasta las sienes; uno de los ojos no estaba cerrado del todo y brillaba. Llevaba el gorro de lana con el que se lo había visto casi siempre; en él se leía: «*Heavenly Valley*»; colgado al cuello, un amuleto de turquesa.

Sorger estaba en la acera delante del edificio. El conserje del centro, vestido con librea de botones de metal, iba y venía por delante de la puerta del edificio; en la calle humeaban por todas partes las colillas que habían tirado. Sobre ellas colgaba el estandarte con estrellas; al lado, a lo largo de la fachada, ondeaban al viento los brotes de una planta trepadora de color verde oscuro. Pasaron unos hombres enrollando una gran bobina de cable. Nubes de perfil muy definido se amontonaban sobre otras brumosas, cercanas y al mismo tiempo lejanas.

Fuera de la ciudad tomó un teleférico que lo llevó a las montañas. La cabina se balanceó de repente cuando entraron otros pasajeros; sus botas de esquí crujían como la leña cuando arde. Luego, en medio de esta gente, hubo también caras amables. Fuera, en la pista de nieve corrían niños; cuando se caían se volvían a levantar y seguían corriendo; se movían como dulces, amables ruedas.

En la estación de esquí, al principio Sorger fue detrás de un grupo de desconocidos, sólo porque todos ellos llevaban abrigos de piel claros, pero luego continuó solo su camino. Desde la última nevada nadie había pasado por allí. La temperatura era agradable; no obstante, por ninguna parte se veía correr agua proveniente de la fusión. La capa de nieve era gruesa; sin

embargo, era tan poco tupida que a menudo se veía la tierra por transparencia.

Subió hasta que no se oyó nada. Detrás de un collado divisó las Montañas Rocosas propiamente dichas; eran de un color rojo amarillo oscuro, y una fila de nubes blancas pasaba lentamente por detrás de ellas. Corrió ladera arriba hasta que su rostro estuvo lleno de pinochas que se habían adherido a él, y luego se detuvo como si estuviera en una zona prohibida. No se oía ningún pájaro; sólo se veían, todavía lejanas, las figuras de indios de las cimas de las montañas. Ante él, al borde de un profundo barranco, se levantaba un pino mugo, solo; junto a él crecía un quejigo de entre cuyas hojas, secas, saltaban copos de nieve. En el árbol, sin que se viera nada, se oyó ahora un ruido: un zumbido suave pero claro que duró unos instantes y que luego, después de una pausa, se volvió a oír. Al cabo de un rato sonó el zumbido por tercera vez: pero ya no venía del mismo árbol sino de un pino más alejado que se alzaba solo en el fondo del barranco. Inmediatamente después, desde lo alto, bandadas de pequeños pájaros de vientre blanco y que emitían un sonido estridente descendieron en vertical sobre los dos árboles.

Sorger estaba de pie, con los pies en la nieve, que era de un gran espesor, como en unas botas suplementarias, y miraba hacia abajo la gran llanura amarilla y brumosa que desde el pie de las montañas se extendía miles de kilómetros hacia el este. En este paisaje no habría nunca guerras. Se lavó con la nieve y empezó a silbar una sola nota. Se puso nieve en la boca, pero silbó todavía más fuerte. Tosió y finalmente suspiró. Luego bajó la cabeza y lloró por el muerto (y por los otros muertos).

Levantando la vista le pareció que éstos se reían de él a mandíbula batiente. Él se rió con ellos. El presente llameaba y el pasado brillaba. Sintió una profunda complacencia con la idea de su dejar-de-existir y tuvo una visión de la espesura de la orilla. «¡Ningún éxtasis!» (Nunca más éxtasis.) Para dominarlo buscó un punto de apoyo en aquella zona. En la zanja bañada por el sol la nieve formaba un surco brillante: la mujer más bella que había visto nunca. Un grito involuntario, y de un matorral llegó incluso un débil eco. Melancolía y apetencia sexual se apoderaron de Sorger.

En el viaje de vuelta a la ciudad, que estaba a una gran altitud, de nuevo los pequeños haces de hierba seca rodando por encima de la nieve helada a

través de los campos en barbecho. En la llanura pelada un matorral proyectaba una sombra desmesuradamente grande. Espera activa y tensa. Pero aunque no ocurriera nada, esto sería lo esperado. De este modo uno podía jugar a que todo es (muy) posible, y de un estar-vivo-sin-sentido, como del terremoto sale la danza humana, salió el juego con sentido.

¿No había nadie en el avión nocturno que al atardecer, casi de noche, te llevaba más allá, al este? Tu fila de asientos estaba vacía y los respaldos delanteros en posición vertical, y en la penumbra, a una luz crepuscular que se reflejaba desde el techo de la cabina. El zumbido regular de aquel profundo estuche medio en la sombra se convirtió en un murmullo estimulante que mantenía viva en el pasajero su vinculación con el pasado de las últimas horas. Pensaba en «su gente» y hacía planes para verlos pronto; no quería llegar tarde nunca más. Gracias al monitor de esquí muerto, para Sorger, la familia de la que provenía volvió a cobrar vida con todos sus detalles. Hubo un tiempo en que se había sentido responsable de su hermano y de su hermana. Entre ellos había habido incluso una pertenencia recíproca en la que los tres –y todavía ahora en el recuerdo– formaban una figura circular. Apenas tenían ya la oportunidad de hablar la lengua común (que, no obstante, no habían perdido, pero que recitaban sólo a modo de juego de memoria). Al morir sus padres –así es como lo veía el que se estaba entregando a sus fantasías y a quien al mismo tiempo las luces de las urbanizaciones, allí abajo, en la llanura, le parecieron primero avenidas de cementerio y luego constelaciones–, los hermanos se habían abrazado por primera vez en la vida; y luego, en los años siguientes, habían enmudecido unos para otros: primero de un modo indiferente y con el tiempo incluso con hostilidad. Se daban unos a otros por perdidos. Siempre que sus hermanos le venían a la mente era en la imagen súbita de una esquela mortuoria (y también ellos, esto es lo que él creía saber, de su hermano esperaban sólo la noticia de su muerte). Ciertamente, en sus sueños casi siempre aparecían sus hermanos; a veces incluso hablaban unos con otros como no lo habían hecho nunca en la realidad; sin embargo, las más de las veces estaban en la casa natal, tumbados en el suelo, como maléficos cadáveres de animales a los que

no es posible retirar. Como nunca habían sido enemigos de un modo declarado, no había ni siquiera la posibilidad de reconciliarse.

Ahora Sorger tampoco se imaginaba que con ellos las cosas pudieran volver a ser «como antes». Quería sólo tener una visión tan clara como en estos momentos en que el mundo exterior se había convertido en un espacio vivo detrás de su frente: tal vez lo evidente sería a partir de ahora una nueva forma de trato. Veía también a los otros habitantes del pueblo; hasta entonces, por regla general, sólo había podido ver en ellos a un grupo de personas que estaban esperando la muerte de él con maligna alegría; en este momento sabía que era lo contrario: desde siempre habían estado a su lado – al lado de él, que se había marchado lejos– y le daban la razón.

Escribió mentalmente cartas a sus hermanos y añadió a lo escrito un insulto cariñoso. Pregunta: «¿No están demasiado pensados estos planes?». Y la respuesta, que no albergaba ninguna duda, era: «Lo que tengo que hacer sólo es convertirlos en realidad».

El ruido del avión cambió. Ese estado de ánimo abandonó al viajero; y éste siguió hablando en silencio (mientras pensaba iba poniendo cada palabra como si la escribiera): «¿Y? Si no hay ninguna ley general para mí voy a ir dándome poco a poco una ley personal a la que deba atenerme. Hoy mismo encontraré el primer artículo».

Velos de nubes pasaban a rachas por delante de la ventanilla del avión, y en el extremo del campo visual de Sorger, emergiendo de las primeras luces del alba, apareció la ciudad de las ciudades, como quemada, y en algunos puntos todavía con la débil incandescencia del rescoldo, mientras el avión, que estaba aterrizando, describía un lazo por encima del mar, tormentoso y desierto, sobre cuya neblina se levantaba el sol. Cuando las ruedas tocaron la pista se encendieron las luces de la cabina y de delante de los respaldos se oyó un aplauso; ¿dedicado al aterrizaje o a la ciudad? De este modo Sorger supo que no había estado solo en el vuelo.

Al bajar del avión, delante de él iba un hombre cuya cara le pareció conocida. El otro se dio vuelta, se saludaron y hasta ese momento no se dieron cuenta de que no se conocían. A la salida, el desconocido, inclinándose ante Sorger de un modo comedido, se interpuso en su camino y lo invitó a tomar un taxi juntos. Entonces se vio que eran originarios del

mismo país. «En realidad, yo quería tomar el siguiente avión para Europa», dijo Sorger. Pero siguió al hombre como si esto perteneciera a la Ley. En el taxi levantó la vista y miró los rostros relajados de la gente que iba en los autobuses que circulaban al lado, y pensó: «En realidad yo hubiera preferido...». El hombre lo miró fijamente y dijo: «Perdone. Dedíqueme usted un poco de tiempo, por favor. Necesito de su buena voluntad. Se lo ve a usted tan bien dispuesto...».

Se separaron en la ciudad, en la que por todas partes se oía el resuello de gente que hacía *footing*, y convinieron en verse más tarde. Al intentar recordar la imagen del desconocido, Sorger, que había dormido poco, vio sólo una manzana mordida en la mano de aquel hombre; de la cavidad donde se alojaba el hueso salía un brillo.

Normalmente, Sorger necesitaba «familiarizarse con el trabajo» para encontrarse en su sitio en el lugar en el que estaba. En aquel hotel cosmopolita se encontró inmediatamente a resguardo. Su habitación estaba en un ángulo de un edificio que se estrechaba hacia arriba en forma de torre y tenía dos ventanas, una al oeste y otra al sur. Al oeste se veía un gran parque, metido en el centro de la ciudad, con un gran lago que servía de reserva de agua potable; mientras la mirada del espectador descansaba en este parque, hacia el sur, ésta, pasando por encima de una extensión de tejados estrechamente encajados unos con otros y bajo la cual la red de calles permanecía invisible, saltaba inmediatamente al horizonte. Cerraban éste, de un cabo a otro, los gigantescos rascacielos de firmas comerciales, y era como si la metrópoli propiamente dicha no empezara hasta ese azul lejano. Delante, la zona de tejados planos y de distintos colores que formaban las torres de las casas más pequeñas se extendía como un paisaje de características propias; en él los coches, escondidos como estaban en las profundidades de las hoces de las calles –el sonido de sus *claxons* sí se podía oír, en cambio–, parecían estar mucho más lejos que los muchos aviones que pasaban atronando por encima. Apartando la vista de la ventana que daba al oeste y de la superficie del lago, el observador, en un sueño que duró segundos, vio este sistema cerrado como si fuera una fábrica en la que ya no se trabajara. Sobre el lago, unas gaviotas rozaban la superficie gris claro de las aguas; por la otra ventana se veían las dos torres de una catedral, mucho más bajas que los otros edificios que las

rodeaban; el cansancio que momentos antes había sido agotamiento lo sintió ahora Sorger como fuerza y autodomínio. Veía claramente el rostro del desconocido, con unas mejillas en las que parecía que todos los músculos estaban contraídos, metidos unos dentro de otros, y un mechón de cabellos que cortaba la frente y parecía continuar en el surco del labio inferior; y oía su voz saltarina, ahora aguda ahora grave, como si buscara la tesitura adecuada. Las líneas estrictas de los grandes edificios, el brillo de los aviones y el ulular de las sirenas de la policía, como un modo de echar el lazo: la ciudad entera, como una brisa, entraba en la habitación.

Era más una casa de alquiler que un hotel para viajeros de paso. Allí mucha gente vivía incluso largas temporadas, a menudo con sus familias. Mientras el recién llegado (que se había olvidado que tenía que dormir) era conducido a la gran sala por un ascensorista con galones, en cada piso iban subiendo adultos y niños (con las rodillas flexionadas) que hablaban unos con otros en distintas lenguas; al fin Sorger –el descenso había durado un buen rato–, «como uno de los del ascensor», salió a la calle y anduvo por sus caminos siguiendo el movimiento de los demás.

Tenía tiempo y podía dar unas vueltas. Mientras caminaba al sol, el sopor del sueño fue transformándose en una autoconciencia erótica. ¿Era el cansancio lo que en cada vuelta le hacía ver, cada vez con más fuerza, como repetidos los lugares por los que pasaba, con espacios intermedios que se abrían como al fulgor de un relámpago?

Preparándose de esta manera para encontrarse con el desconocido, se fue desviando lentamente hacia el parque y se detuvo ante uno de los bloques de granito que sobresalían de la hierba como si fueran los extremos de alas de aviones enterrados. Luego, levantando la vista, en una amplia vaguada todavía en sombras que había entre dos colinas, vio pasar una fila de gente como si fueran los indios del Alto Norte: y en esta incesante procesión aparecían de un modo intermitente las imágenes tipo de sus muertos. Pero estas imágenes no se producían por semejanza sino que bastaba con que uno se hundiera en las masas de transeúntes que deambulaban por la ciudad en todas direcciones para que, aquí y allí, un pequeño gesto, la línea de una mejilla, una mirada rápida, una cinta ceñida en la frente de alguien, de un modo evidente, sin necesidad de sueño ni conjuro alguno, se prolongara en la

imagen de sus desaparecidos, los cuales, sin embargo (como ocurre a menudo en los sueños), no impedían este movimiento general de vida sino que más bien lo encendían y lo reavivaban. A diferencia de lo que ocurría con un paisaje, la gran ciudad le llevaba «los suyos» al contemplador, y no sólo a los muertos sino también a los vivos, que resucitaban aquí en los transeúntes.

Viendo cómo sus muertos, sin darse cuenta, caminaban ágiles y flexibles en medio de la multitud, el superviviente frotó las manos contra las estrías del bloque de granito, de pura alegría por haber comprendido el tiempo de otra manera, él, que sólo había podido pensarlo como algo hostil. Aquí el tiempo ya no significaba abandono y fracaso sino unión y cobijo; y por un momento, un momento luminoso (¿que volvería a perder?, ¿cuándo?), imaginó el tiempo como un «dios» que era «bueno».

Sí, tenía la palabra; y el tiempo se convirtió en una luz que resplandecía en medio de la ciudad, en el globo de cristal de la farola de un parque iluminado por el sol de la mañana. Este globo de cristal, grueso, turbio, lleno de polvo y en cuyo interior estaba la sombra de la bombilla, agrandada por el sol, brillaba en medio de la bruma de la ciudad; se mostraba así y llevaba la vista más allá, a los perros que pasaban corriendo: de éstos a un policromo montón de ropa que estaba entre dos ramas de un árbol pequeño: de éste a los niños que jugaban a la pelota abajo, al sol; y a la pelota, todavía en la sombra, que corría por entre sus pies.

Como un hombre de los orígenes del mundo, se marchó para, en algún otro sitio, participar también de la luz del día, que empezaba de nuevo en cada objeto. El globo ocular de uno que venía en dirección contraria, el brillo de una maleta de metal y la pálida luna aparecieron unidos en un triángulo. La luz se hizo excesiva. ¿Cómo, estando solo, evitar la ligereza de ánimo y la inconsecuencia del éxtasis sin estar vinculado a la gravedad ordenadora de las formas naturales?

Entró en un *coffee shop* y se puso a leer el periódico. Allí había un mapa meteorológico en el que las distintas regiones del país llevaban sólo estos nombres: «muy frío» / «precipitaciones en forma de nieve» / «templado» / «sol y neblinas»; estas regiones, al abismarse Sorger en ellas, entre el tintineo de las tazas y la suave música de radio, se unieron formando un continente hogareño y familiar de fin de otoño en cuya gran ciudad él, como un

ciudadano instalado allí desde hacía tiempo, «tomaba café» y «leía el periódico»: fue aquí que Sorger, mirando los autobuses que pasaban por la calle, atravesados por la luz del sol, trasladando a viajeros a quienes, sentados como estaban en bancos longitudinales, sólo se los veía de espalda, como peinados brillantes y de distintos colores, realizó su segundo regreso al mundo occidental, un regreso que poseía la seguridad del futuro. Con ello, el espacio en el que estaba en esos momentos empezó a tener importancia.

El *coffee shop* era muy estrecho; tenía una sola fila de asientos, pero que llegaban hasta el fondo del local, como metiéndose en un túnel. (Al final del tubo había un letrero luminoso: «*Women / Water*».) Justo delante de la gran ventana frontal se encontraba la entrada del metro, y de entre los transeúntes que pasaban por el plano horizontal algunos iban desapareciendo una y otra vez, como a tirones –conforme a los peldaños de las escaleras que llevaban al suburbano–, saliendo de la imagen en una extraña trayectoria oblicua, o bien emergían de la misma manera en el cuadrilátero de la ventana; entonces lo primero que se les veía era la cabeza.

Sorger tenía a su espalda las voces de la gran ciudad, unas voces que no siempre carecían de acento extranjero, pero que incluso cuando lo tenían estaban muy seguras de sí mismas; y quedó sorprendido por la gran cantidad de niños que había fuera, en la calle; era lo primero que llamaba la atención en un sitio como éste. Un niño entró y quería comprar algo que no había. Sorger oyó cómo el niño suspiraba. En este momento, detrás, en la caja alguien hablaba en voz alta con otra persona mientras llenaba un cheque; nombró el día, y entonces (todos los ruidos cesaron, sólo la música de la radio continuó tranquilamente y el vapor de la máquina de café parecía que al moverse atravesara la fecha), en el *coffee shop*, en una suspensión general de la respiración, el tiempo se hizo activo de un modo más eficaz (por un momento, en el tiempo que duró un abrir y cerrar de ojos, Sorger vio una inmensa figura, de pie sobre un paisaje fluvial) e invadió el espacio con una onda de luz cálida.

El testigo presencial sólo tuvo para esto las palabras «siglo» y «tiempo de paz», y, como en una película muda, vio caer hojas de calendario. El «dios tiempo» no sacó de la fecha del día al *coffee shop*, que de repente se puso a destellar como una gran sala, junto con los ceniceros de hojalata y las

azucareras (que eran ahora vasos preciosos); todo lo contrario, lo vinculó a los días pasados, hasta que el espacio (que en vez de convertirse en algo extraño se iba haciendo cada vez más hogareño y familiar) acabó llevando en su seno todos los inventos, descubrimientos, sonidos, imágenes y formas de los siglos que impulsan las posibilidades del hombre.

Todos los presentes fueron tomados por un solo aliento. La luz se hizo materia y el presente se hizo historia; y Sorger, primero en una dolorosa convulsión (para estos momentos no había lenguaje) y luego con calma y objetividad, con el fin de dar fuerza de ley a lo que había visto, antes de que esto volviera a disolverse en la nada, anotó: «Lo que estoy experimentando aquí no debe perecer. Éste es un momento que dicta una ley: absolviéndome de mi culpa –de aquella de la que soy responsable y de aquella que he sentido después–, a mí, el hombre solo, el que únicamente es capaz de participar de un modo casual, me obliga a una intromisión que debo practicar con la mayor constancia posible. Éste es también mi momento histórico: estoy aprendiendo (sí, todavía puedo aprender) que la historia no es únicamente una sucesión de males ante los cuales los que son como yo sólo pueden responder con una burla impotente, sino también, y desde siempre, una forma instauradora de paz, una forma que todo el mundo (incluido yo) puede perpetuar. Yo, que hasta ahora he estado fuera de todo (aunque a veces haya podido penetrar totalmente a los demás con el pensamiento), acabo de experimentar que pertenecía a la historia de las formas; más aún, que, junto con los que están en este local y los que están fuera, los que pasan por la calle, participaba con un nuevo espíritu en el juego de esta historia. Con ello, la noche de este siglo, en la que me vi impulsado a buscar en mi rostro los rasgos de los déspotas y de los dueños del mundo, ha terminado para mí. Mi historia (nuestra historia, todos ustedes) debe iluminarse, al igual que fue luminoso este momento; hasta ahora ni siquiera ha podido comenzar: como convictos de culpa, sin ser de nadie, ni siquiera de los otros convictos de culpa, fuimos incapaces de vibrar al unísono con la pacífica historia de la Humanidad, y nuestra carencia de forma no hacía más que dar lugar a una nueva culpa. Acabo de ver por primera vez a mi siglo a la luz del día, abierto a los otros siglos, y he estado de acuerdo con vivir ahora. Incluso me he alegrado de ser un contemporáneo de ustedes, contemporáneos, de ser un ser de la Tierra entre seres de la Tierra: me he visto transportado (más allá de toda esperanza) por un gran sentimiento, el sentimiento de la inmortalidad, no de la mía sino de la del hombre. Creo en este momento: al escribirlo *tiene que ser mi ley*. Me declaro

responsable de mi futuro, anhelo la razón eterna y no quiero estar solo nunca más. Así sea».

Sorger se miró fijamente en el espejo del *coffe shop*; se vio vacío y agotado, como un hombre petrificado que saliera al encuentro de sí mismo desde las profundidades de los siglos; en este día lo conmovió su propio rostro.

Levantando la vista, en medio del desfile de gente que pasaba por la calle, como algo totalmente evidente y natural, vio a las dos mujeres que había encontrado en el Parque del Terremoto, en la costa occidental; vio primero sus manos, levantadas para hacerle señas, esperando a que al fin se diera cuenta de que estaban allí. Esbozó una sonrisa y las mujeres, dedicándole un ademán elegante, desaparecieron por la boca del metro: se iban a ver más veces.

Luego hubo una extraña transformación: la multitud que había frente a la ventana se movía cada vez más rápido, se adensaba, las caras se juntaban, y finalmente –cada uno, al pasar corriendo, mostraba todos sus rasgos de un modo casi inquietante– aquella masa de gente acabó ocupando la calle entera. Miles de ojos salían a su encuentro ardiendo como brasas. Vio cómo la imagen se tambaleaba y se dio cuenta de que otra vez había estado durmiendo unos momentos. Sintió la sangre caliente de sus brazos como algo que lo unía a sus antepasados y se alegró con la perspectiva de ver al hombre del aeropuerto: «¿Te reconoceré? ¿Y qué me contarás?».

En el *coffee shop* ocurrió también que, al darse cuenta de que el tablero de la mesa estaba lleno de incisiones, de un modo ocasional, Sorger reencontró la conciencia de «sus» formas terrestres: mientras él estaba aquí, en este local bajo de techo, a ras de suelo, oscuro, como tapiado por la gran ciudad que se levantaba alrededor, de la noche de invierno llegaba el fulgor crepuscular del gran río helado; los autobuses de cercanías, atravesando el puerto de la ciudad costera del oeste –recién salido–, como si fuera una divisoria de aguas continental, se internaban en la luz matinal del este, y detrás de ellos, destacándose claramente en la niebla que se levantaba de las aguas, las olas del océano avanzaban rodando. No sólo las incisiones del tablero de la mesa, también el suelo del *coffee shop* imitaba la figura de la superficie de la Tierra. Al ir hacia la caja, de repente cayó en una pequeña depresión, y en un

momento de espanto Sorger sintió que le faltaba el suelo bajo sus pies. Era como si las losas del local estuvieran sobre la tierra misma, tal como ésta era, sin haberla nivelado antes; y con esta irregularidad del espacio interior, la ciudad, surgiendo de las profundidades, cobró vida también como un enorme cuerpo de la naturaleza; continuando su camino fuera, donde la avenida que tenía forma de giba seguía de un modo ocasional el suelo del *coffee shop*, pareció como si en un momento, al inspirar aire, Sorger tomara en sí toda la península rocosa. Moverse por encima de las losas de granito de la acera confirmaba la conquista del espacio y la hacía más estable: sentía el subsuelo de aquella ciudad que hacía unos momentos se había levantado en el aire como un pavimento in-esencial; y las casas ya no aparecían como algo meramente superpuesto al paisaje sino como realidades vinculadas a él: como si la isla rocosa fuera realmente «la patria de los rascacielos». La ciudad se fue convirtiendo poco a poco incluso en un asentamiento rural en el que la masa de las torres de los edificios de ladrillos pequeños que se utilizaban como vivienda establecía una relación de vecindad con las casas de poca altura y con galerías cerradas. Una mujer, con un pañuelo moteado en la cabeza, con un pan en la bolsa de red, esperaba el autobús; llevaba de la mano a un niño con un portafolios de colegio. En un ladrillo que estaba muy metido en la masa de alquitrán se encontraba aún vivo el cálido verano; y en los profundos agujeros del asfalto, en los que había ahora agua de lluvia, aparecía ya el invierno del campo con sus superficies de hielo.

En un lugar determinado, rodeado por todas partes de casas que se levantaban al aire como torres, Sorger tuvo conciencia de encontrarse en el punto geográficamente más alto de la ciudad de Nueva York; y vio una acacia que, con el viento que soplaba en aquella cumbre, no sólo perdía las hojas sino ramas enteras.

En la ciudad de la costa occidental Sorger no se había encontrado nunca en la situación de ir a ver a alguien; ahora estaba el hombre del avión y se dirigía a la cita. El desconocido dijo que se llamaba Esch y lo seguía mirando fijamente como la mañana del taxi, como si aún en ausencia de Sorger hubiera seguido teniendo presente su rostro.

Estaban sentados en un gran restaurante, al principio casi solos; delante de ellos muchas mesas vacías; sin embargo, inmediatamente estuvieron puestas, como para la totalidad de la masa de comensales que, al caer la noche, como en un único movimiento, llenaron la gran sala. Toda la noche notaron bajo sus pies la vibración del metro. Estaban sentados en un banco que formaba un ángulo dentro de una hornacina y cuando levantaban la cabeza ésta chocaba con las hojas de un ficus que había allí. El fondo del local era de un color blancuzco y en él había vapor proveniente de la cocina. Los platos se movían a veces por unos instantes como barcos de vapor movidos por ruedas.

Al principio el desconocido tenía los labios muy pálidos, luego esto ya no llamó la atención; y muchas veces, mientras hablaba, comía y bebía, apoyaba la cabeza en la mano. Decía (sacando una y otra vez la lengua): «No crea usted que voy a hacerle preguntas. No quiero conocerlo. Cuando a lo largo del día pensaba en nuestra cita, lamentaba mi precipitación. Jugaba con la idea de no venir, y suponía que usted hacía lo mismo».

Sorger bajó involuntariamente la cabeza. Al volver a levantar la vista, en una alucinación momentánea le pareció que estaba viendo sus propios ojos, completamente abiertos; hasta entonces no se dio cuenta de que el desconocido estaba llorando. Al mismo tiempo, el color de estos ojos se convirtió en una cosa en sí (al igual que la frente desnuda), y ambos se metieron más en la hornacina y ya no los podía ver nadie. El hombre le pidió a Sorger un pañuelo, se sonó y dijo: «Escúcheme un poco», y habló de su «fracaso en la profesión», de su «incapacidad para competir», de «mujer e hijos», de «dinero» y de la «imposibilidad de volver a Europa», una historia que tenía estas tres exclamaciones: «¡No sé absolutamente nada!», «lo único que puedo hacer es cerrar el puño». (Y al final, simplemente): «¡Oh, yo!».

Sorger deseó convocar todo su poder y se transformó (fue difícil) en la hornacina en la que los dos estaban sentados; formó una bóveda sobre aquel hombre que había conocido por casualidad y tomó a éste en sí, el cual, sorprendido de su estado, empezó a sacudir la cabeza, y de vez en cuando volvía a pedir cortésmente el pañuelo; hasta que el rígido tronco del otro fue cobrando lentamente nueva vida y su cabeza se convirtió en una cabeza de niño, primero grotesca, luego dulce y amable; finalmente se frotó los brazos, de los cuales, como dijo, «salía el miedo como una nube de insectos». En este

momento Sorger, desde las profundidades del espacio nocturno, se sintió como sobrevolado por un escalofrío de la creación y, asombrado de sí mismo, quiso unirse corporalmente con aquel hombre: como si ésta fuera la única posibilidad de mantenerlo vivo. Sin embargo, luego bastó con una mirada en la que se reflejaba la firme voluntad de quererlo todo de otra manera y en la que el desconocido, por decirlo así, pudo reclinarsse. Después Sorger llegó incluso a apartar la vista de él de un modo expreso, como si también fuera posible curar al mundo enfermo dándole la espalda durante más tiempo.

Sin embargo, desde el principio fue como si Sorger estuviera escuchando su propia historia; no porque fuera parecida sino porque en el hombre que se estaba inculcando a sí mismo reconocía aquella voz que también a él le había negado muchas veces el derecho a la vida. Pero ahora la voz venía de la boca de otro (y no de su interior, como una sorda cantinela) y no lo condenaba sino que se manifestaba como el contrasentido: y no era sólo a él a quien este contrasentido había ahogado algunas veces. De este modo, Sorger, «abriendo las puertas de sus sentidos» y apartándose de sí mismo y del otro, pudo convertirse en aquel «tercero sonriente» que les comunicaba a los dos el orden sereno y alegre; aunque conmovido por la desgracia ajena, sin embargo, viendo y escuchando al otro, como sólo puede ocurrirle a un público que participa plenamente en el espectáculo, experimentaba una mezcla de placer y despreocupación. A veces llegó incluso a esbozar una sonrisa, y Esch, que todavía estaba algo inhibido, al darse cuenta, tomó confianza y empezó a hablar libremente.

Describiendo su desesperación, se convirtió en un actor que representaba la desesperación: y esto no quería decir que actuara como si estuviera en un teatro, lo que ocurría era más bien que conseguía encontrar los únicos ademanes y las únicas frases que correspondían a ella y, estando presente en lo que hacía y decía, lograba siempre expresarlos en el único momento en que esto era posible. Sólo actuando como actor de sí mismo, de un modo apasionado y a la vez lacónico, daba una imagen de su desgracia y se convertía en pregonero de su propia verdad; de este modo (teniendo a Sorger como a la persona a quien necesitaba dedicar esta representación) evitaba el pánico y, sin poner en ello excesivo celo, llegaba incluso a llamar la atención de su público, al que, continuando impasible su lamento, de un modo casual,

se adelantaba con cada movimiento que hacía con la mano: sirviendo el vino, tomando la cuenta... Al fin llegó a dominar su estado de tal modo que incluso lo representó ante su espectador, en una serie burlesca de signos que indicaban algo así como la danza final. Dijo: «Podría estar llorando sin parar, ¡mire!», y realmente los ojos se le llenaron de lágrimas, aunque sólo a modo de indicación rápida de lo que había dicho; y a continuación, y sólo por unos instantes también, mostró cómo sus manos estaban temblando; después de esto, y para desaparecer inmediatamente también, el sudor del miedo afloró en las raíces de sus cabellos en forma de gotas brillantes; tras lo cual se produjo una pausa de hilaridad, que el narrador interrumpió susurrando al oído de su oyente: «Estuve próximo al fin»; luego tomó el plato en el que estaba la cuenta, junto con un lápiz, y, bajando la vista hacia él, contó el final de su historia con voz tranquila: «Por la tarde las rocas de la muerte se levantaban todavía en el parque y las jaulas de los animales del zoo estaban vacías. Y ahora, al atardecer, qué placer tener en la mano un plato en el que rueda un lápiz. Deseo para todos nosotros una larga vida».

Concluyó su representación haciendo una parodia de sí mismo, mientras señalaba con el dedo el acuario del restaurante en el que había pequeños trozos de piedra como decoración para los peces; al final, serio y sin que esto supusiera ninguna alusión maliciosa, hizo que Sorger se fijara en la hornacina de al lado: de ella salía una hermosa pierna de mujer balanceándose –por lo demás era lo único que se veía–, y, sin eludir la mirada de Sorger, juró que «moriría de muerte natural». (Antes, a una pregunta sobre cómo deseaba morir, lo único que hizo fue mover rápidamente las pupilas hacia un lado.)

En este momento el desconocido tuvo hambre. No comía con avidez sino con movimientos literalmente ceremoniosos, tomando a la vez pequeños sorbos de vino; se quedaba un buen rato observando cada bocado y se lo llevaba a la boca poniendo cara de amor a los alimentos. Dijo que, literalmente, sentía «brillar» la comida y la bebida en su boca; y luego sonrió, una sonrisa que duró unos minutos: como si de esta manera acumulara energía.

Sorger observaba al que comía y, aprendiendo de él, sintió un agradable calor en la frente. El rostro del otro fue recubriendo el suyo y al final ya no hubo nadie más.

Estaban sentados en la hornacina como en un puente; ya casi no decían nada; tenían bastante con intercambiar de vez en cuando sonrisas maliciosas, como dos cómplices. Cada uno se abismaba en sus imaginaciones personales y en ello experimentaban un placer común. «Un dios estaba pasando un buen rato con ellos.» En una ocasión Sorger llegó a dormirse con los ojos abiertos y lo despertó la voz del que tenía enfrente, pero sólo oyó la última frase: «usted es el primero a quien le digo esto». ¿Qué había dicho aquel hombre?

Sin embargo, el abandono y la miseria se dejaron sentir otra vez en él cuando, volviendo del servicio, se perdió y, sin darse cuenta, se sentó en una mesa junto a gente desconocida; luego Sorger fue a buscarlo allí; estaba mirando al vacío, sin moverse.

¿No es cierto que muchas veces no había acertado a coger el vaso de vino? ¿Y no se había puesto el chaleco al revés? «Vuelve, poder.» Sorger se convirtió en su portavoz: le daba órdenes y le prohibía hacer determinadas cosas (en aquella noche de miedo le gustaba obedecer); lo absolvió del dolor; le auguró bienes y al final le dio la bendición; a todo lo cual, el destinatario de aquellas palabras dejó escapar por su boca las últimas tinieblas, y el rostro del «*gentleman*», como lo llamó luego la mujer de la guardarropía, mostró sólo una «satisfacción triste».

No «salieron a la noche» sino que fueron del restaurante a la calle, como quien va de una habitación de la ciudad a la de al lado. Como si fuera el dueño de estas habitaciones, junto a la puerta, que daba a la calle, Esch llegó incluso a hacer ante Sorger un determinado ademán, el que se hace con un huésped invitándolo a pasar.

Sorger oyó contar una vez que en China había una montaña especial, una montaña sagrada en la que estaba prohibida la entrada a los extranjeros: se decía que desde la cima, los naturales del país –pero esto sólo si tenían suerte con el tiempo– veían reflejadas sus sombras en las nubes que había sobre el valle, y que en la forma de estas sombras podían leer su futuro. Una sombra especial apareció también esta noche en la calle de Nueva York, una calle iluminada por una luz amarillenta y por la que, atravesando la mitad de la longitud de la urbe –de sur a norte, de la *downtown* a la *uptown*–, se acompañaban el uno al otro a casa: él se pudo ver en una de las muchas nubes de vapor, de un color blanco intenso que salían de vez en cuando del asfalto a

lo largo de toda la avenida; olían a bollos calientes, a veces emitían un leve silbido y, vistas por el rabillo del ojo, tomaban la forma de perros luminosos que huían y, en medio del viento de la noche, se metían rápidamente en la oscuridad. De unas obras subterráneas sobresalía, a notable altura, un tubo de ventilación de hojalata cuya sección era más grande que la de los otros; el humo blanco que salía de él era mucho más denso y mucho más espeso, pero no se dispersaba en seguida desapareciendo por los lados, sino que, lejos del suelo, a bastante altura, formaba una masa compacta que, no obstante, aparecía y desaparecía continuamente; sobre ella, una de las farolas de la calle –en Nueva York algunas de estas farolas emiten una luz especialmente viva– proyectaba la sombra de un pequeño árbol de la acera. Este cuerpo gaseoso, al agrandarse y reducirse –siguiendo siempre al viento y a bocanadas de vapor que llegaban rítmicamente desde abajo–, ampliaba y reducía la sombra que el árbol proyectaba sobre ella; ésta se hinchaba adquiriendo grandes dimensiones y perdiendo sus perfiles para, en el momento siguiente, encogerse, tomar un color negro oscuro y mostrar sus contornos de un modo claro y definido. En un momento dado, al mismo tiempo y sin haberse puesto de acuerdo, los dos caminantes se detuvieron y contemplaron la sombra del ramaje sobre la masa de vapor: en ella se dibujaban aquí y allá algunas hojas que quedaban todavía en el árbol. Sin embargo, aquellas siluetas juguetonas no eran la respuesta a ninguna pregunta sobre su futuro: al darse cuenta de ese hecho cotidiano (que justamente no estaba «prohibido» ni era precisamente «sagrado» sino accesible a todos), lo que empezaba para ellos, en vistas al camino que les faltaba por recorrer, era más bien el imperio de un presente que les acogía a los dos por igual, un presente en el que a cada paso que daban sentían la dureza bienhechora de la Tierra.

La belleza de esta avenida, que tenía la forma de una giba, ¿volvía a ser sólo algo fugaz y pasajero? (¿y sólo de un modo casual salía al encuentro de esos dos extranjeros noctámbulos?). ¿El escenario único e irrepetible de esa luz amarilla, de esa nube cegadoramente blanca y de la sombra de aquel árbol que, proyectado allí como por una respiración, avanzaba y retrocedía, iba a desaparecer de nuevo para siempre en la eternidad de lo informe?

La «Avenida del presente» por la que Sorger y Esch continuaban su

camino, a veces corriendo junto con los numerosos corredores nocturnos que había allí, cobró vida ante ellos como una región en sí misma, con sus extraños rincones, sus perspectivas, sus salientes, del mismo modo que un barrio separado del resto de la ciudad toma forma para los que habitan en él desde tiempo: y efectivamente, en sus muchos escaparates había letreros que invitaban al «desayuno dominical en la Avenida», como si ésta, que además cruzaba el centro de la gran urbe, fuera una meta de excursiones tradicional. A un lado, al final de las calles laterales, aparecía el parque, como cayendo en la oscuridad; de él, de vez en cuando, de las cimas de las rocas se elevaba un fulgor fosforescente; al otro lado, después de cada bloque de casas –y cada vez un poco más cerca del cenit–, se iba viendo la luna menguante que iba palideciendo poco a poco; iba haciendo más frío también; luego aquélla proyectó un gran halo, y en un cruce de calles en el que los dos se habían detenido –delante de un supermercado que estaba abierto toda la noche– (como si éste fuera el sitio donde debían separarse) desapareció en medio de unas nubes que reflejaban sólo las luces de la ciudad. Luego, por encima del asfalto empezaron a correr tropeles de sombras vagas a las que siguieron enseguida los cuerpos que las proyectaban: grandes cristales de nieve que, en forma de velos que emitían una leve crepitación, descendían del cielo de la noche; y Esch dijo: «Unas horas antes, en estas formas hubiera visto todavía ratones».

Ahora se encontraban en la amplia región americana de «Snowflurries» (imagen de una zona rural ondulada, con roderas de carros y una estaca de madera para sostener una valla) y tenían tiempo de estar uno al lado del otro, de pie en medio de la nieve que caía. Era después de la medianoche; sin embargo, la avenida entera, hasta el fondo de todo, estaba llena de gente que iba y venía; algunos, escarbando con las manos, reunían la nieve que había en los techos de los coches e intentaban tirársela unos a otros.

Muy cerca de los dos, una mujer abrazó a un hombre, el cual, como respuesta, se limitó a mirarla con aire de satisfacción. Sin embargo, cuando, por su parte, el hombre, después de una breve conversación, quiso acariciar a la mujer, ésta lo esquivó echando la cabeza hacia atrás. Hablándole en voz baja y tirando del cuerpo de ella hacia él, el hombre intentó de nuevo la reconciliación; la mujer se mantuvo rígida, y entonces él hizo ademán de

desistir y se volvió hacia un lado. Las mejillas de él habían enrojecido de un modo llamativo; y a Sorger, a quien hasta ahora no le había llamado la atención lo jóvenes que eran los dos, le vino a la mente el monitor de esquí, cuyo cadáver tenía un rostro que reflejaba una decepción tan amarga; y tomó al muchacho en sí, del todo; lo cual significaba esto: lo metió en aquella noche de nieve cuyos destellos llenaban el mundo, en el espacio invernal de virtudes curativas, para darle allí nueva vida.

Luego se dio cuenta de que la triste pareja de la acera, como en una estampa grotesca que se riera de toda la Humanidad, reaparecía, por decirlo así, en el supermercado, detrás de la ventana: en forma de dos hombres entrados ya en años que estaban en la caja (el que estaba detrás, sentado, un blanco; el que estaba delante, de pie, un negro); dos hombres, que evitaban mirarse, como si entre ellos –aparte del hecho de ser «empleado» y «cliente», «negro» y «blanco», lo que sin duda tenía su importancia– acabara de estallar algo peor que una enemistad personal: la lamentable incomprensión que borra el rostro, que confunde la mente, algo que ninguno de los dos quería y que los hacía infelices a ambos.

A diferencia de la joven pareja de la calle (el hombre, con la cara vuelta a un lado, volvía tímidamente a hacer cosquillas a la mujer), las caras de los dos viejos del supermercado eran de una profunda palidez. No hablaban; apenas se movían tampoco (el negro lo único que hacía era ir arrugando por distintos sitios su bolsa de papel marrón). Los dos permanecían allí uno frente al otro con la mirada dirigida hacia el suelo –sus párpados temblaban–, sin que ni una sola vez buscaran corroboración o ayuda en la otra gente, que, detrás de ellos, con su compra, en una fila fría y rígida, pálidos igual que ellos, mudos y solos, ni siquiera esperaban; y sólo cuando al fin el negro, moviendo los labios sin decir nada, abrió la puerta, el cajero levantó la cabeza para atender al otro cliente; sin embargo (a diferencia de lo que el testigo de la calle había esperado), no le dedicó a éste una sonrisa burlona, sino que se limitó a dejar ver (a nadie en concreto) sus ojos oscuros, unos ojos desoladoramente abiertos y en los que por un momento brilló el centelleo de una súplica.

Inmediatamente después, mientras Sorger seguía con la mirada al negro, que, levantando de vez en cuando los brazos, se adentraba en la avenida

nocturna, por encima del rostro de los que pasaban por allí –por encima incluso de un grupo de personas que, más lejos, estaban esperando un autobús en la oscuridad– y luego por encima de la línea de fuga de la calle, como si un faro, buscando algo, fuera iluminando los zócalos de las casas, a pesar de que en aquel momento no circulaba ningún coche por allí, pasó un rayo de luz; y sólo después de un ligero temblor en el suelo y de la corriente de aire que le siguió se vio claramente qué era aquello: el rayo de luz, a través de las rejillas de la acera, provenía del metro que pasaba por abajo.

Sorger miró a Esch, que estaba vuelto hacia la penumbra; éste le devolvió enseguida la mirada, y los dos, mirándose repetidamente, siguieron su camino común, como en un arco interior: los ojos, primero muy abiertos, en una expresión de abandono y desvalimiento, como buscando desesperadamente el consejo del otro; luego, medio cerrados, como los ojos de «los que saben»; luego haciéndose un guiño el uno al otro, de un modo maligno, y al fin despidiéndose sólo de un modo respetuoso (como si supieran que también podrían ser enemigos); hasta que sus miradas se separaron prolongándose en dirección a la ciudad nocturna, donde a los que bajaban al metro, juntamente con la nieve, les seguían volando las hojas de otoño, y, sobre el perfil de la ciudad, los aviones de noche, iluminando de vez en cuando el cielo con destellos, pasaban unos detrás de otros en apretada hilera, como si flotaran por una avenida añadida a la ciudad.

Al final Esch le alargó su tarjeta de visita (de un «hombre de negocios triste»); hizo sonar sus «llaves europeas» para indicar que era capaz de volver a casa (con lo cual Sorger cayó en la cuenta de que él ya no tenía llaves); con una expresión verdaderamente de picardía (acercándose mucho al otro), reprochó a Sorger sus «ausencias de espíritu» temporales, que –decía– eran «culpables»; recitó unos versos de un poema: «La belleza pasó de un modo fugaz / como un sueño a la luz de la nieve» y, como despedida, le regaló a su «compatriota» el sombrero.

La catástrofe, ¿no había sido simplemente aplazada por un breve tiempo? ¡Nadie iba a morir! Sorger tuvo fuerzas para desear, y vino la calma del mundo horizontal. El viento cambiaba de dirección. La nieve y las hojas avanzaban bailando calle arriba: «¡Ahora volamos todos!».

La habitación donde se encontraba la recepción del hotel tenía la particularidad de que estaba por debajo del nivel de la calle: varios peldaños llevaban de allí al subterráneo, iluminado con una luz cegadora pero con la soledad de la noche, en el que, en un rincón muy apartado, sentado en un taburete, dormitaba el ascensorista, mientras que la voz del portero, a quien no obstante no se veía desde la entrada del hotel, saludaba al que podía reconocer en el espejo de la pared trasera con esta pregunta: «¿Llega tarde?». Por las hojas de la puerta de entrada, que se cerraban lentamente, se oyó todavía por unos instantes el silbido del aire de la calle que penetraba en la habitación; luego, de repente, en la pieza sólo se oyeron leves ruidos, y el que llegaba tarde pidió una conferencia con Europa.

Para esperar se sentó en un sillón tapizado de rojo que había junto a la pared lateral, al lado del ascensorista dormido; éste tenía el pelo canoso y lo llevaba peinado hacia atrás, completamente plano y brillante. Sólo se oían los ruidos de la habitación: el traqueteo de un acondicionador de aire y el tintineo repetido de una máquina de hielo que echaba cubitos de color claro. Una alfombra de pasillo, roja como el sillón, se extendía hasta la pared del fondo, y la reja metálica que había delante del ascensor, abierto, transmitía dulcemente su brillo antiguo al vestíbulo, cuya primera apariencia (al igual que la de todo el hotel) era la de ser simplemente un vestíbulo sólido y macizo. ¿Cuándo había tenido tiempo últimamente para estos objetos que no llaman la atención, que no encierran dramatismo alguno, que lo único que hacen es dar calor al corazón? «¿Qué más quiero? Para mí el sueño de la vida, ¿no es simplemente estar satisfecho con el encanto a la vez mundano y celeste de las cosas que me rodean?»

Luego se oyó el sonido estridente del teléfono y Sorger, dando un traspié, entró en la cabina; hablaba de un modo excitado y al mismo tiempo sentía un extraño dolor que, como si lo operaran, le cortaba desde el fondo del pecho hasta el cráneo, un dolor acompañado por un ruido torturador, que era su risa más personal. («¿Hay una fiesta aquí?», le preguntaron.)

Después de la conferencia se quedó sentado en la oscuridad de la cabina, completamente insensible; vivo, simplemente. No había hablado ni siquiera de volver a casa; y uno no había mostrado ninguna curiosidad. A la confesión de sus sentimientos había seguido sólo una risa de perplejidad. Sorger se

percató de que no lo necesitaban para nada. Y esto incluso le parecía bien; y estaba sentado en la cabina, sudando; conservaba la otra voz en el oído y quería repetir una y otra vez la misma palabra; y al mismo tiempo, en voz baja, seguía contando los peldaños que llevaban de la calle al vestíbulo. Deseó convocar a los seres queridos, y he aquí que estaban ahí ya (habían estado todo el tiempo en la habitación de al lado); y al mismo tiempo el océano se extendía entre ellos.

«No es más que un animal.»

¿Quién había dicho esto? Empujó hacia afuera la puerta de la cabina y vio cómo el portero de noche, por una pequeña ventanita abierta entre los casilleros de las llaves, estaba hablando con la telefonista, que estaba como encajonada detrás de sus clavijas. Aquella frase no parecía aludir a ninguno de los presentes: y, sin embargo, Sorger, de un modo involuntario, miró al ascensorista dormido y le llamó la atención una verruga sanguinolenta que tenía en la mejilla y el hecho de que no llevara charreteras en el uniforme. Y de nuevo el portero le dijo a la mujer que estaba detrás de la pequeña abertura: «Es un animal, un animal que se ha vuelto loco. Y lo único que se puede hacer con los animales locos es exterminarlos».

Una noche más profunda, como un presentimiento repentino (un presentimiento que inmediatamente se hizo incomprensible), cayó sobre la acogedora luz del subterráneo, en el que por unos momentos traquetearon las laminillas del acondicionador de aire, como si las cuatro personas estuvieran allí perdidas en un tren fantasma: en un espasmo del espacio-tiempo los rostros se desfiguraron tomando la forma de máscaras de asesinos, de las cuales, con la imperturbabilidad del mal, salía el eco de los eslóganes de un pasado de violencia, del pasado de este país también, que algunas veces, a los ojos del extranjero, había aparecido en toda su extensión como un lugar «propio de Dios». Este mínimo espasmo fue suficiente para que el vestíbulo, claro como el día, junto con la ciudad de las luces, delante de las puertas, degenerara en la imagen nocturna de una jungla erizada de sombras de puntas de bayonetas. El tren lanzó un aullido en el que se oía también el tic-tac del teletipo; y en la cara en sombras del portero, Sorger reconoció una máscara de indio que representaba a un hombre «perdiendo su alma» y en cuyas mejillas de madera había dos ratones que le comían el alma. Luego se vio que

lo único que había ocurrido era que el portero había estado leyendo el periódico en voz alta.

¿Qué era lo que ahora valía realmente?, ¿el hermoso preludio o la horrible confusión nocturna? «¿Qué quiero? ¿Qué es real para mí?»

Real era el dibujo de niños que había en la pared en la que estaban los casilleros; reales eran los ojos inmóviles y cansados de la telefonista; real era el ademán solemne con el que el ascensorista, despertado repentinamente al oír hablar en voz alta, invitó a Sorger a entrar en su ascensor, adornado con una araña de cristal y un asiento de terciopelo rojo; reales eran los mechones perfectamente paralelos y tiesos –de haberse peinado con algún líquido–, los hombros inclinados y los zapatos de charol de aquel anciano que, en la comfortable ascensión a la habitación de la torre, de pie y dando la espalda a su pasajero, le recitaba un sermón incomprensible, y al final, con un ademán de invitarlo a salir, levantaba dos dedos entre los cuales estaba la propina y decía: «Esto es algo». Real era lo que tenía paz.

En el corto pasillo se oía a pintura. Sorger se dio cuenta de que la puerta de su habitación, que por la mañana era todavía verde, la habían pintado de un color rojo oscuro. ¿No era verdad también que la tienda en la que durante el día había lucido el claro resplandor de sus pirámides de frutas, por la noche, al volver a casa, se había convertido en un agujero negro, quemado, en el que entre las cenizas quedaban sólo unas cuantas manzanas con la piel reventada? (Y en su abrigo, detrás, había unos cortes, muy profundos, como si los hubieran hecho con navajas de afeitar.)

Mientras Sorger entraba en la habitación se acordó de una de las canciones que había oído la otra noche; hablaba de alguien que para librarse del «agujero de la muerte» estaba dispuesto incluso a «escurrirse como un detective de poca monta»: «*Born to win*». La cama estaba abierta como para dos personas y a ambos lados las lamparillas de noche, que daban una luz amarillenta, estaban encendidas. Los pliegues de la sábana dibujaban la imagen del planisferio, y Sorger, por un instante, sintió el tiempo que iba desde su nacimiento –lejos, en Europa– hasta el momento actual como un movimiento ascendente, suave y constante; y con esto sintió que estaba tomando fuerzas de sí mismo.

Volvió a descorrer las cortinas y a abrir los postigos (copos de nieve

contra el cristal y negrura de la noche) y repasó las notas que había tomado los últimos años: se daba cuenta muy bien de hasta qué punto sus ideas sobre el trabajo que pensaba escribir habían cambiado; al interés por los espacios naturales vistos a través de los tiempos se mezclaba ahora una emoción que provenía de formas espaciales surgidas de un modo episódico, en otros lugares, daba igual dónde fuera (no sólo en la naturaleza); en los momentos en que se sentía afectado por estas formas, «yo, Sorger» se convertía, por decirlo así, en «el momento de éstas», un momento que simultáneamente convertía a aquéllas en fenómenos temporales. ¿Pero había terminología para las cosas que ocurren una sola vez, que se escurren ante nosotros y que apenas si dejan palabras e imágenes para el recuerdo?

Lo pesado, lo liso que Sorger veía ahora ante sí, y al mismo tiempo ocupando espacio en él, era una montaña de cristal que le impedía el regreso a casa; y miró la blanca cama de enfrente como una posibilidad de huir. ¿No sería mejor relatar estos sueños, estos sueños fugaces no atestiguados por nadie porque estaban íntimamente entrelazados con su yo más profundo? ¿Lo que ocurría no era precisamente que aquel breve «girar de los espacios» lo entusiasmaba siempre como un caso feliz de conocimiento que luego pedía perdurar en una *forma* y que le deparaba una idea de lo que es el auténtico trabajo humano, un trabajo en el que quedan anulados y superados el asco y el dolor provocado por la escisión entre él y el mundo? ¿Pero cómo iba a ser posible «relatar» sobre espacios que de hecho no conocían «sucesión» alguna?

Sorger extendió los cuadernos de notas sobre la mesa; cada uno de ellos apareció con su color especial y el tablero entero parecía un mapa geológico en el que las superficies coloreadas significaban las distintas edades de la Tierra. Un sentimiento de ternura, vago y a la vez intenso, se apoderó de él: ¡naturalmente deseaba «más luz»! Y estaba inmóvil inclinado sobre la muestra multicolor, descolorida en algunos sitios por el tiempo, hasta que finalmente él mismo se convirtió en un color tranquilo entre los otros. Hojeó los cuadernos y se vio desaparecer en la letra: en la historia de las historias, una historia de sol y de nieve. Ahora podría persuadir a todos para su causa; y la oscura bola del mundo se reveló como una máquina a la que era posible dominar, una máquina de la que se podían descifrar incluso sus más

recónditas intimidades.

«¡Falsificación!» Ahora esta palabra ya no le reprochaba ninguna culpa sino que era una idea salvífica: él, Sorger, iba a escribir el «Evangelio de la falsificación»; además era una imagen de victoria ser un falsificador entre falsificadores. (Un individuo aislado sólo valía para cosas sueltas, sin terminar.) Y al mismo tiempo se veía capaz de soportar el fracaso: desapareció por «su» arco. En un arroyo el agua estaba quieta, en el agua había trozos de hielo.

En la cama, sobre el colchón, se sacudió lo último que quedaba en él de abandono y soledad y, apagando la luz, deseó lo mejor a todo el mundo. Los objetos de la habitación, a oscuras, hablaban con las voces de sus allegados. Vio dos ojos y se sintió amado por ellos; y una voz, muy lejos, o muy cerca, le dijo realmente al oído: «te amo». No respiraba, lo invadía el placer, y luego ya estaba durmiendo.

Europa se extendía debajo de él como un laberinto en el que resonaban los ruidos de la noche y en el que se oía el sonido estridente de *claxons*. Veía el Gran Manuscrito en el que se describía su vida, y llegó a leer incluso una frase (que sobresalía entre las otras porque tenía más luz): «El era ahora él, y el espejo, la nada y la gravedad se tocaban».

Fue un sueño de metamorfosis: el brazo, colocado entre las rodillas, se convirtió en un árbol, los dedos crecían como las raíces en la tierra. Y además no estaba solo: en la cabina telefónica del pueblo de los indios de Alaska, el hombro rebelde de Lauffer se movía de un modo espasmódico bajo un ancho tirante; se arqueaban las cejas de la vecina del Océano Pacífico; Esch hechizaba el globo terráqueo poniendo la cara de un famoso actor y Sorger era el joker que los encerraba a todos.

Luego estaban sentados en un campo nevado, bajo el claro sol, y junto a una gran mesa celebraban un consejo de familia (en el que había también unos desconocidos). Un árbol frutal cuyas ramas eran como cuernos de alce estaba lleno de manzanas primerizas, grandes y de color amarillo blanquecino; de ellas muchas estaban abajo, en la nieve.

Al mismo tiempo sus sentidos seguían despiertos: con los ojos cerrados veía cómo amanecía y por la puerta que comunicaba con la habitación de al lado escuchaba a un hombre que hasta el fin de la noche, y sin detenerse una

sola vez, en una letanía cada vez más enconada, iba maldiciendo todas las cosas y todos los hombres que hay entre cielo y tierra.

La almohada lo tocaba como la planta del pie desnudo de un bebé, y al despertarse tuvo la impresión de que en él había un niño que, sin decir nada, sin parpadear, jugando con su propia respiración, miraba hacia la ventana. Todo lo que deseaba que fuera orgánico era en él orgánico; y todo lo inorgánico, inorgánico.

«¡Éste soy yo!»

En una ocasión Sorger tuvo la idea de lo que debía ser un día logrado: en un día así, el simple hecho de que la mañana fuera clara y la noche oscura tenía que ser ya la belleza, una belleza suficiente. Un presentimiento de lo que esto podía ser lo tuvo durante las horas de la despedida en Nueva York; al levantarse rápidamente y sin hacer ruido y al lavarse «con el agua de la ciudad», en un estado de ánimo festivo y al mismo tiempo fresco, experimentó un largo crepúsculo de la mañana, como si, expresamente para él, la luz del día se hubiera retrasado un poco. Estaba desnudo y además le gustaba mostrarse así. Experimentaba una sensación de libertad en las axilas, y en la cabeza una agudeza latina; hubiera podido hundirse en cualquier parte y esto no hubiera sido la muerte. Había dejado de nevar y en el cielo, que iba iluminándose poco a poco, en el oeste, como un animal doméstico que se hubiera escapado y que ahora hubiera vuelto («otra vez tú»): la luna, de un color amarillo oscuro, que se iba escondiendo detrás del horizonte; alrededor brillaban las estrellas como si fueran señales que indicaban el camino. Los primeros y los últimos planos se confundían, de modo que, junto con los pájaros que, aún con la oscuridad del crepúsculo, pasaban por delante de las ventanas de la torre, a derecha e izquierda, aparecían también las colinas de la ciudad de Nueva Jersey, extendiéndose en el horizonte, iluminadas por la luz del día. Pero de las avenidas invisibles que había abajo, en lo hondo, llegaba un fulgor amarillo hasta por encima de los primeros pisos de las torres de las casas, que estaban todavía en la oscuridad, y en las hileras de ventanas de los pisos superiores giraban de vez en cuando los faros de los coches que circulaban invisibles por la calle. El parque estaba hundido en la ciudad y el

color gris del lago subía y penetraba realmente en los ojos; aquel color suave le daba a la superficie, que tenía forma de corazón, la apariencia de algo grande y apacible; en las gaviotas que estaban posadas allí, en la oscuridad, el color blanco de las plumas aparecía apenas una de ellas se ponía a mover las alas, sin moverse del sitio. En las curvas de la costa había un ribete de nieve que parecía espuma del rompiente que se hubiera quedado fija allí. Los primeros corredores empezaban ya a dar vueltas al lago, como si con sus muslos acogieran al mundo entero; inspiraban confianza, como el agua misma, que, al salir el sol, tomó inmediatamente una coloración azul y empezó a destellar, surcada ahora por corrientes de aire en forma de líneas oscuras que avanzaban, se detenían y cambiaban de dirección; al fin, la luz de la mañana se independizó de las olas y, como luz del día, llenó el espacio de la ciudad de un modo regular; y Sorger estaba mentalmente abajo, junto al lago, y miraba hacia arriba, a la habitación de la torre, donde él estaba en aquel momento, respirando el aire tenue y tonificante. Por encima de todos los tejados andaba el humo como si fuera un hombre, y de todos los árboles del parque, en forma de polvo, caía una continua nevada.

«¡Esto es ahora!»

Y cada vez que extendía la mirada sobre la ciudad, ¿no tenía lugar también un regreso (y un fortalecimiento) de otros acontecimientos, vividos en otro lugar y que él daba por perdidos? La sombra de pájaros (y aviones) atravesaba también de un modo espasmódico la habitación del hotel y en la buhardilla de la torre vecina alguien se movía por las habitaciones moteadas de sol llevando un montón de toallas: éstas se iluminaban y se oscurecían al igual que el agua de un torrente se ilumina y se oscurece al pasar por encima de piedras de distintas coloraciones. Un corredor, detrás del cual corría también un perro, se levantó en el aire en forma de gaviota y se reflejó en el lago. «¡Adquirir el sentido de la repetición! Abajo, a estar con la gente.» Pero antes entró una camarera, dijo: «*God bless you. Touch home soon*». (Y luego lo miró, respirando de un modo sonoro.)

Sorger entró todavía en una iglesia y, acompañado al banco especialmente por un hombre vestido de negro y con un clavel blanco en el ojal («¿Dónde desea usted rezar?»), tomó parte en la misa del domingo. (El domingo se le había manifestado ante todo en el escaso número de coches, que se

balanceaban como pequeñas embarcaciones a lo lejos, en la avenida Madison, casi desierta y con un color gris de agua.) En la lámina de cobre de las alcancías brillaban los rostros de los fieles, y Sorger, que tomó parte con ellos en la colecta, experimentó la comunidad del dinero, mientras las manos de los que hacían la colecta, al rozar con las barras que sostenían las alcancías, hacían un ruido como el que hacen los panaderos al sacar el pan del horno. Una oscilación general atravesó el mundo cuando el pan se transformó en el cuerpo de Dios y, *simili modo*, el vino en la sangre de Dios.

«De manera semejante» el pueblo fue a recibir la comunión. De manera semejante «yo, Sorger», como un monaguillo, volví a tropezar con el borde de la alfombra. Decidido, el adulto se arrodilló. De manera semejante fue saludado por desconocidos; yendo por la calle, llena de la claridad de las horas que preceden al mediodía, pasó junto a un grupo de personas que iban alegres en un entierro; en la avenida cercana fue a ver un desfile de un grupo de eslavos del sur –sus antepasados provenían de allí–, gente de pueblo, vestidos con uniformes casi militares (y donde los niños más pequeños, que apenas sabían andar, vestidos también con uniformes, seguían atropelladamente el cortejo); en el parque miró a los corredores que pasaban ininterrumpidamente por su lado (a su espalda iba oyendo un fuerte jadeo y el ruido como de un trote) y que, a diferencia de los grupos de gente que simplemente pasaban por allí, jamás tomaban rasgos de personas conocidas por él: en el pelotón de corredores llegó incluso a descubrir el rostro agotado de un hombre con el cual había trabado amistad mientras estudiaba en Europa; luego, por unos momentos tan sólo, estuvo siguiendo con la mirada la espalda sudada y oscura de alguien que se había convertido en un extraño; y el otro, al pasar corriendo por delante de él, mirándolo con ojos fijos y claros, dijo sólo: «Como Valentín Sorger». Nunca más volverían a verse.

La última imagen del otro continente la tuvo Sorger en un museo. Fortalecido todavía por las obras de arte ante las cuales se había ido irguiendo poco a poco, como ante ejemplos estrictos (que además crepitaban de un modo insolente), estaba en lo alto de la monumental escalinata de piedra que había en el interior del edificio y, como en un poderoso brinco del corazón, abrazó con la vista el vestíbulo –negruzco, debido a la gente que se apretujaba allí, cabeza con cabeza– y, junto con los que estaban allí dentro, a

través de las grandes puertas de cristal, toda la profundidad de la calle 82, de color gris roca, que llevaba al edificio –que estaba junto al parque–, y en el extremo de la calle, cortada por varias avenidas de intensa circulación, un fulgor azul grisáceo que provenía del estrecho brazo de mar que bordea la isla de Manhattan llamado East River y, por encima de la franja de agua, una bandada blanquecina de pájaros que revoloteaban sin cesar de un lado a otro y que se volvía transparente cada vez que daba la vuelta.

Empezaba a nevar otra vez; fuera los niños daban vueltas entre los copos y sacaban la lengua en medio de la nieve; las casetas de panecillos humeaban; y luego vino otra vez el crepúsculo. En un espacio como éste, poblado de ciudadanos y lleno de un alegre movimiento, un espacio en el que, desde las escaleras de mármol del interior, en primer término, hasta el brazo de mar al fondo, junto al horizonte, ya no había distancias, los coches circulaban y describían curvas, los transeúntes andaban y se detenían, los corredores, en grupos apretados, corrían esquivando a la gente y aceleraban la marcha en todas direcciones, como si todo aquello fuera un orden amoroso que poco a poco se introdujera en el atardecer: Sorger anhelaba participar de este orden, emocionado como estaba por la visión, clara y segura, de que con sólo su mirada –que había adquirido tal profundidad por su historia anterior, que era capaz de penetrar el espacio de un modo sereno, una mirada que, aquí y ahora, poseía en total plenitud– colaboraba en la belleza pacífica de este presente y en el oscuro paraíso de este atardecer.

«¡Oh mundo lento!»

Pero ¿por qué precisamente ahora la fuerza de este anhelo que venía desde lo más íntimo de sí mismo, que se alzaba hasta lo más externo del mundo, al querer reunir para siempre a él, el individuo, y al conjunto del mundo, era seguida inmediatamente por un relámpago pálido, silencioso en el cual lo que había deseado de un modo tan intenso se apartaba de él, con toda facilidad, casi dulcemente, y con ello producía el vacío de una zona de muerte que envolvía toda la tierra y que lo debilitaba y de repente lo hacía retroceder hacia sí mismo tambaleándose? Limpio de todo interés personal, hasta el punto de no ser más que presencia de espíritu y deseo ardiente de completar el mundo («¡Quiero tenerte y quiero formar parte de ti!»), en este preciso instante fue alcanzado por el descubrimiento de una carencia incurable que ni

tenía su fundamento en él ni podía ser atribuida a la época histórica actual del planeta Tierra, al que de todos modos amaba. No deseaba trasladarse a ningún otro tiempo, pero lo que en este momento estaba alcanzando y delimitando del mundo, incluso con la pasión más pura y más ferviente, seguía siendo a pesar de todo *demasiado poco*.

¿No se había sentido rico una vez? Se sentó en los peldaños de la escalera, en cuyos lados había mucha gente que descansaba, y, muy lentamente, anudó y desanudó los cordones de sus zapatos. Los vigilantes estaban ya dando palmadas y, muy despacio, delante de ellos, la gente iba caminando hacia la salida. Por un momento, Sorger, imaginaste que la historia de la Humanidad iba a consumarse pronto, de un modo armónico y sin espanto. Sí, existía la gracia (¿o no?). La miseria, sanguijuela sin fantasía, ávida de sangre, te abandonó y sentiste tus párpados como ungidos por la eterna, salvaje necesidad de salvación. Un profundo suspiro te atravesó, y no sólo a ti sino a toda la multitud, y levantaste los ojos con renovada fuerza y buscaste la mirada de otros ojos que fueran tan grávidos como los tuyos. Sentiste pena y al fin un amargo dolor, pensando que en aquel momento tenías que abandonar este lugar de paz, y quisiste ser por lo menos uno de los últimos en salir; no obstante, lo que tenía de hermoso este dolor era que con él la Tierra se transformaba y se transfiguraba (como antaño, en tiempos anteriores al hombre, bajo el calor y la presión, la caliza se había transformado en el mármol que ahora brillaba bajo tus pies).

En el avión nocturno que te llevaba a Europa, querido Sorger, era como si estuvieras haciendo «tu primer viaje real», un viaje en el que, se decía, uno aprende «cuál es su estilo propio». Delante y detrás de ti los bebés berreaban; luego, cuando al fin se calmaron, miraban fijamente con ojos oscuros, como profetas. Ya no sabías quién eras. ¿Dónde estaba tu sueño de grandeza? Eras Nadie. Al amanecer, viste, tiznada de negro, el ala del avión. Vuestras caras soñolientas estaban como untadas de mermelada. Las azafatas se calzaban ya sus zapatos de ciudad. La pantalla de cine, sin nada, que al salir el sol todavía había brillado, se oscureció. Retumbando, el avión atravesó las nubes.

«¡Rostro que te marchas volando!

Las piedras que tengo a mis pies te acercan:  
abismándome en ellas,  
hago que con ellas seamos más pesados.»

Título original: *Langsame Heimkehr. Erzählung*

Edición en formato digital: 2018

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 1979. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-037-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)